



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

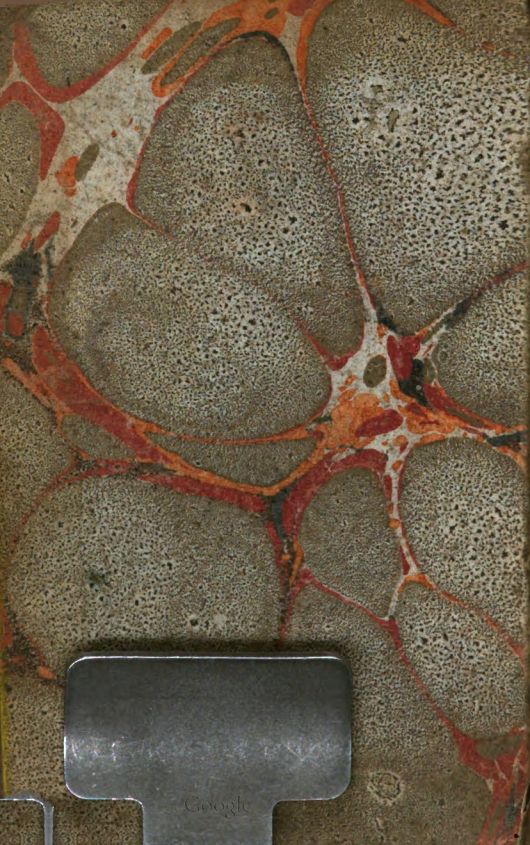
Asimismo, le pedimos que:

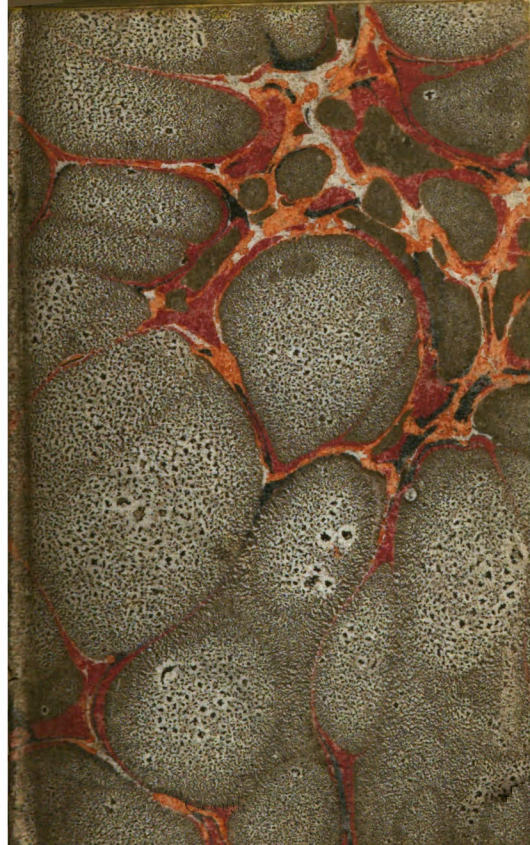
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

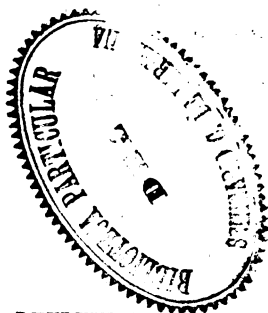
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







2 W



REFLEXIONES PIADOSAS.



REFLEXIONES PIADOSAS

SOBRE

DIFERENTES PUNTOS ESPIRITUALES,

DISPUESTAS

PARA LAS ALMAS QUE DESEAN CRECER EN
EL AMOR DIVINO :

obra escrita en italiano

Por S. Alfonso Figuori,

y traducida al castellano por D. J. A. S.

REVISTA Y CORREGIDA

Por D. Joaquin Roca y Cornet.
Per vs de Santa Teresa Argen

16°
363 págs.

102098

CON LICENCIA.

BARCELONA:

IMPRENTA DE LOS SS. A. PONS Y C.^a

CALLE DE COPONS N.º 2.

1843.

Es propiedad de los Editores.

Advertencia.



Este es uno de aquellos libros que suele buscar con anhelo el alma fiel, porque encuentra en su lectura abundante y sólido pasto de doctrina. Esto no obstante, en este libro no hay mas arte ó esmero que en los demas que han salido de la mano de S. Liguori, solo que al leerle se percibe que el celo del santo obispo se ha desarrollado y estendido mas que en aquellos. Habla tambien á menudo de la

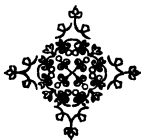
muerte y de la eternidad; pero los objetos con que quiere cautivar á sus lectores son la muerte del justo y la eterna bienaventuranza.

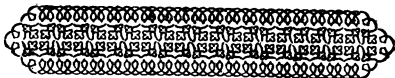
Quizás ninguno de sus escritos presenta mas fielmente la imágen del alma de S. Liguori que el presente, rebozando aquí los dulces sentimientos de que estaba lleno su corazon : no hay en él un orden buscado para titular los capítulos , precaucion alguna para contener esa espontánea naturalidad del piadoso sentimiento en que se siente arrobado y que no penetra el hombre del siglo : el santo autor se dirige al alma fiel, solo entiende que toda verdad es interesante para ella, y que nada puede significar un orden cualquiera para enunciar las doctrinas que puedan dársele, porque su corazon lo sabe

todo de antemano , y poco le costaria trazar y seguir despues la connexion.

Leamos pues este libro con sencillez, y pronto nos sentiremos penetrados de una dulce uncion. La familiar elegancia del autor es un nuevo encanto , una garantia de su fidelidad. El traductor de S. Liguori debe imponerse como un deber sagrado el no adulterarla de modo alguno. Las palabras de los santos valen mas que todas las frases del mundo , porque así como con el auxilio del idioma de un pueblo que ya no existe, venimos á descubrir su índole , sus doctrinas y sus costumbres públicas y privadas, así con algunos rasgos escritos del varon santo , con algunas palabras recogidas en la tierra , á manera de las plumas del águila

que se remonta á los cielos , una penetracion atenta llegará tan adelante que consiga introducirse en la profundidad misteriosa de aquella alma, que fué en la tierra el templo del Espíritu Santo , y que es ahora inaccesible lumbrera junto al trono del Señor.





REFLEXIONES PIADOSAS

SOBRE

DIFERENTES PUNTOS ESPIRITUALES.



§ I.

Pensamiento en la eternidad.

SAN Agustín ha llamado
el pensamiento en la eternidad *magna cogitatio*,
pensamiento grande. Este pensamiento es el que ha conducido á

los santos á considerar los tesoros y grandezas mundanas como paja, fango y vasura. Este pensamiento es el que ha conducido á los desiertos y retiradas cuevas á tantos anacoretas, á tantos jóvenes ilustres, y que ha guiado á sepultarse en el retiro y soledad de los claustros á los mismos reyes y emperadores. Este pensamiento es el que ha inspirado á tantos mártires el heroico valor con que han arrostrado los tormentos de los ecúleos, las agonías en los abrasadores hierros, en las voraces llamas de los encendidos braseros.

Nó : no hemos sido criados para esta tierra. El fin para el cual nos ha colocado Dios en este mundo es la vida eterna, á la cual debemos aspirar y merecer por nues-

tras buenas obras.¹ Esto es lo que hizo decir á S. Eucherio que el único asunto á que debíamos atender en esta vida era la eternidad.² Si acertamos en esta materia seremos eternamente felices; sino acertamos nuestra desgracia será igualmente sin fin.

Feliz aquél que vive sin perder jamás de vista la eternidad, y que cree con viva fé que su fin es inminente, y que se halla ya en el umbral de la eternidad.³ Esta es aquella fé que hace vivir á los justos en la gracia del Señor, que da la vida á sus almas, separándolas de toda afeccion terrestre, recordándoles los bienes eternos que Dios ofrece á los que le aman.

¹ Finem vero vitam æternam. Rom. 6. 22.

² Negotium pro quo contendimus, æternitas est.

³ Justus ex fide vivit. Gal. 3. 11.

Santa Teresa dice que todos los pecados traen su origen de la falta de fé. Para vencer nuestras pasiones y tentaciones debemos, pues, reanimar nuestra fé, diciendo: *Creo en la vida eterna*, creo que despues de esta vida, que pronto ha de acabar para mí, hay una vida eterna, vida de felicidad ó de penas, segun sean mis méritos ó mis culpas.

San Agustin dice que el que cree en la eternidad y no se convierte, ha perdido el juicio ó la fé.¹ A este propósito dice S. Juan Crisóstomo que los gentiles, cuando veian predicar á los cristianos, les llamaban impostores ó insensatos. Si no creéis lo que predicáis, les

¹ O æternitas qui te cogitat, nec pœnitet, aut fidem non habet, aut si habet, cor non habet. *In Soliloq.*

decian, sois impostores; pero si creyendo en la eternidad, pecais, sois insensatos.⁴ ¡Desgraciados! dos veces desgraciados! Las puertas del infierno se abren para recibirlos y las puertas del infierno no volverán á abrirse para darles salida!

Sta. Teresa repetia á sus religiosas: *Hijas mias, una alma, una eternidad!* queriendo decirles: Hijas mias, no tenemos mas que una alma; si la perdemos lo habremos perdido todo; y perdiéndola una vez, la habremos perdido para siempre.

El último suspiro que exhalaremos al espirar decidirá de nuestra bienaventuranza ó de nuestra desesperacion eterna. Aunque la eter-

⁴ Exprobant Gentiles, aut mendaces, aut stultos esse christianos; mendaces, si non crederent quod credere dicebant; stultos, si credebant, et peccabant.

nidad de la vida, el paraíso, y el infierno no fuese mas que opiniones de sabios y cosas dudosas, deberíamos á pesar de esto, esmerarnos solícitamente en vivir bien, y no esponernos al inminente riesgo de perder nuestra alma para siempre; pero nó : no se trata aquí de cosas dudosas, trátase sí, de cosas ciertas, de cosas de fé, de cosas mucho mas ciertas que aquellas que pueden examinar nuestros ojos.

Roguemos, pues, al Señor se digne aumentar nuestra fé : *Domine, adauge fidem*; porque si vacilase nuestra fé vendríamos á ser peores que Lutero y Calvino. Por lo contrario, una viva fé en la eternidad que nos aguarda, puede hacernos santos.

San Gregorio enseña que los que piensan en la eternidad ni se enorgullecen en la prosperidad ni se abaten en la desgracia, porque no teniendo nada que desear en este mundo, tampoco tienen cosa alguna que temer en él.¹

Cuando tengamos que sufrir alguna enfermedad, alguna persecucion, acordémonos del infierno que tenemos merecido por nuestras culpas; entonces toda cruz nos parecerá ligera, y daremos gracias al Señor exclamando: *Misericordiæ Domini, quia non sumus consumpti.*² Digamos con David: Si Dios no hubiese tenido compasion de mí,

¹ Estas son sus palabras: Quisquis æternitatis desiderio figitur, nec prosperitate attollitur, nec adversitate grassatur; et dum nihil habet in mundo quod appetat, nihil est quod de mundo pertimescat.

² *Thren.* 3. 32.

mi alma estaria en el infierno desde el dia en que tuve la desgracia de ofenderle con un pecado mortal.¹ Me habia perdido : vos, ó Dios de misericordia , me habeis alargado la mano para arrancarme del infierno.²

¡O Dios mio ! vos sabeis cuantas veces he merecido el infierno, y sin embargo me ordenais que espere. Yo quiero esperar, ó Dios mio ! y aunque me asustan mis pecados, me infunde valor vuestra muerte, vuestra promesa de perdonar al que se arrepiente : *Al corazón contrito y humillado no lo despreciarás, ó Dios.*³ Os he des-

¹ Nisi quia Dominus adjuvit me : paulo minus habitasset in inferno anima mea. *Psalm.* 95. 17.

² Tu autem eruisti animam meam , ut non periret. *Ioa.* 38. 17.

³ *Ps.* 50 , 19.

preciado hasta ahora, pero ya os amo mas que á todas las cosas : me arrepiento de haberos ofendido mucho mas que de todos los males de la tierra. Tened piedad de mí, Jesus mio. Madre de Dios, Virgen María, interceded por mí.

§ II.

Somos viajeros en la tierra.

MIENTRAS permanecemos en esta vida, todos somos viajeros alejados de nuestra patria, que es el cielo, en donde nos espera el Señor, para hacernos gozar eternamente de la hermosura de su rostro. Mientras estamos en el cuerpo, dice el Apóstol, vivimos ausentes del Señor.¹ Si pues amamos

¹ 2. Cor. v. 6. v. 6.

á Dios, debemos desear ardientemente el salir de este destierro, y abandonar el cuerpo, para gozar de la vista de aquel á quien amamos. Tal era el objeto de los suspiros de S. Pablo.¹

Antes de cumplirse el augusto ministerio de la redencion el camino que conduce á Dios estaba cerrado para nosotros, hijos miserables de Adan; pero Jesucristo nos ha conseguido con su muerte la gracia de podernos llamar hijos de Dios,² y nos ha abierto la puerta por la cual podremos llegar como hijos, á presencia de nuestro padre, que es Dios.³

1 Audemus autem et bonam voluntatem habemus magis peregrinari a corpore et præsentem esse ad Dominum. 2. Cor. 5, 7.

2 Dedit ei potestatem filios Dei fieri.

3 Quoniam per ipsum habemus accessum ambo in uno spiritu ad Patrem. Eph. 2, 18.

El mismo Apóstol dice tambien, en otro lugar : *Hermanos míos, ya no sois huéspedes ó extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos, habitantes de la casa de Dios.*¹ En efecto, cuando estamos en gracia de Dios, gozamos ya del derecho de ciudadanos del paraíso, pertenecemos á la familia de Dios. Dice S. Agustín : ' La naturaleza viciada por el pecado engendra ciudadanos de la terrestre ciudad, los cuales son otros tantos vasos de ira; pero la gracia, que purifica á la naturaleza del pecado, engendra ciudadanos de la celeste patria, los cuales son vasos de misericordia.

Este mismo principio hacia esclamar al santo rey David : Señor,

¹ Eph. c. 2, v. 12 y 13.—2 In Sententiis, num. 150.

soy extranjero sobre la tierra : enseñadme á observar vuestros preceptos, que son el camino para llegar á mi patria celestial.' Nada tiene de maravilloso que los malos deseen vivir siempre en este mundo, porque temen con razon pasar de las penas de esta vida á las penas eternas mucho mas terribles del infierno; pero aquel que ama á Dios, aquel que tiene una seguridad moral de hallarse en estado de gracia, ¿como puede desear entretenerse en este valle de lágrimas, en medio de todas las amarguras, de todas las angustias de la conciencia, de todos los peligros de la condenacion? ¿Como puede dejar de suspirar por el deseo de ir á unirse con Dios en la

1 *Psalm. 118. 19.*

eterna bienaventuranza, en donde ya no existe peligro de perderse? ¡Ah! las almas que aman á Dios viven gimiendo continuamente en este destierro y esclaman con David: ¡Cuanta es mi desgracia por tener que vivir tanto tiempo en este mundo, rodeado de tantos peligros!¹ Así es que los santos han tenido continuamente en sus labios esta oracion: Luego Señor, al punto llevadme á vuestro reino.²

Apresurémonos, como exhorta el Apóstol, apresurémonos á llegar á aquella patria en donde nos está preparado el contento y una paz perfecta.³ Apresurémonos; repito yo, segun el ardor de nuestro deseo, y no detengamos el paso

¹ *Psalm. 119. 5.*

² *Adveniat, adveniat regnum tuum.*

³ *Festinemus ingredi in illam requiem. Hebr. 4. 11.*

hasta que hayamos entrado en el feliz puerto que ha preparado Dios á los que le aman.

El que corre en el ancho estadio, dice S. Juan Crisóstomo, 'no cuida de quien le mira, sino del premio que debe ser la recompensa de su agilidad: no se detiene sino que cuanto mas se acerca á la meta mas se esfuerza en redoblar la carrera. De donde concluye el santo que cuanto mas avancemos en la vida tanto mas debemos apresurarnos por nuestras buenas obras, para alcanzar el premio que nos está reservado.

De modo que en medio de las amarguras y agonías de esta vida nuestra única oracion debe ser:

4 Qui currit, non ad spectatores, sed ad palmam attendit; non consistit, sed cursum intendit. *Mor. Hom. 2.*

Venga á nos el tu reino. Señor concédenos pronto este reino, en el cual, unidos eternamente á vos, pudiendo mirar frente á frente vuestro rostro, y amándoos con todas nuestras fuerzas, no volveremos á experimentar el temor ni el peligro de perderos. Cuando nos veamos agoviados de disgustos, de desprecios del mundo, consolémonos con la esperanza de la grande recompensa que Dios ha destinado á los que padecen por su amor: *Gozaos en aquel dia y regocijaos: porque vuestro galardón grande es en el cielo.*¹

S. Cipriano dice que el Señor ha querido con razon que encontremos nuestra alegría en las penas y en las persecuciones, por-

¹ Luc. c. c. v. 25.

que el verdadero soldado de Dios es entonces probado; y las coronas se distribuyen á los que han sido fieles.¹

Pronto está mi corazon, ¡ó Dios mio! *paratum cor meum*; dispuesto está á llevar todas las cruces en que dispongais deba sufrir. Nó, no quiero gustar las delicias ni los placeres de esta vida: no los merezco: os he ofendido y me he hecho merecedor del infierno. Preparado estoy á sobrellevar resignadamente todas las enfermedades, todos los trabajos que me enviareis, á abrazar todos los desprecios de los hombres: mil veces feliz si vuestra voluntad es que me vea privado de toda consolacion

¹ Gaudere et exultare nos valuit in persecutione Dominus, quia tunc dantur coronae fidei, tunc probantur milites Dei. *Epist. 6. ad Tharitan.*

así éspiritual como corporal, mientras vos no me priveis ni de vos ni de vuestro amor. No lo merezco, Señor, pero lo espero por el precio de aquella sangre que derramasteis por mí. Os amo, Dios mio, amor mio, mi todo. Yo viviré, pues, eternamente, y como lo espero, os amaré por toda la eternidad: mi gloria será gozar para siempre de la felicidad sin fin que emana de vuestra bondad infinita.

§ III.

Dios merece ser amado sobre todas las cosas.

SANTA Teresa dice que cuando Dios llama á una alma á su amor le hace un favor grande. Amémosle

pues nosotros que somos llamados, y amémosle como desea ser amado : *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon.* El venerable Luis de Puente no consideraba bastante digno decir á Dios : *Señor , os amo mas que á todas las cosas, mas que á todas las criaturas, mas que á todas las riquezas , mas que á todos los honores y placeres de la tierra!* porque entendia que estas palabrás no tenían mas mérito que estas otras : *Dios mio , os amo mas que á la paja, mas que al humo , mas que al fango.*

Pero Dios se contenta con ser amado de nosotros sobre todas las cosas; digámosle pues: Sí, Dios mio, os amo mas que á todos los honores del mundo, mas que á todas las riquezas, mas que á todos mis parientes y amigos : os amo

mas que á la salud, mas que el honor, mas que la ciencia, mas que todos los consuelos: en una palabra, os amo mas que á todo lo que me pertenece: mas que á mí mismo.

Prosigamos aun y digámosle: Señor, amo vuestras gracias y favores; pero amo mas que á todas estas mismas gracias á vos, porque solo vos sois la bondad infinita, el bien infinitamente amable y que escede á todo otro bien. Esta es la razon, ó Dios mio, por la cual, cualquiera que sea vuestra dádiva no bastará á contentarme sino fueseis vos mismo: solo si vos me os dais vos mismo, vos solo me bastareis. Que busquen los otros lo que quieran, yo no he de buscar mas que vuestra pose-

sion, á vos solo, amor mio, mi todo. En vos solo encuentro cuanto puedo desear y hallar.

La sagrada esposa dice, que ella ha elegido entre millares á su muy amado para amarle.* Y nosotros, ¿á quien elègiremos para dedicarle nuestro amor? Entre todos los amigos de este mundo, cual hallaremos mas amable y mas fiel que Dios, y que nos haya amado mas que Dios? Roguémosle, pues, y roguémosle siempre: *Trahe me post te*; Señor, llevadme hácia vos, porque si vos no me llevais, yo solo no seria suficiente para llegar á vos.

¡O Jesus mio! ¿cuando será, que despojado de toda afeccion mundana, yo no desearé ni buscaré

* Cant. 5, 10.

otra cosa mas que á vos? Quisiera hallarme desprendido de todo, pero á menudo importunas rémoras penetran hasta mi corazon y me desvian de vos. Desatadme de ellas, Señor, con vuestra mano omnipotente: haceos vos mismo el único objeto de todo mi amor y de todos mis pensamientos.

S. Agustin dice, que el que tiene á Dios lo tiene todo, y que el que no tiene á Dios no tiene nada. ¿De que le sirven al poderoso los cúmulos de oro y preciosas piedras, sino posee á Dios? ¿De que le sirve á un monarca imperar sobre su reino, sino posee la gracia de Dios? ¿De que le sirve á un sábio poseer todas las ciencias y hablar muchas lenguas sino sabe amar á su Dios? ¿De que le sirve á un general

mandar todo un ejercito, si vive esclavo del demonio y alejado de Dios? David, durante su reinado, despues de haber cometido su culpa, visitaba sus jardines, sus palacios, sus deliciosas quintas, y le parecia que todos estos objetos le gritaban : *¿En donde está tu Dios? Ubi est Deus tuus?* ¿Quieres encontrar el contento en nosotros? ve, vuelve al Dios que has abandonado, él solo puede satisfacerte. Entonces confesaba el santo rey, que en medio de todas las delicias no encontraba la paz : lloraba noche y dia sin distraer su pensamiento de que estaba sin Dios.⁴

En medio de las miserias y sinsabores de este mundo ¿quien

⁴ Fuerunt lacrymæ meæ panes die ac nocte : dùm dicitur mihi quotidie ; ubi est Deus tuus?

puede consolarnos mejor que Jesucristo? Por esto dice : *Venid á mí los que estais atrabajados y vais cargados, y yo os aliviare.* ¡O locura de los mundanos! Mas consuelo encuentra una alma en estado de gracia, en la efusion de una sola lágrima derramada á la memoria de sus culpas, mas en esta esclamacion : *O Dios mio!* proferida con amor; que el que podria hallar una alma entregada al mundo en mil banquetes ó espectáculos deslumbradores. Locura, lo repito, pero locura sin remedio cuando llegará la muerte, aquella muerte rodeada de obscuridad de que habla el Evangelio. Por esto nos aconseja el Salvador que caminemos mientras nos favo-

• Venit nox, quando meno potest operari. Joan. 9. 4-

rece la luz, porque llegará la noche durante la cual nada ya podremos hacer.*

Sea Dios pues todo nuestro tesoro, todos nuestros deseos sean agradar á Dios, el cual jamás se queda atrás en amor; él remunera siempre con el ciento por uno por lo que habremos hecho para agradarle. ¡O mundo, no pretendas pues que te consagre en adelante ni mi estimacion ni mi amor: otro objeto mas fiel y mas amable que tú se ha apoderado de mi corazon!

¡O Dios mio! mi único bien! Leed el objeto dominante en mi alma, y como yo os prefiero en amor á todas las cosas, disponed que en todas las cosas prefiera

* Ambulate dum lucem habetis ut non vos tenebra comprehendant. *JOHN. 12. 34.*

vuestra voluntad á mi propio placer. Jesus mio, espero por los méritos de vuestra sangre no amar mas que á vos sobre la tierra, durante lo que me queda de vida, para que logre algun dia la gloria de poseeros en el reino eterno de los bienaventurados. Virgen Santa, socorredme con vuestros poderosos ruegos, haced que pueda yo besar vuestros sagrados pies en el Paraíso.

§ IV.

Una alma que aspira á la santidad debe entregarse á Dios sin reserva.

S. Felipe Neri decia, que cuanto mas amor prodigábamos á las criaturas, tanto mas lo defraudábamos

á Dios; y por esto nuestro Salvador está celoso de nuestros corazones: *Celoso es Jesus*, dice S. Gerónimo. Puesto que nos ama sin medida, por esto quiere reinar solo en nuestro corazon, y no sufre rivales que le roben parte alguna del amor, que quiere todo entero para él: por esto experimenta tan grande disgusto al vernos dominados por cualquiera afeccion que no nazca de él. ¿Acaso exige demasiado este divino Salvador, despues de habernos prodigado su sangre y su vida, despues de haber muerto en una cruz? ¿Despues de tanto sacrificio, no merecerá ser amado de todo nuestro corazon y sin reserva?

S. Juan de la Cruz dice, que todo apego á la criatura impide ser

enteramente de Dios. Hay almas llamadas por Dios á la santidad; pero si estas almas obrando con reserva y no entregando á Dios todo su amor, conservan alguna afección á las cosas terrenas, no solo no se hacen santas sino que no llegarán á serlo jamás: quisieran volar, pero sus ataduras las retienen, no vuelan, y quedan siempre pegadas á la tierra. Preciso es, pues, desprenderse absolutamente de todo. Un hilo, pequeño ó grande, añade el mismo santo, basta para detener el vuelo de una alma hácia Dios.

Santa Gertrudis pidió un día al Señor, le indicase lo que quería de ella. El Señor la respondió:

1 Quis dabit mihi pennas columbæ, et volabo et requiescam. Ps. 54. 7.

No quiero de ti mas que un corazon vacio. Esto le pedia á Dios el santo rey David: ¹ Dios mio! dadme un corazon puro, esto es, vacío, despojado de toda afeccion mundana.

Todo per todo, escribe Tomás de Kempis. Es necesario darlo todo para merecerlo todo. Para poseer á Dios enteramente, es necesario apartarnos de todo lo que no sea Dios. Entonces podrá el alma decir al Señor: Jesus mio, todo lo he dejado por vos, ahora entregaos vos todo á mí.

Para llegar á este punto, es preciso rogar á Dios sin descanso tenga á bien llenarnos de su santo amor. El amor divino es este fuego poderoso que consume en nuestros corazones todas las afecciones que

¹ Cor mundum crea in me, Deus.

no van encaminadas á Dios. San Francisco de Sales decía, que cuando se ha prendido fuego en una casa, se arrojan todos los muebles por las ventanas: quería decir, que cuando el amor divino toma posesion de un corazon, este individuo no tiene ya necesidad de la cátedra ni del director espiritual que le ayuden á desprenderse del mundo: el amor de Dios espulsa de este corazon, abrasándole, todas las afecciones impuras.

El amor divino está simbolizado en el Cantar de los Cantares por la bodega del esposo: *Me introdujo en la cámara del vino; ordenó en mí la caridad.* En esta bienaventurada bodega, embriagadas las esposas de Jesueristo con el vino del

1. Cant. 2. 4.

santo amor, pierden el sentimiento, la percepción de las cosas del mundo, y no ven mas que á Dios solo, no buscan mas que á Dios, no hablan mas que de Dios, y no quieren oir hablar mas que de Dios solo. Si delante de ellas se nombran las riquezas, las dignidades, los placeres, se vuelven hácia Dios y le dicen con un inflamado suspiro: *¡Mi Dios y mi todo!* Dios mio, ¿para qué quiero yo los placeres, los honores, el mundo entero? Vos sois todo mi bien, todo mi contento.

Santa Teresa, hablando de la oracion de union, dice, que esta union consiste en dejar de existir para todos los objetos del mundo, para no poseer mas que á Dios.

Los mas seguros medios para

entregarse á Dios son estos tres :
1.º Huir toda especie de faltas, hasta las mas leves, y hacerse capaz de dominar toda voluntad mal ordenada, como seria saberse abstener en cualquier ocasion de la curiosidad de ver ó de escuehar, de gustar algun placer sensible aunque ligero, de emplear tal palabra festiva, pero inútil, y de otras cosas parecidas. **2.º** Entre las cosas buenas, escoger la mejor, la que mas agrada á Dios. **3.º** Recibir en paz con accion de gracias, y como de la mano de Dios, las cosas que repugnan á nuestro amor propio.

Jesus mio, amor mio, mi todo, ¿como puedo contemplaros muerto sobre la afrentosa cruz, despreciado de todo el mundo, consumido de dolores, y buscar yo to-

davía los placeres y la gloria de la tierra? De hoy en adelante quiero ser todo de vos. Olvidad mis ultrages y recibidme, hacedme conocer aquello de que debo desprenderme, y lo que debo hacer para agradaros: nada me será costoso. Dadme fuerza para hacerlo todo y constancia para seros fiel. Amable Redentor, vos deseais que yo me entregue todo á vos y sin reserva, para unirme todo á vuestro corazon: pues ved ahí que desde hoy me entrego todo á vos sin reserva. Sí, todo entero. Espero que me concedereis la gracia de seros fiel hasta la muerte. ¡O madre de Dios, ó madre mia, ó María! obtenedme la santa perseverancia.

§ V.

Dos grandes medios para llegar á ser santo: el deseo y la resolucion de serlo.

Toda la santidad consiste en amar á Dios. El amor divino es este tesoro infinito por el cual adquirimos la amistad de Dios.¹ Dios está pronto á darnos este tesoro de su santo amor, pero quiere que él sea el objeto de nuestros mas ardientes deseos. Cuando se desea tíbiamente un bien cualquiera, no se pone grande empeño en conseguirlo: por lo contrario, como dice San Lorenzo Justiniano, un fervoroso deseo hace llevaderas

¹ Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo, qui usi sunt participes facti sunt amicitiae Dei. *Sap.* 7. 44.

las penas, é infunde nuevas fuerzas para conseguirlo.

Así el que no tiene ambicion por adelantar en el amor divino, en lugar de buscar con ardor su perfeccion se encontrará en inminente peligro de entibiarse. Al contrario, el que aspire á la perfeccion con ardiente deseo, y que se esfuerce por adelantar en ella de dia en dia, este, con el tiempo, llegará al término de sus solicitudes. *Dios, dice Santa Teresa, no reserva sus grandes favores, sino para aquel que desea fervorosamente su santo amor.* Y en otro lugar: *Dios no deja un buen deseo sin recompensa.* De donde toma la Santa ocasion de exhortarnos á no envilecer nuestros deseos, porqué, como ella dice, *con la confianza en Dios, por*

nuestros esfuerzos podremos llegar poco á poco á donde han llegado los Santos.

Es una red tendida por el demonio, segun el parecer de la misma Santa, el creer, que el desear ser santo, es un efecto de orgullo. Lo seria sin duda y seria ademas vana presuncion, si pusiésemos nuestra confianza en nuestras obras ó en nuestras resoluciones; pero no así cuando todo lo esperamos de Dios, cuando esperamos que Dios solo nos dará la fuerza que no está en nosotros. Deseemos pues con ardor llegar á un grado sublime de amor de Dios, y digamos con valentía: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* y sino hallamos en nosotros aquel

deseo ardiente, pidámoslo por lo menos incesantemente á Jesucristo, que él nos lo concederá.

Pasemos al segundo medio que es la resolución. Los buenos deseos deben ir acompañados de la resolución de una alma determinada á hacer todos sus esfuerzos para conseguir el bien que desea. Muchos desean la perfección, pero nunca ponen en práctica los medios. Se creerían capaces de sepultarse en un desierto, de hacer ejemplar penitencia, grandes oraciones, llegarían á sufrir el martirio; pero todos estos deseos se reducen á puras veleidades, que en lugar de ayudarles, les vienen á ser mucho mas funestas. Estos son aquellos deseos que matan al perezoso, como dice la Escritu-

ra. Mientras se alimentan de estos ineficaces deseos, no se esmeran en desarraigar y lanzar de sí sus defectos, en mortificar sus apetitos, en sufrir con paciencia los desprecios y las contradicciones. Desean hacer grandes cosas, pero impracticables todas, por incompatibles con su actual estado, y mientras esto sucede, cunde y crece mas y mas su imperfeccion. Cualquier adversidad los desconcierta, cualquier enfermedad los irrita, y habiendo vivido imperfectos con tal conducta, mueren en la imperfeccion en que han vivido.

Si, pues, queremos efectivamente ser santos, hagamos antes la resolucion, 1.^a de huir de toda culpa

1 Desideria occidunt pigrum. Prov. 21. 25.

venial, por ligera que pueda parecerse. 2.º De desprendernos de toda afeccion por las cosas terrenas. 3.º De no faltar nunca á los ejercicios cotidianos de oracion y mortificacion, cualquiera que sea la repugnancia que experimentemos en verificarlo. 4.º De meditar cada dia la muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo, la cual inflama de amor divino á todos los corazones que la meditan. 5.º De hacer la voluntad de Dios con resignacion y en paz, en medio de todas las contradicciones. El padre Baltasar Alvarez decia, *que el que se resigna á la voluntad divina en las adversidades, corre á Dios sin tropezar.* 6.º En fin, de pedir continuamente á Dios el don de su santo amor.

Resolucion, resolution, decia Santa Teresa, *el demonio no teme á las almas irresolutas*: al contrario, el que está resuelto á entregarse sinceramente á Dios, adelantará en breve al que le parecia superior: una voluntad resuelta triunfa de todo. Trabajemos en ganar el tiempo perdido, y dediquemos á Dios todo el que nos queda. Todo el tiempo empleado sin servir á Dios es tiempo perdido. ¿Queremos tal vez provocar á Dios á que nos abandone disgustado de nuestra tibieza, de esta cobardía que nos conducirá á la perdición? Nó; cobremos primero valor y vivamos en todos momentos conducidos por esta máxima: *Agradar á Dios y morir*. Una alma resuelta con tal firmeza volará, con la ayuda de

Dios, por la carrera de la perfeccion.

Una alma que quiere ser toda de Dios debe estar dispuesta á poner en práctica las siguientes resoluciones : 1.º no cometer jamás ningun pecado venial, como ya dijimos antes, por leve que sea. 2.º Entregarse á Dios sin reserva, y para esto practicar todas las buenas obras que creemos del agrado de Dios, con la aprobacion de nuestro director espiritual. 3.º En la práctica de las buenas obras elegir aquellas que mas satisfagan á Dios. 4.º No esperar á mañana para hacer el bien que podemos hacer hoy. 5.º pedir á Dios todos los dias la gracia de crecer en su amor. Con este amor lo haremos todo : sin este amor nada haremos. Es ne-

cesario entregarlo todo para alcanzar al que lo hace todo. Para que fuésemos todos de Jesus, se nos entregó Jesus todo entero á nosotros.

Desgraciado de mí ¡ó Dios de mi alma! Despues de tantos años que estoy sobre la tierra, ¿que adelantamiento he procurado alcanzar en vuestro amor? mis progresos han sido en los defectos, en el amor propio, en el pecado. ¿Será pues mi intencion continuar la vida de este modo hasta morir? Nó, Jesus mio : no, Salvador mio. Ayudadme : no quiero morir ingrato, como desgraciadamente he vivido hasta ahora : quiero amaros con toda verdad, y abandonar lo todo para agradaros. Dadme la mano, ó Jesus mio, vos que habeis der-

ramado toda vuestra sangre, esperando que me entregaria enteramente á vos : sí, quiero ser todo de vos, con el auxilio de vuestra gracia. Cada dia doy un paso mas hácia la muerte, ayudadme á desprenderme de cuanto pudiera impedirme el ser todo de vos, de vos que me habeis amado tanto. Hacedlo por vuestros merecimientos, lo espero de vuestra bondad. También lo espero de vos, ó vírgen María; ó Madre mia! por vuestros ruegos, que lo pueden todo de Dios, alcanzadme la gracia de ser todo suyo.

§ VI.

De la ciencia de los santos.

Hay sobre la tierra dos clases de

ciencia, una celestial y otra mundana. La primera es la que nos conduce á hacer la simple voluntad de Dios y á ser grandes en el reino de los cielos : la segunda es la que nos lleva á solo complacernos á nosotros mismos, y á hacernos grandes en la tierra. Pero esta ciencia del mundo es una locura delante de Dios.¹ Locura, porque esta ciencia vuelve locos á todos los que la cultivan; enseñándoles á satisfacer sus apetitos sensuales, como hacen las bestias. San Juan Crisóstomo dice : *Llámanos hombre al que conserva la imágen de hombre sin lunar. ¿En qué consiste empero esta imágen? en ser racional.* De donde debemos concluir

¹ Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.
Cor. 3. 19.

que así como diríamos que una bestia que obrase racionalmente, obraba como hombre; del mismo modo podremos decir que se conduce como animal el hombre que obra según el apetito de sus sentidos, esto es, irracionalmente, ó como bestia.

Pero ¡que digo! concretándonos á la ciencia humana y natural de las cosas de la tierra, ¿que es lo que saben los hombres, después de todos sus estudios? ¿Qué alcanzamos á ser nosotros sino ciegos topos, pues que fuera de las verdades que conocemos por la fé, no conocemos lo demás sino por conducto de los sentidos, por conjeturas de naturaleza absolutamente incierta y falible? ¿Que escritor de tales materias se ha visto

exento de la crítica de los unos, despues de haber sido aplaudido por los otros? Pero la desgracia que hay en esto consiste, en que la ciencia mundana, como dice San Pablo, pone soberbios á sus cultivadores hasta el punto de despreciar á los demas: defecto infinitamente pernicioso al alma, porque Dios, segun el apóstol Santiago, niega sus gracias á los soberbios, y no las concede mas que á los humildes.¹

¡Oh! si los hombres obrasen segun la razon y la ley de Dios! si supiesen tomar sus precauciones, no solo por la vida temporal, que no dura mas que un instante, sino por la vida que es eterna! cierta-

¹ Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.
Jac. 4. 6.

mente no se ocuparían en adquirir mas ciencia que aquella por cuyo medio se obtiene la eterna felicidad y se evita la desgracia eterna.¹

S. Juan Crisóstomo nos aconseja que váyamos á los sepulcros de los muertos, para aprender en ellos la ciencia de la salvacion. *Que váyamos á los sepulcros!*² ¡Oh cuan hermosa escuela de verdad no es el sepulcro para llegar á comprender la nada de la vanidad del mundo! *Que váyamos á los sepulcros!* Yo no descubro allí mas que huesos y gusanos, añade el santo doctor;³ huesos! podredumbre entre gusanos! Allí yo no sabría distinguir quien fué el ignorante, quien fué

¹ Utinam saperent et intelligerent et novissima providerent. *Deut.* 29. 29.

² Proficiscamur ad sepulcra.

³ Nihil video nisi putredinem, ossa et vermes.

el letrado: allí no se descubre otra cosa sino que la muerte pone fin á todas las glorias de este mundo. ¿Qué queda ahora de un Demóstenes, de un Cicerón, de un Ulpiano? *Durmieron su sueño y nada encontraron en sus manos.*¹

Dichoso aquel que ha recibido de Dios la ciencia de los santos!² Esta ciencia consiste en saber amar á Dios. ¿Cuántas personas eminentes hay en este mundo en las bellas letras, en las matemáticas, en las lenguas extranjeras y antiguas! Pero ¿de qué les aprovecharan todos estos conocimientos, sino saben amar á Dios? *Feliz aquel*, decia S. Agustin, *que conoce á Dios y no conoce mas que*

¹ Ps. 75. 6.

² Et dedit illi scientiam Sanctorum. Sap. 10. 10.

á Dios. El que conoce á Dios y le ama, aun cuando ignorase todo lo que saben los demas hombres, seria mas sabio que todos los sabios que no saben amar á Dios.

Los ignorantes se levantan y cogen el cielo, exclamaba el mismo S. Agustin. ¡Oh! Cuan sabios fueron un S. Francisco de Asis, un S. Pascual, un S. Juan de Dios, privados en verdad de la ciencia mundana, pero hábiles en la ciencia divina! *¡O Padre mio!* dice el Salvador, *habeis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las habeis revelado á los párvulos.*¹ Por los sabios se entienden aquí los sabios del mundo, aquellos que no piensan mas que en procurarse

¹ *Matth. 13. 35.*

las riquezas y los honores mundanos, haciendo poco caso de los bienes eternos. Por los *párvulos*, deben entenderse las almas sencillas, como los niños, poco instruidas en la ciencia del siglo, pero muy atentas á agradar á Dios únicamente.

¡Ah! No envidiemos la muerte de aquellos que saben mucho, envidiemos sí la de los que saben amar á Jesucristo. Imitemos á san Pablo, que escribe no querer saber mas que á Jesucristo, á Jesucristo crucificado.* Dichosos nosotros, si llegamos á conocer el amor que nos ha profesado Jesus crucificado, y si con el auxilio de este documento de la caridad de todo un Dios,

* Non enim judicavit me scire aliquid inter vos; nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. 1. Cor. 2. 2.

alcanzamos la ciencia de su amor.

¡O Dios mio ! mi verdadero y perfecto amigo ! en donde podré encontrar quien me ame tanto como vos me habeis amado ! Hasta ahora no he hecho mas que aprender muchas cosas que ningun socorro han traído á mi alma, descuidando enteramente de aprender á amar. Lo conozco, he perdido mi vida entera. Oigo con todo, ó Dios mio, que me llamais á vuestro amor ; ved ahí pues que lo abandono todo para siempre , mi unico pensamiento será agradaros á vos, Soberano bien mio. Yo me entrego todo á vos ; recibidme, dadme fuerza para seros fiel, no quiero tener mas dominio sobre mí, sino para depender enteramente de vos, sí, todo de vos. O Madre de Dios,

acorred con vuestros ruegos en mi ayuda.

Me tomo la libertad de manifestar aquí el grande consuelo que he experimentado, hace pocos dias, en saber una circunstancia que es muy conducente á la materia que se ha tratado en este capítulo. Me han asegurado que el célebre Metastasio, despues de haber optado á los aplausos de la Europa entera por sus obras poéticas, cuyo efecto es tanto mas peligroso quanto son mas bellas, (hablo aquí de los lugares en que se trata en ellas del amor profano, puesto que las espresiones llenas de fuego y de ternura que el autor emplea, no son sino muy propias para atizar en el corazon de

tantos jóvenes las perniciosas llamas de impuras afecciones). Me han asegurado, decia, que este autor ilustre acaba de publicar un librito en prosa, en el cual declama contra todas las producciones de este género, y protesta, que si pudiese retirarlas del público y hacer de modo que dejasen de existir en el mundo lo haria, á cualquier precio, hasta á espensas de su sangre. Me han añadido ademas, que si bien es verdad que todavía compone poesías, para cumplir con los deberes que le impone su destino de poeta de la corte imperial, no trabaja sino dramas espirituales y morales, conservándose encerrado siempre en su aposento, en donde emplea su vida en la oracion y en las buenas obras. Esta noticia me

ha causado un consuelo inefable, porque considero esta solemne declaracion y este ejemplo tan laudable, como muy propios para infundir remordimientos á los jóvenes escritores que emprenden esta carrera, fascinados y ambicionando el renombre y la gloria con producciones licenciosas. En verdad que por esta declaracion merece Metastasio mayores alabanzas que si hubiese publicado millares de poemas ; pues si estos le conciliasen los aplausos de los hombres, aquélla le vale los elogios del mismo Dios. Así es, que todo cuanto detestaba yo, la vanidad que lo conducia á gloriarse de sus escritos (no hablo de sus dramas sagrados que son excelentes y dignos de todo encómio) otro tanto

ahora deberían ser sin término mis parabienes; y si me fuese permitido, le besaría los pies, viéndole constituido en censor de sus propios escritos, y oyéndole protestar que quisiera verlos desaparecer del mundo entero á costa de su misma sangre.

§ VII.

Nuestra salud eterna está en la oracion.

La oracion no solo es útil, sino necesaria para nuestra salvacion ; así es que Dios, que quiere que nos salvemos todos, nos la impone como un precepto : *Pedid y os será concedido.*¹ Uno de los errores de Wiclef, condenado por el con-

¹ *Matth. 7. 7.*

cilio de Constanza, era decir, que la oracion es de consejo y no de precepto para nosotros. Pero san Lucas dice : *Hemos de orar;*¹ y adviértase que no dice, *es provechoso, ni conveniente*, sino *hemos de orar*. De donde se sigue que los doctores enseñan con verdad, que comete falta grave el que descuida el corazon en darse á Dios, al menos una vez al mes, y en todas las ocasiones en que lucha con alguna tentacion violenta.

La razon de esta necesidad de encomendarnos á Dios á menudo, nace de nuestra insuficiencia para haer ninguna buena obra, y formar por nosotros mismos ningun buen pensamiento.² Esta convic-

¹ Oportet semper orare. *Luc. 18. 2.*

² Sine me nihil potestis facere. *Joan. 15.*

cion hacia decir á S. Felipe Neri que no confiaba en sí mismo. Dios, dice S. Agustin, no desea otra cosa sino derramar sus gracias; pero no las concede sino á los que las piden.¹ Y añade el santo Doctor particularmente, que la gracia de la perseverancia no se franquea mas que al que la busca.²

Ya que el demonio no cesa de dar vueltas á nuestro alrededor para devorarnos, debemos buscar continuamente nuestra defensa en la oracion, como dice Santo Tomás.³ Jesucristo es el primero que lo ha enseñado así : *Conviene orar de continuo y no desfallecer.*⁴ De lo

¹ Deus dare vult, sed non dat nisi potenti.

² Aliam non nisi orantibus (Deum) præparasse, sicut perseverantiam. *Líb. de Persev. c. 8.*

³ Necessaria est homini jugis oratio.

⁴ *Luc. 18. 2.*

contrario, ¿como prodriamos nosotros resistir á las continuas tentaciones que experimentamos de parte del mundo y del infierno? Es un error de Jansenio, condenado por la Iglesia, asegurar que hay preceptos que nos es imposible observar, y que nos falta á veces la gracia que debe hacérnoslos posibles. *Dios es fiel*, dice S. Pablo, *y no permite que las asechanzas de la tentacion sean mayores que nuestras fuerzas.*¹ Pero quiere que acudamos á él cuando nos asalta la tentacion y le pidamos el auxilio necesario para resistirla. Nosotros no podríamos observar la ley sin la gracia, Dios nos ha dado la ley para que busquemos la gracia, y nos concede despues la gracia pa-

1 1. Cor. 10. 13.

ra que cumplamos la ley.¹ Esto precisamente incúlca el concilio de Trento, cuando dice: *Dios no ordena lo imposible; pero cuando ordena algo, nos advierte que hagamos cuanto esté de nuestra parte, y que pidamos lo que no podemos, y nos ayudará para que podamos.*²

El Señor, pues, se halla enteramente dispuesto á prestarnos su auxilio para que no sucumbamos en la tentacion; pero no concede estos auxilios sino á los que acuden á implorarlos para no sucumbir, particularmente contra los estímulos de la carne. Así dice el Sabio : *Y como llegué á entender que de otra*

¹ Lex data est, ut gratia quæreretur; gratia data est, ut lex impleretur. *S. Agust. in Ps. 109.*

² Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet et fecere quod possis, et petere quod non possis, et adjuva ut possis. *Sess. 6. c. 11.*

*manera no podría ser continente, si Dios no me lo otorgaba, acudí al Señor y se lo pedí con fervor.*¹ Ello es que nosotros no tenemos la fuerza suficiente para domar los apetitos carnales, á no ser que *nos lo otorgue Dios*, esto es: á no ser que Dios venga en nuestro auxilio; pero Dios no vendrá, sino despues que le roguemos. Y nuestros ruegos nos alcanzarán fuerza bastante para resistir á todo el infierno por la virtud de este Dios que nos sostiene, como dice san Pablo.²

Es tambien importante para obtener la gracia del Señor el recurrir á la intercesion de los santos, que pueden mucho con Dios,

¹ *Sep. 8, 21.*

² *Omnia possum in eo qui me confortat. Phil. 4, 13.*

mayormente cuando ruegan por sus mas fieles devotos. No es este un acto de devocion arbitraria, sino un deber, como lo ha dicho espresamente santo Tomás. Segun este Santo el órden de la ley exige que recibamos los socorros necesarios para salvarnos mediante la intercesion de los Santos.¹

Todavía se obtienen mas fácilmente por la mediacion de la santa Virgen María, cuyos ruegos valen mas que todos los de los santos reunidos, con tanto mayor motivo, dice S. Bernardo, cuanto por la gracia de María es como logramos acceso hasta Jesucristo nuestro maestro y Salvador.² Pienso,

¹ S. Thom. 4. Sent., Dist. 45. q. 3. a 2.

² Per te accessum habemus ad Filium. ò inventrix gratiæ, Mater salutis; ut per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis. *Serm. Dom. infr. oct. Assumpt.*

pues, haber probado suficientemente en mi obra sobre las *Glorias de María*, Cap. 5, § 1. y 2, así como en mi escrito sobre la *oracion*, Cap. 1: este parecer de S. Bernardo, sostenido por muchos teólogos, tales como el P. Alejandro y el P. Contenson, que todas las gracias que recibimos de Dios las obtenemos por la mediacion de María. San Bernardo añade : *Busquemos la gracia, y busquémola por medio de María, porque el que busca encuentra, y no puede salir frustrado su ruego.* S. Pedro Damiano, S. Buenaventura, S. Bernardino de Sena, san Antonino son igualmente de este parecer.

Roguemos, pues, y roguemos con confianza dice el Apóstol.¹ Je-

¹ Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ ut mi

sus, sentado ahora en el trono de la gracia para consolar á todos los que recurren á él, ha dicho : *Pedid, y os será dado.* En el dia del juicio estará tambien sentado en un trono, pero este trono será el de la Justicia. ¡Que insensato es aquel que pudiendo librarse de su miseria, recurriendo á Jesus que le ofrece su gracia, espera el dia del juicio en que Jesus será su juez y no usará ya de misericordia! Nos dice ahora que nos concederá todo cuanto le pidamos. ¿Qué mas pudiera uno decir á un amigo para probarle su afecto? *Pí deme cuanto quieras, yo te lo daré.*

Santiago añade : *Si alguno de*

sericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. *Hebr. 4. 16.*

4 Omnia quaecumque orantes petit, credite, quia accipietis et evenient vobis. *Marco. 11. 24.*

*vosotros tiene falta de sabiduría, demandadla á Dios, que la da á todos copiosamente, y no zahiere : y le será concedida.*¹ La sabiduría de que se trata aquí es la sabiduría de la salvacion : para alcanzar esta sabiduría, es preciso pedir al Señor las gracias necesarias á la salud espiritual. ¿Y nos las concederá el Señor? Sí : nos las concederá y nos concederá con profusion mas de las que le habremos pedido. Téngase presente que se ha dicho, que *no zahiere á nadie*. Si el pecador se arrepiente de sus culpas, pida á Dios su salud. Dios no hará como los hombres, que afean á un ingrato su ingratitud, *le zahieren* por ella, y le niegan lo que les pide; sino que le concederá sin

¹ Jac. 1, 5.

demora todo lo que le habrá pedido y mucho mas. Si pues queremos salvarnos, es menester que hasta la muerte no cese la oracion en nuestros labios y que digamos : ¡Dios mio, socorredme! ¡Misericordia, Jesus! ¡Misericordia, ó Virgen María! Si abandonamos la oracion, nuestra perdicion es segura. Roguemos, pues; roguemos tambien cada dia por las santas almas del purgatorio : estas santas prisioneras son muy agradecidas á las oraciones que por ellas se hacen. Cada vez que oremos pidamos al Señor su gracia por los méritos de Jesucristo, porque el Señor ha dicho que nos concederia todo cuanto le pediriamos en su nombre.'

† Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *JOAN. 16. 23*

¡Dios mío! ved ahí la gracia, que os pido en el día de hoy, por los méritos de vuestro divino Hijo; haced que durante toda mi vida, y sobre todo en mis tentaciones, recorra á vos y espere que me ayudareis por el amor de Jesús y de María. Virgen Santa! alcanzadme esta gracia de que depende mi salud.

§ VIII.

Llegará el día de mi muerte.

Es muy conducente á la salvacion repetir á menudo : *Llegará el día de mi muerte*. La Iglesia renueva este recuerdo á los fieles el miércoles de ceniza de cada año.

† Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

Pero esta idea de la muerte nos es representada frecuentemente en el curso del año, ya en los cementerios que encontramos en los caminos, ya en los cenotafios que vemos en la iglesia, y ya finalmente en los mismos muertos que se conducen al sepulcro.

Los muebles mas preciosos que han usado los anacoretas en los retiros fueron una cruz y una calavera : aquélla para recordarles la muerte de Jesucristo por el amor de los hombres; y esta para que no olvidasen que eran mortales. Con estos muebles perseveraban hasta la muerte, y morian pobres en el desierto, pero mas contentos, que los monarcas que mueren en sus palacios.

Se acerca el fin, el fin se acer-

ca. Uno vive mas largo tiempo, otro menos, pero todos, tarde ó temprano, debemos morir, y á la hora de la muerte, el solo consuelo que experimentaremos será haber amado á Jesucristo, y haber sufrido por su amor los tormentos de la vida. En tan fatal instante, ni las riquezas atesoradas, ni los honores adquiridos, ni los placeres gustados bastarán á consolarnos; por lo contrario, todos juntos harán nuestro suplicio, y cuanto mas numerosos habrán sido los bienes mundanos, mas y mas terribles serán nuestros castigos.

Santa Margarita de Santana, religiosa carmelita descalza, é hija del emperador Rodolfo segundo, exclamó en sus últimos momentos :

1 Finis venit, venit finis. *Ezech.* 7. 9..

¿De qué sirven los imperios en la hora de la muerte? ¡Ah! A cuantos mundanos no ha sido repetido, hasta en los mismos instantes en que mas solícitos andaban por amontonar honores y riquezas: Dispon de tu casa porque morirás tú y no vivirás. ¡Oh! cual será la desesperacion de este hombre que estaba en vísperas de ganar un pleito, de adquirir una posesion ó un palacio, al oír el sacerdote, que al encomendarle el alma, prorumpirá en estas terribles palabras: Sal, alma cristiana, de este mundo! ¡Sal de este mundo y vé á rendir tus cuentas á Jesucristo!—¡Ay! no estoy en disposicion. —¿Qué importa? es necesario partir. ¡Ó Dios mio! ¡iluminadme, dadme la fuer-

za suficiente para consagrar el resto de mis dias á vuestro servicio y á vuestro amor! Si en este instante llegase la hora de mi muerte, yo no moriria contento, moriria en la inquietud y en la ansiedad. ¡Esperaré que la muerte venga á quitarme toda esperanza de salud? Señor, he vivido hasta ahora en el descuido, en adelante me desvelaré por servirlos. Yo me entrego enteramente á vos : aceptadme y socorredme.

A cada uno le llegará su fin y con él el terrible y decisivo momento de una eternidad de bienaventuranza ó de una eternidad de condenacion. ¡ Oh ! si pensásemos todos en este momento grande, y en las cuentas que deberemos dar

1 O momentum a quo pendet aeternitas!

al Juez de nuestras obras! Si lo tuviésemos presente no nos ocuparíamos, nó, en amontonar tesoros; no nos fatigaríamos en correr detras de los destinos y honores; no buscaríamos como engrandecernos en el mundo que va á finar para nosotros: todo nuestro conato seria en imitar la vida de los santos, para serlo, y engrandecernos en aquella vida que no ha de tener fin. Si, pues, tenemos fé, si es cierto que hemes de morir, si lo es el juicio final, si lo es la eternidad, procuremos no vivir sino en Dios, y de no amar mas que á Dios. Pasemos por la tierra como peregrinos que atraviesan un país sin fijarse en él; tengamos delante

1 Utinam saperent, et intelligerent, ac novissima previderent! *Deut.* 32. 29

la vista la imagen de la muerte, y en los negocios de este mundo hagamos lo que á la hora de la muerte sentiremos no haber hecho. Todas las cosas de la tierra nos desamparan ó las desamparamos nosotros: escuchemos á Jesucristo que nos dice: *Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde no los consume orin ni polilla.*¹ Despreciemos los tesoros de la tierra que no han de bastar á contentarnos y son perecederos; adquiramos los tesoros del cielo que nos harán felices y no tendrán fin. Desgraciado de mí, ó Dios mio, que os he vuelto las espaldas tantas veces, para consagrarme á las cosas mundanas! Reconozco mi error, me arrepiento de haber estado buscando hasta

¹ *Matth. 6. 20.*

ahora como! adquirir celebridad y fortuna en este mundo. El solo bien que anhelo ya es de poderos amar y de hacer vuestra santa voluntad. ¡O Jesus mio! desterrad de mí todo deseo de querer figurar en el siglo: hacedme apetecer el desprecio de los hombres, el retiro y la obscuridad. Dadme la fuerza para negarme yo á mí mismo todo aquello que pudiera desagradaros. Haced que soporte sin murmurar las enfermedades, las persecuciones, los dolores, los tormentos que vos me enviareis. ¡Oh! séame dado poder morir por vuestro amor solo, abandonado de todo el mundo, como moristeis vos mismo, Señor, que me habeis amado tanto. ¡Virgen Santa María! vuestros ruegos pueden hacerme ha-

llar la verdadera felicidad que consiste en amar á vuestro divino hijo. Rogadle por mí : toda mi confianza sois vos.

§ IX.

Preparacion para la muerte.

Está establecido á los hombres que mueran una sola vez ' La muerte es inevitable y el tiempo y el modo son inciertos. Jesucristo nos exorta á que *estemos apercebidos, porque á la hora menos pensada vendrá el Hijo del hombre.*' De modo que no bastará para salvarnos el prepararnos para la muerte, cuando esta habrá llegado : es necesario haberse dispuesto muy de antemano. Con este fin es menes-

1 *Heb. 9. 27.* — 2 *Luc. 12. 40.*

ter que una vez al mes, cuando menos, se repitan los siguientes actos : ¡O Dios mio! pronto estoy á recibir la muerte que me destinareis. Yo la acepto desde ahora y sacrifico mi vida en honor de vuestra Magestad y en ofrenda por mis pecados : yo consiento en que esta carne, á quien he satisfecho tantas veces, despreciando vuestras leyes, sea pasto de los gusanos y reducida á polvo.

¡Jesus mio! el dolor y la agonía de mis últimos instantes los agrego á los dolores y agonía que sufristeis en vuestra vida mortal, cuando os hicisteis hombre para salvarme. Yo acepto la muerte con todos los accidentes que puedan acompañarla : acepto la hora que vos le señalareis, ora sea pasados

muchos años, ora sea en este momento: acepto el modo con que llegará, en la cama, en la calle, presentida ó imprevista, con enfermedad mas ó menos dolorosa: me someto en todo á vuestra santa voluntad. Dadme fuerza para soportarlo todo con paciencia.

¿Qué podré yo dar al Señor en testimonio de reconocimiento por cuanto de él he recibido? ' Os doy gracias Señor por haberme dado fé: protesto que deseo morir hijo de la santa Iglesia Católica. Os doy gracias por no haber ordenado mi muerte cuando estaba en pecado mortal, y por haberme perdonado tantas veces con tanta misericordia. Os doy gracias por las luces y las

† Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?

gracias con que habeis querido llamarme hácia vos : os ruego que en la hora de mi muerte me concedais tiempo para recibir el santo Viático, á fin de que unido á vos comparezca delante vuestro tribunal. No soy yo merecedor de escuchar de vuestra boca : *Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.* ' No lo merezco, Jesus mio, por que jamás he sido perfectamente fiel; pero vuestra muerte me infunde esperanza de que seré admitido en el cielo, para amaros allí eternamente y de todo mi corazon.

¡O amor mio crucificado, tened piedad de mí! Miradme con aquellos ojos de misericordia con que

¹ *Matth. 25, 21.*

desde lo alto de la cruz mirabais á los hombres por quienes moriais. *No te acuerdes, Señor, de los delitos de mi juventud ni de mis ignorancias.* Los pecados me asustan, pero la cruz en que os contemplo clavado me infunde esperanza: *He aquí el leño de la cruz, del cual pende la salud del mundo.* Deseo concluir mis dias para poner fin á mis pecados. Perdonadme las ofensas que os he hecho antes de morir: perdonadme por vuestra sangre: *O sangre del Inocente, lava las manchas del arrepentido.*

Jesús mio, yo abrazo vuestra cruz, y beso las llagas de vuestros pies en donde deseo exhalar el alma. ¡Oh! no me abandoneis en mis últimos instantes. *Te rogamos que auxilies á tus siervos ya que los redi-*

miste con tu preciosa sangre. Os amo de todo mi corazon, os amo mas que á mí mismo, y me arrepiento de haberos despreciado hasta ahora. Señor, yo estaba perdido, pero vuestra bondad infinita me ha arrancado de las cosas de este mundo : recibid, pues, mi alma desde ahora como si fuese este el momento en que debiera salir de este mundo. Yo esclamaré con Sta. Agata : Señor, que me apartaste del amor del siglo, recibe mi alma. En tí Señor, deposité mi confianza, no sea yo confundido para siempre, pues tú me redimiste, Señor Dios de verdad.

Virgen santa, socorredme en la hora de la muerte : Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte; en tí, Señora, deposi-

te mi confianza, no sea yo confundido para siempre. Señor S. José, mi protector, obtenedme una santa muerte. Angel mio de mi guarda, Arcangel S. Miguel, defendedme del demonio en el último combate. Y vosotros Santos del paraíso, vosotros, ó defensores míos, socorredme en aquella estremidad. Jesus, María, y José, téngaos yo á mi lado en la hora de mi muerte.

§ X.

El que ama á Dios debe amar la muerte.

¿Como aborrecerá la muerte el que vive en gracia de Dios? El que ama á Dios vive en su gracia¹ y

¹ Et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. I. Jo. 4. 16.

cuando muera está seguro de ir á gozar de su presencia en el seno de los elegidos. ¿Y el hombre temerá la muerte?

David ha dicho : *No entres en juicio con tu siervo , porque ningun viviente será justificado en tu presencia.*¹ De donde se sigue que nadie debe esperar salvarse por sus propios méritos, porque nadie, á escepcion de Jesus y María, puede decir que toda su vida haya sido exenta de pecado. Pero cuando se arrepiente uno de sus faltas, cuando ha puesto su confianza sin límites en Jesucristo, que ha venido al mundo para salvar á los pecadores, no debe temer la muerte, *porque el Hijo del hombre vino á salvar lo que habia perecido.*² En

¹ Ps. 143, 2. — ² Matth. 20, 28.

efecto, ha muerto, ha derramado su sangre por los pecadores. La sangre de Jesucristo, dice el Apóstol, clama mas en favor de los pecadores que la sangre de Abel, pidiendo venganza de su hermano.¹

Verdad es que sin la revelacion divina nadie puede tener la certidumbre infalible de su salvacion, pero existe una certidumbre moral, cuando el pecador ha hecho entrega de sí propio y de corazon al Señor, y se ha resuelto á perderlo todo, incluso la existencia, antes que perder su divina gracia. Esta certidumbre está fundada en las promesas de Dios : *Nadie que haya esperado en el Señor, dice la Escritura, ha quedado confundido en su*

¹ Sed accessistis ad... mediatorem Jesum et sanguinis aspersionem melius loquentem, quam Abel. *Heb. 12, 22. ad 24.*

esperanza.⁴ Asegura Dios en varios lugares de las sagradas letras que no quiere la muerte del pecador : no le pide mas sino que se convierta y se salve. *¿Acaso quiero yo la muerte del impio , dice el Señor Dios , y no que se convierta de sus caminos , y viva?*⁵ En otro lugar afirma lo mismo y añade un juramento : *Vivo yo , dice el Señor Dios ; no quiero la muerte del impio , sino que se convierta de su camino , y viva.*⁶ En el mismo capítulo se lamenta Dios de los pecadores obstinados, que prefieren perder su alma antes que dejar el pecado : *¿Y porqué moriréis, casa de Israrel?* Y promete á todos los que se arrepienten de sus faltas, el olvidarlas : *Mas si el impio hiciere penitencia.... vivirá....*

⁴ Ecol. 2. 11.—⁵ Ezech. 18, 23.—⁶ Ezech. 33, 11.

***De todas sus maldades que él obró ,
no me acordaré yo.*¹**

Así que el pecador aborrece sus culpas es señal precursora de que puede esperar que le serán perdonadas. Un Santo Padre ha dicho, que podemos estar seguros de que seremos perdonados si esclamamos con santo fervor : *La iniquidad he aborrecido y abominado.*² Si el pecador se ha mantenido por algun tiempo sin desviarse del camino de la virtud , si ha hecho una firme resolucion de perder la vida antes que perder la amistad de Dios , si siente un vivo deseo de amarle y de verle amado de todo el mundo , si experimenta un sincero dolor por haberle ofendido, es señal que la gracia de Dios está con él.

¹ *Esach.* 10 , 21 y 22.—² *Ps.* 140 , 143.

Pero ¿de qué proviene que muchos santos, despues de haberse consagrado al servicio de Dios enteramente, despues de una vida mortificada y desprendida de todos los bienes de la tierra, se han visto acometidos de temor, al considerar que iban á comparecer delante de Jesucristo su Salvador y su Juez? Respondo á esto, que tales ejemplos son raros : que Dios, inspirando á los santos este piadoso terror, queria que se purificasen antes de entrar en la eternidad, de algunos resíduos de pecado que habia quedado en el fondo de sus almas; pero que generalmente todos los santos han muerto en paz y contentos de morir para ir á gozar á Dios. Por otra parte, la incertidumbre de la salvacion produ-

ce efectos diferentes en los pecadores y en los santos : los pecadores pasan del temor á la desesperacion, los santos al contrario, del temor á la confianza, y mueren en paz.

Todo aquel que ha tenido lugar de reconocer por aquellas señales, que está en gracia de Dios, debe desear la muerte y repetir estas palabras de Jesucristo : *Venga á nos el tu reino*. Debe echarse en brazos de la muerte con transporte, porque ella es la que le conduce á la presencia de Dios, á quien podrá entonces amar para siempre.

¡O mi muy amado Jesus! ¡mi Salvador y mi Juez! ¿Cuándo vendrá la hora de ser juzgado? ¡Ah! por piedad no me arrojeis al infierno. En el infierno ya no podria amaros :

me veria arrastrado á aborreceros para siempre; ¡y como podria yo dejaros de amar, á vos, que me habeis amado tanto! Si es vuestra voluntad que vaya al infierno, concededme al menos la gracia de que allí pueda amaros con todas las fuerzas de mi alma. Mis culpas no me hacen acreedor á esta gracia, pero vos me la habeis ganado con la sangre que tan dolorosamente vertisteis por mí en la cruz. ¡O Jesus mio! oprimidme á fuerza de disgustos y de dolores, pero no me priveis de la ventura de amaros. ¡O madre de Dios! me hallo en peligro de ser condenado, á no amar á vuestro divino Hijo que merece un amor infinito. Ah, no sea, Virgen María, socorredme, tened piedad de mí!

§ XI.

Nuestra salvacion está en la cruz.

La Iglesia canta en el viernes santo estas palabras : *He aquí el leño de la cruz del cual pende la salud del mundo.* Nuestra salud está en la cruz, en nuestra resistencia á las tentaciones, en nuestra indiferencia por los placeres de este mundo : nuestro verdadero amor á Dios reside en la cruz. Debemos, pues, resignarnos á llevar con paciencia la cruz con que Jesucristo ha querido cargar nuestros hombros : debemos resolvernos á morir en ella por amor de Jesucristo, como él murió en la suya por amor de los hombres. El único medio de con-

seguir la gloria es el resignarnos y el sobrellevar sin quejas hasta la muerte los sinsabores y tribulaciones de este mundo. Este es tambien el medio de encontrar la tranquilidad en los sufrimientos. Cuando nos ha sido destinada nuestra cruz, si queremos vivir en paz, hemos de conformarnos á la voluntad del Señor. Sino nos conformamos á ella con toda humildad, todo cuanto obremos y digamos no podrá aligerarnos el peso de la cruz. Si la llevamos con buena voluntad, ella nos llevará á nosotros á la gloria, despues de habernos dado la paz sobre la tierra.

El que reusa llevar su cruz no hace mas que aumentar su peso; pero aquel que la abraza con paciencia aligera la carga, que se convierte

en consuelo para él, porque Dios prodiga su gracia á todos los que de buen grado llevan la cruz que les ha impuesto. Naturalmente repugnan al hombre los sufrimientos; pero cuando el amor divino reina en nuestros corazones, los sufrimientos se convierten en gozo. Si calculamos la bienaventuranza de que gozaremos en el paraíso, y para conseguirla somos fieles al Señor, y soportamos nuestras penas sin murmurar, no nos quejaremos de él cuando nos envíe la cruz. Mas bien debemos esclamar con Job : *Sea mi consuelo , que afligiéndome con dolor , no me perdonára , ni yo me opondría á las palabras del Santo.*¹ , Y si somos pecadores, si nos hemos hecho merecedores del

¹ Job. 6 , 10.

infierno, debemos alegrarnos de vernos castigados por el Señor en esta vida, porque será señal positiva de que Dios quiere librarnos del castigo eterno. Desgraciado del pecador que ha prosperado sobre la tierra! el que sufre grandes reveses que eche una mirada sobre el infierno que ha merecido, y á su vista todas las penas, por insostenibles que sean, le parecerán ligeras. Así pues, si hemos pecado ved ahí la oracion que debemos dirigir á Dios de continuo : *Señor, no tengais compasion de mí, llenadme de sufrimientos.* Pero os ruego al mismo tiempo que me concedais fuerza para sufrir con resignacion, á fin de que no me oponga á vuestra santa voluntad. Me conformo de antemano á todo lo que querais

disponer de mí, y digo con Jesucristo : *Así es, Padre : porque así fué de tu agrado.* ¹

Una alma que se siente dominada del amor divino, no busca mas que á Dios : *Si diere el hombre toda la substancia de su casa por el amor, como nada la despreciará.* ² El que ama á Dios lo desprecia todo, y renuncia todo lo que no le puede ayudar á amar á Dios. Por sus buenas obras, por sus penitencias, por sus trabajos, por la gloria del Señor no debe pedir consuelos de espíritu ni de corazon : le basta saber que sus obras agradan á Dios. En fin, rehusa toda satisfaccion física ó moral, renuncia á todo placer mundano, y sin embargo no se engrie

¹ *Matth. 11, 26.*

² *Cant. 8, 7.*

ni envanece mas que antes : se da el nombre de indigno siervo del Señor, y colocándose en el último grado de los pecadores, espera la voluntad y misericordia de Dios para que sean su norte.

Si queremos ser santos es preciso que endurezcamos nuestro paladar : que lo dulce nos sea amargo y lo amargo dulce, pues sin esto jamás conseguiremos unirnos perfectamente á Dios. Toda nuestra perfeccion, toda nuestra esperanza consisten en sufrir con resignacion todas las desgracias que nos acontezcan, grandes ó pequeñas; y debemos sufrirlas para someternos al objeto que ha tenido el Señor al enviárnoslas, á saber : 1.º para espiar las faltas que hemos cometido; 2.º para hacernos

merecedores de la vida eterna, y 3.º para congraciarnos con Dios, que es el mas noble fin que podamos proponernos en todas nuestras acciones.

Ofrezcamos, pues, á Dios estar siempre dispuestos á llevar la cruz que habrá tenido á bien destinar-nos, á sufrir toda suerte de males para agradarle, á fin de que, cuando nos los envíe, los recibamos sin queja, y esclamemos lo que Jesucristo dijo cuando fué preso en el huerto para ser conducido á la muerte : *¿El cáliz que me ha dado el Padre, no lo tengo de beber?* ' ¿Dios me envia esta cruz para mi bien, y yo la reusaré? Si el peso de esta cruz nos parece insoportable, recurramos á la oracion : Dios nos

1 Joan. 15, 11.

dará las fuerzas necesarias. Acor-
 démonos entonces de lo que dice
 San Pablo : Todas las tribulaciones
 de este mundo, por duras que
 sean, no tienen proporcion alguna
 con la gloria que nos prepara Dios
 en la vida venidera. ⁴ Encenda-
 mos, pues, de nuevo la fé en nues-
 tros corazones cuando nos asalte
 la adversidad. Echemos una mirada
 sobre Jesucristo muriendo por no-
 sotros en la cruz : pensemos des-
 pues en el paraíso y en los bienes
 que Dios prepara á los que sufren
 por su amor. A su vista no nos
 quejaremos de los males que ten-
 gamos que sufrir, le daremos las
 gracias por habérmolos mandado,
 y le rogaremos que los aumente.

⁴ Non sunt condignæ passionēs hujus temporis ad futu-
 ram gloriam, quæ revelabitur in nobis. *Rom. 8, 18.*

¡Oh! cuan felices son los santos en los cielos, no por los placeres ó bienes que han gozado en la tierra, sino por haber sufrido por Jesucristo! Todo lo que acaba vale poco; pero lo que es eterno, lo que no ha de tener fin, es verdaderamente grande.

¡Cuanto me consuelan, Señor, estas palabras! *Volveos á mí... y yo me volveré á vosotros.*¹ Yo os he abandonado por amar á vuestras criaturas y por seguir mis miserables inclinaciones : todo lo abandono : ya me convierto á vos, estoy cierto que no me rechazareis. Sí, quiero amaros : vos me habeis dicho que me tendereis los brazos : *y yo me volveré á vosotros.* Recibidme en vuestra gracia, hacedme

¹ Zach. 1, 3.

sentir cuan precioso sea vuestro amor, y cuanto me habeis amado, á fin de que nunca mas me' aparte de vos. Jesus mio, perdonadme: mi muy amado Salvador, perdonadme: ¡mi único amor, perdonadme! Concededme vuestro amor y disponed despues de mí á vuestro grado. Castigadme, privadme de todo, pero no me priveis de vuestro amor. Si el mundo me ofrece todos sus bienes yo los rehusó, no quiero mas que á vos solo, ó el primero! ó el mas dulce de todos los bienes! Vírgen María, recomendadme á vuestro divino Hijo. Él os concede todo cuanto le pedis, en vos deposito toda mi confianza.

§. XII.

Jesucristo quiere que suframos por su amor.

Quien en pos de mí quiere venir, niéguese á sí mismo : y tome su cruz cada dia, y sigame : Es necesario hacer varias observaciones sobre estas palabras de Jesucristo. *Quien en pos de mí quiere venir :* no dice á mí, sino *en pos de mí*. El Señor quiere que sigamos sus pasos, quiere que sigamos el camino de zarzas y de espinas por donde él ha pasado. Va delante de nosotros : no se detiene hasta haber llegado al Calvario en donde le espera la muerte. Debemos, pues, seguirle

4 Luc. 9, 23.

hasta la muerte. Es necesario, dice luego, que cada uno *se niege á sí mismo*; esto es, que renuncie á todas las satisfacciones del amor propio y de los sentidos, á todo lo que podría desagradar á Jesucristo.

Y añade despues : *y tome su cruz cada dia, y sigame* Examinemos estas palabras una por una. *Tome* : no basta tomar y llevar la cruz forzadamente, todos los pecadores la llevan, pero sin mérito : es necesario tomarla, abrazarla y llevarla con amor. La *cruz* es aquí el emblema de todos los dolores. Jesucristo los llama *cruz* paraque los soportemos con paciencia, recordando que él ha muerto en la cruz por nosotros.

Dice ademas *su cruz*. Algunos cuando reciben algun consuelo es-

piritual, se ofrecen á sufrir todo lo que han sufrido los mártires, los ecúleos, los hierros ardientes, y despues no saben resistir un dolor de cabeza, la indiferencia de un amigo, el mal humor de algun pariente. Pero, ó hermanos mios y hermanas, no quiere Dios que sufrais los ecúleos, ni los hierros ardientes, solamente quiere que sufrais aquel dolor, aquella indiferencia, aquel mal humor, y que lo sufrais con paciencia. La religiosa que querrá ahora hacer vida penitente en el desierto no puede sufrir á su abadesa ni á su compañera. Lo que Dios quiere es, que ella lleve la cruz que le ha impuesto, no la que ella quisiera llevar.

Dice ademas *cada dia*. Muchos

reciben la cruz con alegría, pero así que la han llevado algun tiempo dicen : *Señor, no puedo mas.* Pero Dios quiere que la lleven con paciencia, aunque sea hasta la muerte. Nuestra salud y nuestra perfeccion consisten, pues, en la observancia de estos tres preceptos : *abnegacion*, no consintiendo á nuestros sentidos los deleites que nos piden : *resignacion*, abrazando la cruz que Dios nos destina; y finalmente, *imitacion*, siguiendo los pasos de Jesucristo hasta la muerte.

Penetrémonos bien de la idea de que Dios no nos deja en el mundo, sino para que llevemos con paciencia las cruces que tendrá á bien destinarnos, y en esto consiste el mérito que contrahere-

mos en esta vida. Nuestro Salvador, que tanto nos ama, no vino á este mundo sino para sufrir y para que siguiésemos sus dolorosos pasos. Contemplémosle dirigiéndose al Calvario, inclinado bajo el enorme peso de la cruz, en aquel camino en que debemos seguirle, si queremos salvarnos. Que consuelo para nosotros el poder esclamar en todas nuestras desgracias : Señor, ¿es vuestra voluntad que yo lleve esta cruz? Yo la acepto y la llevaré todo el tiempo que cumpla á vuestro agrado.

Muchas almas se placen en oír hablar de la oracion, de la paz eterna, del amor á Jesucristo, pero no quieren que se les hable de cruces ni de sufrimientos : aman á Jesus mientras dura el blan-

do céfiro de las dulzuras espirituales , pero desde el instante en que calma aquel agradable álito, y que el Señor les envia algun contratiempo para probarlas, privándolas de los acostumbrados consue-
los, cesan de orar, de comulgar, de mortificarse, y se abaten en la tristeza y en la tibieza ; se apegan á las cosas del mundo y á sus deleites. Pero tales almas se aman mas á sí mismas que no amaban á Jesucristo, siendo así que las que le aman no por las gracias que les concede, sino por lo que él es en sí, porque lo merece, éstas no abandonan jamás sus ejercicios espirituales, por grande que sea la inquietud ó la repugnancia que les inspire su práctica. Agradar á Dios es el blanco de todas sus acciones:

sufren hasta la muerte para agradarle, sin proferir una queja; y sufrirían por toda una eternidad con igual resignacion, si tal fuese la voluntad del Señor. Jesucristo, dice San Francisco de Sales, tan digno es de nuestro amor en el consuelo como en la desolacion. Las almas abrasadas del amor divino hallan su consuelo y su gloria en sufrir por el amor de Jesucristo, y esclaman :

Cuan dulce y suave, querido Señor,
Es á quien te ama padecer por tí.
Pudiese á lo menos morir por tu amor
Ya que tú moriste, mi Jesus, por mí.

Bien merece todo esto y mucho mas aquel divino Jesus que eligió una vida dolorosa y una muerte cruel por amor nuestro : aquel que

bajó á la tierra para hacernos saber que si queremos salvarnos, no tenemos mas que amarle como nos ha amado. ¡Oh cuan amadas son de Jesucristo las almas que sufren sin queja y que le aman! ¡O gracia inefable! ¡O la mayor de todas las gracias, la de saber sufrir amándole y amarle sufriendo!

Jesus mio, vos solo podriais haberme enseñado estas saludables máximas, tan opuestas á las máximas del mundo. Vos solo podeis concedernos la fuerza para llevar nuestra cruz con paciencia. No os pido que me libreis de los dolores, solo sí que me infundais valor para sufrir con paciencia y resignacion. Eterno Padre, vuestro divino Hijo nos ha asegurado que cuanto os pidiésemos en su nombre nos se-

ria concedido por vos.' Escuchad pues lo que os rogamos : concedednos la gracia que podamos soportar con paciencia las penas de esta vida : acceded á nuestro ruego por el amor de Jesucristo. Y vos perdonadme, Jesus mio, todas las ofensas que os he hecho, no queriendo sufrir con paciencia las tribulaciones que me habeis enviado. Concededme vuestro amor : él me dará la fuerza de poder sufrirlo todo por el amor de vos : privadme de todo, quitadme todo lo que poseo, quede yo sin parientes ni allegados, sin amigos, sin salud corporal, quitadme la vida, però no me priveis de vuestro amor : esto solo es lo que os pido. Virgen Santa, ob-

1 Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *Joan.* 16, 23.

tened por vuestros ruegos que pueda yo seguir constante hasta la muerte en mi amor por Jesucristo.

§. XIII.

El amor divino triunfa de todo.

*Fuerte como la muerte es el amor. **
 Así como la muerte nos desprende de todos los bienes de la tierra, de todas las riquezas, de todas las dignidades, de todos los parientes y amigos, y de todos los deleites mundanos, así cuando reina en nuestros corazones el amor divino, arranca de nosotros todo apego por los bienes de este mundo. Los santos se han despojado de cuanto poseían, han rehusado admitir ho-

* . Cant. 8, 6.

nores y empleos, y se han retirado á los desiertos ó á los claustros para no pensar mas que en Dios.

El alma no puede existir sin amar al Criador ó á las criaturas. Examinad una alma exenta de toda afeccion terrestre, la encontrareis llena del amor divino. ¿Quieres saber si eres enteramente de Dios? Pregúntate á tí mismo si te hallas enteramente desprendido de las cosas del mundo.

Se quejan algunos de que en los ejercicios piadosos, en sus oraciones, en sus comuniones, en sus visitas al Santísimo Sacramento, no encuentran á Dios. A estos es á quienes se dirige Santa Teresa, diciéndoles : *Desprended vuestro corazón de las criaturas, y despues buscad á Dios que ya lo hallareis.*

★

No se obtienen siempre las gracias espirituales, que Dios concede muy rara vez en esta vida á los que le aman, á fin de infundirles mas ardiente deseo de conseguir las inmensas dulzuras que les tiene preparadas en el paraíso. Con todo, les deja saborear aquella paz interior, aquella paz del amor, mil veces mas dulce que todos los placeres sensuales. ¿Puede haber felicidad mayor, para una alma verdaderamente enamorada de Dios, que poder esclamar con afeccion : *Mi Dios es mi todo?* S. Francisco de Asis pasó un año entero en un éxtasis celestial, durante cuyo tiempo repetia de continuo : *Mi Dios es mi todo.*

Fuerte como la muerte es el amor.

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnen sensum. *Philip. 4, 7.*

Si viésemos que algun muerto se llevaba algo de este mundo, esta circunstancia seria señal de que no estaba muerto : la muerte nos priva de todo. El que quiere ser enteramente de Dios, lo debe abandonar todo ; si retiene algo , su amor al Señor será debil é imperfecto.

El amor divino nos despoja de todo. Decia el P. Segneri, gran siervo de Dios, cuya vida ha escrito Muratori : *El amor de Dios es un astuto ladron que nos despoja de todo sobre la tierra.* A otro siervo de Dios, que habia repartido á los pobres todo cuanto poseia, le fué preguntado, que era la que lo habia reducido á la miseria, y él, sacando el Evangelio de su seno, respondió : *Ved ahí lo que me ha despojado de todo.*

Finalmente, Jesucristo quiere poseer nuestro corazon por entero, y no quiere sociedad con nadie en esta posesion. Dice S. Agustin, que el Senado romano no quiso decretar la adoracion de Jesucristo, porque decia que era un Dios demasiado orgulloso por cuanto queria ser él solo el adorado. Pero siendo así que él solo ha sido nuestro maestro, justo es que él solo quiera ser amado y adorado por los hombres. S. Francisco de Sales dice, que el amor de Dios consume todo lo que no es Dios. Así pues cuando este amor se alberga en nuestros corazones, si otra pasion por otra cualquier cosa que no sea Dios pretende introducirse en ellos, debemos ahuyentarla de consuno, diciendo : *Fuera : no hay*

aquí lugar para ti. En esto consiste aquel abandono total de las cosas de este mundo, que nos ha sido recomendado por el Salvador, si queremos ser enteramente suyos; y el abandono ha de ser *total*, porque es necesario renunciar enteramente á todo, particularmente á nuestros parientes y amigos. ¿Cuántos de nosotros para agradar á los hombres descuidamos el santificarnos? David dice, que los que se esmeran en agradar á los hombres son despreciados de Dios.*

Pero sobre todo debemos renunciar á nosotros mismos, domando aquel amor propio que suele entender en todo cuanto obramos, hasta en los mas santos ejer-

* Qui hominibus placent, confusi sunt, quoniam Deus sprexit eos. *Psalm.* 62, 9.

cicios, y que nos pone á la vista sin cesar nuestra propia gloria ó nuestra propia satisfaccion. ¡Cuantos predicadores, cuantos escritores ascéticos, han combatido en vano este defecto! Muchas veces mientras hacemos oracion, ó bien leemos, ó nos acercamos tal vez á la santa comunión, se deslizan en nosotros algunos deseos impuros de hacernos notar, ó de creer que merecemos alguna dulzura espiritual.

Debemos, pues, dedicar todo nuestro esmero á domar este amor propio, que á menudo nos hace perder todo el mérito de las mejores buenas obras. Debemos privarnos cuanto nos sea dable de todo lo que mas nos agrada : de las diversiones por ejemplo, precisamente porque nos agradan; por el con-

trario, serviremos á un ingrato precisamente porque será contra nuestro gusto, y porque es ingrato; beberemos una medicina amarga, precisamente porque es amarga y nos ha de contrariar. El amor propio quiere que creamos que no es buena una cosa sino cuando él se halla satisfecho.

Pero para entregarse enteramente á Dios es necesario que, cuando se trata de una cosa en que está cifrada nuestra complacencia, nos sepamos abstener de ella, diciendo : *Piérdase todo, pero agradecemos á Dios.*

Por otra parte, nadie es tan feliz en este mundo, como aquel que sabe despreciar sus vanidades; y aquel que hace el sacrificio de ellas á Dios, es recompensado con

usura por las divinas gracias. De este modo premia el Señor á sus fieles servidores. Pero, ó Dios mio, vos conoceis mi debilidad : habeis prometido socorrer á los que ponen toda su confianza en vos. Señor, yo os amo, confío en vos : prestadme las fuerzas necesarias para desprenderme de este mundo y unir-me á vos para siempre. Tambien espero en vos, ó Virgen María, mi dulce protectora.

§. XIV.

Necesidad de la oracion mental.

La oracion mental sirve para guiarnos en nuestro viaje á la eternidad. Las verdades eternas son asuntos espirituales que no se per-

ciben con la vista corporal, sino con la del alma. El que no hace oracion no las divisa, y por esto camina á tientas por el camino de la salvacion. Por otra parte, el que no hace oracion no conoce sus defectos ni los aborrece, como dice S. Bernardo. No concibe tampoco los peligros en que se encuentra, y por lo tanto, no trabaja en evitarlos. Pero aquel que se emplea en orar descubre al momento sus imperfecciones, percibe los peligros que corre su salvacion y se pone en actitud de remediar su daño. S. Bernardo añade, que la meditacion pone á raya nuestras pasiones, dirige nuestras obras, y corrige nuestros defectos. †

† *Consideratio regit affectus, dirigit actus, corrigit excessus. De Consid. lib. 2, cap. 6.*

Ademas de esto, solo en la oracion podemos hallar las fuerzas necesarias para resistir á las tentaciones del infierno y practicar la virtud. Santa Teresa decia, que el que descuida la oracion no necesita demonios que lo lleven al infierno, porque él mismo se encamina á él. Esto nace de que sin oracion mental no puede uno entregarse á la oracion. El Señor está siempre dispuesto á concedernos sus gracias; pero quiere, dice San Gregorio, que le roguemos que nos las conceda, y nuestros ruegos le obligan á dispensárnoslas. Pero sin la oracion, no tendremos fuerza para resistir á nuestros enemigos, y no podremos alcanzar

1 Vult Deus rogari, vult cegi, vult quadam importunitate vinci. *In Ps. Poem. 6.*

la gracia de la perseverancia en las buenas obras. Palafox ha dicho en una nota á la carta X de Santa Teresa : *¿ Como nos ha de conceder el Señor la perseverancia , sino se la pedimos ? ¿ Y como se la pediremos sin la oracion ?* Pero los que se dedican á la oracion son como el árbol plantado en la corriente de un rio : ¹ crecerá y se renovará siempre.

La oracion es la feliz hoguera en donde se abrasan las almas del amor divino.² Santa Catalina de Bolonia decia : *La oracion es el lazo que estrecha el alma con Dios.*

*Introdujome el rey en la cámara del vino y ordenó en mí la caridad.*³

¹ Erit tamquam lignum solum decursum aquarum.
Psal. 4, 2.

² In meditatione mea exardescet ignis. *Psal.* 38, 4.

³ *Cant.* 2, 4.

Esta cámara del vino ó bodega, es la oracion en que se embriaga el alma de amor divino hasta el punto de perder la sensacion por las cosas de este mundo. Ella no ve entonces mas que lo que agrada á su amante, no habla mas que de su amante, cualquier otro discurso le incomoda y le disgusta. Retirada el alma en esta bodega para hablar cara á cara con Dios, se eleva sobre sí misma.¹ El alma se sienta y se pone á considerar en la oracion cuan amable es Dios, y cuan ardiente el amor que le profesa: se embriagará en la idea de Dios, rebosará en pensamientos celestiales; se desprenderá de todo amor terrestre, arderá en deseos de hacerse santa, y resolverá en

¹ *Sodebit solitarius et tacabit, leva vit so. Thren. 3, 28.*

fin entregarse enteramente á Dios.
¿Y no es la oracion la que ha ins-
pirado á los Santos sus mas nobles
y generosas resoluciones? ¿No ha
sido ella la que los ha llevado al
cielo?

Oigamos lo que dice San Juan
de la Cruz con respecto á la oracion
mental :

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su esposa.

San Luis Gonzaga decia que ja-
más se llegaría á un alto grado de
perfeccion, sino se hacian muchas
oraciones. Dedicuémonos pues á
la oracion, y no la abandonemos
jamás, por fatigosa que pueda pa-
recernos. Las fatigas é incomodi-

dades que sufriremos por Dios, las recompensará el Señor en el paraíso con los tesoros de su amor.

Perdonad, Señor, mi pereza y mi indiferencia. ¡Cuántas gracias no he perdido por haber descuidado la oración! En adelante dadme fuerza para seros fiel, y para continuar á hablar con vos por medio de la oración, hasta que pueda hablaros de viva voz en el cielo. No pretendo que me colmeis de vuestros inefables consuelos durante mis oraciones, no soy merecedor de tanta bondad; bástame que me permitais orar á vuestros pies por la salvación de mi alma. Mi alma, Señor, está triste y vacía: triste y vacía por que se ha alejado de vos. O Jesús crucificado! el solo recuerdo de vues-

tra sagrada pasion me arrancará de la tierra y me unirá á vos, Virgen Santa María, socorredme en la oracion

§. XV.

Objeto de la oracion mental.

Para hacer la oracion mental con provecho de nuestra alma diremos antes el objeto que en ella debemos llevar. 1.º Debe hacerse la oracion para unirnos mas estrechamente á Dios; y lo que nos une á Dios, no tanto es la pureza de nuestros pensamientos, como la de nuestras acciones y de nuestro amor. En la oracion hacemos actos de humildad, de esperanza, de desprendimiento, de resignacion, de amor, y sobre todo de arrepen-

timiento de nuestros pecados. Los actos de amor, decia Santa Teresa, son los mas eficaces para mantener el fuego del amor de Dios en nuestros corazones. 2.º Ha de hacerse oracion con el fin de conseguir de Dios las gracias necesarias para adelantar en la carrera de la salvacion, y sobre todo, para evitar los peligros de caer en pecado, y para alcanzar los medios de llegar á la perfeccion. El objeto principal de la oracion está en saber rogar. Generalmente hablando, Dios no concede sus gracias, sino á los que se las piden. S. Gregorio ha dicho: *Quiere Dios ser rogado, ser obligado, ser vencido por el ruego, casi importuno.*¹

¹ Vult Deus rogari, vult cogi, vult quadam importunitate vinci. In Ps. Poen. 6.

Hagamos atencion á la palabra del santo, *ser vencido* : algunas veces para obtener gracias de alguna monta, no basta el simple ruego, es necesario insistir y casi forzar á Dios á que las conceda á nuestras reiteradas instancias. Verdad es, que en todas ocasiones el Señor está pronto á condescender con nosotros; pero en el momento de la oracion, cuando nuestra alma no se ocupa mas que en él, es mas fácil obtenerlas de su misericordia.

Debe tenerse particular cuidado de pedir á Dios en nuestras oraciones la perseverancia, y su santo amor. La perseverancia hasta el fin no es efecto de una sola gracia, es un encadenamiento de gracias, en cuyos eslabones han de alternar

★

nuestras oraciones. Si cesamos de orar, cesará Dios también de concedernos sus auxilios, y nuestra perdición será inevitable. Los que no hacen oración mental, difícilmente podrán sostener la perseverancia en la gracia de Dios hasta la muerte. Hemos visto ya lo que decía Palafox acerca de la oración en el párrafo que antecede : *Si la oración, añade, no hay medio de comunicar con Dios.*

Es menester además insistir en nuestros ruegos al Señor, para alcanzar su santo amor. San Francisco de Sales decía, que todas las virtudes eran las compañeras del amor de Dios. Todos los bienes entran en mi alma con la caridad.

* Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.
Sap. 7, 11.

Repitamos, pues, continuamente nuestras oraciones para conseguir la perseverancia y el amor; y para dirigirlas con mas confianza, tengamos siempre presente en la memoria la promesa de Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo: Que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre.* ' Roguemos pues, y roguemos siempre, si queremos que Dios nos colme de sus beneficios; roguemos por nosotros: y si nuestro celo se dirige principalmente á la gloria de Dios, roguemos tambien por los demás. Dios quiere que le rueguen por los infieles, por los hereges, y por todos los pecadores. Digamos: Señor, daos á conocer y haceos amar. En la vida de Sta. Teresa y en la

de Santa Magdalena de Pazzi se lee que Dios les encargaba á menudo que orasen por los pecadores. Hagamos oracion tambien por las almas del purgatorio.

3.º No solo hemos de hacer oracion para conseguir consuelos espirituales, si que tambien para conocer ademas lo que Dios exige de nosotros. *Habla, Señor*, deberíamos decir á Dios con Samuel, *que te escucha tu siervo*. Señor, dadme á conocer lo que quereis de mí para hacerlo sin titubear. Algunos siguen la oracion mientras continuan los consuelos, pero cuando éstos cesan, dejan de orar. No hay duda que Dios consuela en la oracion á los que ama y les concede un gozo precursor de las delicias que prepara en la gloria á los que le

han amado. Los mundanos no conciben el deleite que resulta de la oracion; habituados á los placeres terrestres, desprecian los del cielo. ¡Oh! si llegasen á conocerlos, que pronto abandonarían el mundo para correr á encerrarse en el retiro de una celda, en donde bajaria Dios hasta ellos! La oracion no es otra cosa mas que una conversacion entre Dios y el alma: el alma le espone sus temores, sus deseos, sus votos, y Dios le responde con bondad; le habla del amor que le profesa, y le indica cuanto deba hacer para agradarle: *Por tanto he aquí yo la atraeré, y la llevaré al desierto: y la hablaré al corazon.*¹

Pero no siempre se experimentan estas delicias: por lo comun

¹ Os. 2. 14.

las almas santas están sujetas á la aridez. *Por la aridez y por la tentacion*, dice Santa Teresa, *prueba Dios á sus siervos*. Y despues añade: *Aunque la aridez de nuestra alma fuese continua, no por esto deberiamos dejar de orar. Ya vendrá el momento en que seremos largamente recompensados*. Los momentos de sequedad y de aridez son momentos de provecho.

Cuando nos sentimos sin deseo, sin fervor de orar y nos hallamos poco dispuestos á hacer bien, resignémonos, humillémonos, y si no podemos decir otra cosa, digamos: *Señor, ayúdame, tened compasion de mí, no me abandoneis*. Esta corta oracion nos será mas provechosa que las demas. Recurramos tambien á la Virgen Maria

nuestra madre y nuestro consuelo. ¡Dichoso aquel que en las tribulaciones no deja de orar! Dios le colmará de sus gracias. Que diga entonces: ¡O Dios mío! Porque he de esperar que me consolareis, yo que merecería estar en el infierno para siempre, separado de vos, y privado de toda esperanza de poderos amar! No me quejo, Señor, de que me priveis de vuestros consuelos, no los merezco, no los espero. Me basta saber que no rechazais á las almas que os aman. No me priveis de la dicha de amaros y haced de mí despues lo que sea de vuestro agrado. Si vuestra voluntad dispone el que permanezca en el dolor, durante toda mi vida, consiento en ello, con tal que pueda deciros y repetiros sin cesar:

Yo os amo, Señor, yo os amo. Virgen María, madre de Dios, tened piedad de mí.

§ XVI.

De la misericordia de Dios.

Es tanto lo que quiere Dios poder dispensarnos sus gracias, que, segun S. Agustin, es mayor en él el deseo de concedérmolas, que en nosotros el de conseguirlas. ¹ Y la razon es, que la bondad divina, como dicen los filósofos, es *diffusiva por naturaleza*,² inclinada á hacer el bien. Siendo, pues, Dios la bondad infinita, siente un deseo infinito de concedernos y repartir en-

¹ Plus vult ille tibi largiri bona, quam tu concupiscas.

² Sui diffusiva.

tre nosotros los tesoros que posee.

De aquí nace la grande misericordia que tiene el Señor de nuestras miserias que nos consuela en las adversidades. David dice, que la tierra está llena de testimonios de su misericordia y no de su justicia. Dios no ejerce su justicia con los malos, sino cuando se ve forzado á ello por el esceso de sus crímenes; pero sin dejar de estar siempre dispuesto á derramar las gracias de su misericordia sobre todos y en todo tiempo. Santiago dice con este motivo: *La misericordia triunfa sobre el juicio.*¹ La misericordia arranca á menudo de las manos de la justicia la cuchilla pronta á descargar su golpe sobre el pecador, y alcanza su perdon. Por

¹ 8. 13.

esto el Profeta daba á Dios el nombre de misericordia.¹ Y añadía : *Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado.*² Esto es : ya que sois la misma misericordia.

Isaias dice, que el castigo no es segun el corazon de Dios, sino agena y peregrina, como si dijese, distinta de su inclinacion.³ Su misericordia infinita le decidió á enviar su hijo, á hacerse hombre sobre la tierra, á morir en una cruz para librarnos de la muerte eterna. S. Zacarias esclama : *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó sol naciente de lo alto :*⁴ esto es : ha venido á vi-

¹ Deus meus, misericordia mea. Ps. 58, 19.

² Ps. 58.

³ Dominus irascetur; ut faciat opus suum, alienum opus ejus... peregrinum est opus ejus ab eo. Is. 58, 21.

⁴ Luc. 1, 78.

sitarnos desde el subido trono de luz, cual claro sol que sale del oriente. Con las palabras *entrañas de misericordia*, quiere indicarse una misericordia que tenia su origen en el corazón de Dios, que prefirió ver morir á su hijo hecho hombre á permitir la condenación del linaje humano.

El evangelio nos da una prueba del inmenso amor que Dios nos profesa, y de su ardiente deseo por hacernos bien, en estas breves palabras : *Pedid y se os dará.*¹ Que mas pudiera uno decir á su amigo para probarle el amor que : *Pide y se te dará?* Pues esto es justamente lo que nos dice Dios á cada uno de nosotros.

Nos invita además á que recur-

¹ *Matth. 7. 7.*

ramos á él en nuestras tribulaciones, y nos promete aliviarlas : *Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré.*¹ Quejábanse los Hebreos de Dios, y decian que no volverian á pedirle gracia alguna : entonces dijo Dios á Jeremías : *¿Por ventura he sido yo para Israel un desierto, ó tierra tardía? pues porque ha dicho mi pueblo : Nos hemos retirado, no vendremos mas á tí?*² Reprendia el Señor por estas palabras la conducta de los Hebreos que habian dudado de su bondad, pronta siempre, como dijo por Isaias, á socorrer y á consolar á los que imploran su auxilio.³

Habeis pecado : ¿quereis ser

¹ *Matth. 11. 28.*—² *Jer. 2. 31.*

³ *Statim ut audierit, respondebit tibi. Isa. 50. 19.*

perdonados? No temais, dice San Juan Crisóstomo, porque mas impaciente está el Señor por perdonarnos, que nosotros por recibir el perdón.¹ Si Dios nos encuentra obstinados en el pecado, nos aguarda para ser indulgente con nosotros.² Nos muestra entonces los castigos que nos están preparados, para que nos arrepintamos.³ Empieza llamando á la puerta de nuestro corazon para que le abramos.⁴ Nos sigue despues por todas partes y nos dice : *¿Y porqué moriréis, casa de Israel?*⁵ que es como si nos dijese : *hijo mio, porque*

¹ Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut ille dimittere. *Hom. 25. in Matth.*

² Expectat Dominus, ut misereatur vestri. *Isa. 30. 18.*

³ Dedisti metuentibus te significatione: ut fugiant á facie arcus. ... ut liberentur dilecti tui. *Ps. 59. 6. 7.*

⁴ Ecce sto ad ostium, et pulso. *Apoc. 3. 20.*

⁵ *Es. 46. 31.*

quieres perderte! S. Dionisio Areopagita dice, que el Señor llega hasta á rogarnos que no nos perdamos.¹ El Apóstol lo habia ya escrito, rogando por Cristo á los pecadores que se reconcillasen con Dios.² S. Juan Crisóstomo puso la siguiente nota al referido pasage: «El mismo Jesucristo os ruega. ¿Y qué os ruega? Que os reconcilieis con Dios.»

Si despues de tan dulces promesas, los pecadores persisten en su obstinacion, ¿qué puede hacer Dios? Todavía ofrece no rechazar á los que se llegaren á él contritos y arrepentidos: *Aquel que á mí viene, no le echaré fuera.*³ Dice ademas que

¹ Deus etiam a se aversus amatorie et deprecatur ne pereant.

² Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo. 1. Cor. 5. 20.—3 Jo. 6. 37.

está pronto á abrazar á todos aquellos que se echan en sus brazos : *Volteos á mí y yo me volveré á vosotros.*¹ Promete perdonar al impio, luego que se arrepienta, y echar un velo sobre sus culpas pasadas : *Mas si el impio hiciere penitencia... vivirá... de todas sus maldades que él obró, no me acordaré yo.*² Y añade : *Venid, y acusadme : si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos.*³ Que es como si dijese : Arrepentios, y si yo no os acojo en mis brazos, acusadme de haber faltado á mi palabra.

Pero nó : el Señor no aparta de sí á un corazon arrepentido.⁴ San

¹ Zach. 4, 2.—² Ex. 10, 24. cf. 22.—³ Is. 1, 18.

⁴ Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet. Ps. 50, 19.

Lucas describe la alegría del Señor al encontrar la oveja extraviada y con cuanto amor acogió al hijo pródigo, cuando este vino á echarse á sus pies.* Dios mismo ha dicho que hay mas gozo en los cielos por el arrepentimiento de un pecador que por noventa y nueve justos inocentes.† S. Gregorio nos da de ello la razon, y consiste, segun el Santo, en que por lo comun los pecadores arrepentidos ruegan y aman á Dios con mas fervor que los inocentes tibios. *Plerumque gratior est Deo fervens post culpam vita, quam securitate torpens innocentia.* ‡

* Luc. 15. 2. — † Id. 20.

‡ Dico vobis, quod ita gaudium erit celo super uno peccatore poenitentiam agente quam super nonaginta novem justis. Luc. 15. 7.

§ Ap. Corn. a Lap. in loc. cit.

Mi buen Jesus, ya que habeis sido tan paciente esperando mi arrepentimiento, y tan amoroso en perdonarme, quiero amaros con ardor; pero es necesario que vos mismo me hagais capaz de ello: concededme esta gracia, Señor. No seria glorioso para vos el ser debilmente amado por un pecador á quien habeis colmado de tantos beneficios. Señor, ¿cuando seré yo tan agradecido con vos, como bondadoso habeis sido vos conmigo? Hasta ahora en lugar de reconocimiento no ha habido en mí mas que ingratitud, puesto que os he ofendido y despreciado. ¿Seré siempre tan indiferente con vos, Señor, con vos, que habeis derramado vuestra sangre para conseguir mi amor? Nó, Salvador mio, quie-

★

ro amaros de todo corazon : propongo no volveros á ofender en adelante. Me ordenais que os ame, os amo pues y os pido gracia para siempre amaros. Si vos me buscais, ya no busco á otro que á vos. Venid en mi auxilio, sin el cual yo nada puedo. O vírgen María, madre de misericordia, haced que yo sea enteramente del Señor.

§ XVII.

Confianza en Jesucristo.

La misericordia de Dios para con nosotros llega hasta el extremo, como queda probado en el capítulo precedente; pero quiere que esperemos los efectos de su misericordia, y que le imploremos,

escitados por la mas viva confianza en los méritos de Jesucristo y en sus promesas. Por esto nos encarga S. Pablo el conservar siempre esta confianza, la cual obtendrá algun dia la recompensa de parte del Señor: *No queráis perder vuestra confianza, que tiene un crecido galardón.* Cuando, pues, el terror que nos infunde el juicio de Dios llegue á disminuir en nosotros esta confianza, hemos de espulsar este terror de nuestro corazon, como dice David en el salmo 42, traducido como sigue por el sabio Saverio Mattei en su excelente traduccion de los salmos en verso.

Pero tú esperar no sabes?
 Palpitas corazon mio?

**Destierra el temor, no des
Tan presurosos latidos.**

**Para que quieres turbarte?
Espera en tu Señor, Dios,
Que algún día sus favores
Cantaremos con amor.**

Jesucristo reveló á Santa Gertrudis que puede tanto en su corazón muestra confianza, que consigue de él todo cuanto le pedimos. S. Juan Climaco dice lo mismo. Toda oracion dirigida con confianza hace violencia al Señor, pero esta violencia le es agradable. San Bernardo dice que la misericordia divina es como una fuente profunda de donde todos sacan; y que aquel que lleva mayor vaso de confianza obtiene mas abundancia de gracias. David dice : *Hágase, Señor,*

1 Oratio pia Deo vim infert.

*tu misericordia, sobre nosotros, de la manera que en tí hemos esperado.*¹

Dios nos ha declarado, que él es protector y salva á todos los que esperan en él.² Como se alegran pues, decia David, todos los que esperan en tí, Dios mio, porque serán eternamente felices y tú habitarás en ellos para siempre. El mismo profeta ha dicho : Al que en el Señor espera, se verá rodeado de su misericordia, protegido por ella, y á cubierto de todo peligro de perderse.³

¿Que pomposas promesas no hacen las Santas Escrituras á todos los que esperan en Dios? ¿Nuestros

¹ Ps. 32. 22.

² Protector est omnium sperantium in se. Ps. 17. 31.— Qui salvos facis sperantes in te. Ps. 10. 7.

³ Sperantem autem in Domino misericordia circumdabit. Ps. 34. 10.

pecados nos han conducido al borde de la condenacion? El remedio es fácil : corramos con confianza á abrazar los pies de Jesucristo, dice el Apóstol, y conseguiremos el perdon de ellos.¹ No aguardemos para acudir á Jesucristo á que esté sentado en el trono de la justicia, ahora es tiempo de acudir, ahora que está sentado en el trono de la gracia. S. Juan Crisóstomo dice que nuestro Salvador tiene mas deseo de perdonarnos que nosotros de ser perdonados.²

Pero, dirá el pecador, yo no merezco ser atendido, si pido perdon. Yo le respondo, que si le faltan merecimientos, su confianza

¹ Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ : ut misericordiam inveniamus in auxilio opportuno. *Heb. 4. 16.*

² Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut illé cupit dimittere *Hom. 23. in Matth.*

en la divina misericordia le obtendrá el perdón; porque este perdón no se funda en el mérito del pecador, sino en la promesa que Dios ha hecho de perdonar á los que se arrepienten: por esto ha dicho Jesucristo: *Todo aquel que pide recibe.* Un comentador del evangelio explica las palabras: *Omnis*, diciendo: *sea justo, sea pecador, con tal que ruegue con confianza.* Oigamos de la boca del mismo Jesucristo cuan necesaria sea la confianza: *Todo cuanto pidiereis orando, creed que os será concedido y os acontecerá.* *

Los que por debilidad temen volver á caer en sus antiguos pecados, tengan confianza en Dios de que no volverán á cometerlos. El pro-

* *Luc. 11. 10.—2 Marc. 12. 24.*

feta lo afirma : *No será culpado ninguno de los que esperan en él.*¹ Isaías dice que los que esperan en Dios hallarán nueva fuerza.² Seamos, pues, firmes en nuestra confianza, como dice S. Pablo, porque Dios ha prometido proteger á todos los que esperan en él. Así, pues, cuando tengamos que superar algun obstáculo muy superior á nuestras fuerzas, digamos : *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*³ ¿ Quien ha esperado en Dios y se ha perdido ?⁴ Pero no busquemos, no exijamos siempre aquella confianza sensible de que quisiéramos vernos animados; basta te-

¹ Ps. 33. 23.

² Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem. Is. 40. 31.

³ Phil. 4. 13.

⁴ Nullus speravit in Domino, et confusus est. Eccl. 5. 5.

ner la voluntad de confiar en Dios. La verdadera confianza es querer confiar porque Dios es bueno, y su mayor gusto es ayudarnos. Es omnipotente y puede ayudarnos: es fiel y lo ha prometido; aseguremos, pues, nuestra confianza en la promesa hecha por Jesucristo: *En verdad, en verdad, os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidieris en mi nombre.* Pidamos pues á Dios las gracias que podamos necesitar, por los méritos de Jesucristo, y obtendremos todo cuanto le pidamos.

O Eterno Dios. Soy pobre de todo: de vuestras manos he recibido todo cuanto poseo. Señor tened piedad de mí. Lo peor es que á mi pobreza he añadido el

desmérito de corresponder á vuestras gracias con las ofensas que contra vos he cometido; pero esto no obstante, espero de vuestra bondad esta repetida misericordia, 1.º que perdonareis mis pecados, y me concedereis una santa perseverancia en vuestro santo amor; 2.º y la gracia de pedirlos siempre que me ayudeis hasta la muerte. Yo solicito y espero todas estas gracias por los méritos de vuestro hijo, y por la bienaventurada Virgen María. O Virgen María, mi protectora, socorredme con vuestros ruegos.

En el párrafo que antecede he citado la traduccion de los salmos por Saverio Mattei : esta traduccion

ha merecido un aplauso general. Pero le ruego aquí me permita una observacion sobre los encomios que prodiga á las composiciones poéticas de su íntimo amigo, el abate Metastasio. Debiera haber establecido una distincion entre las obras sagradas y las piezas amorosas de este poeta, el cual lejos de merecer sus alabanzas debieran haberlo impulsado á su reprobacion. Porque cuanto mas bellas son, como he dicho en el párrafo sexto, son tanto mas dañosas para la pobre juventud. Debiera haber dicho francamente, que su amigo hubiese empleado mejor el distinguido talento, con que le habia favorecido Dios, escribiendo obras de piedad, y no frívolos versos, que si bien consiguen

el aplauso de los mundanos, son aborrecidos de los hombres de bien y desagradables al Señor.

En mis obras he evitado siempre el censurar á nadie, hasta á los mismos que me han llenado de injurias; pero no tengo reparo en este corto escrito en reprobar las composiciones profanas de Metastasio: en esto no hago mas que conformarme con él mismo, porque, como ya he citado en otro lugar, aborrece en este momento y reniega de estas mismas obras que tanto aplauden todos. Bien sé que esta censura merecerá la reprobacion de los admiradores de Metastasio, pero entiendan tambien estos preconizadores imprudentes, que aplaudiendo las obras que son dañosas, desagradan á su mismo

autor, que se arrepiente de haberlas escrito, y ofenden á Dios, que quiere que los libros que pueden dañar al alma no sean aplaudidos, sino censurados como merecen, para desengaño de los jóvenes incautos que los leen. Verdad es, que las composiciones de Metastasio son todas modestas y exentas de las liviandades de que están plagadas las impías producciones de Marino y otros semejantes; pero con todo no puede negarse que sus espresiones son demasiado afectuosas y capaces de encender la llama del amor impuro. ¿Quien no repara que tales amoríos no tienden mas que al complemento de acciones infames? Esto mismo es lo que se nota mas desenvueltamente en la pestilente composicion del *Pastor fido*, jus-

tamente condenada por la Iglesia, segun me han asegurado. Y sino lo ha sido, opino que merece serlo mil veces. La llama del amor terreno y carnal es un fuego que tarde ó temprano conduce al fuego del infierno. ¡Harto lo saben por desgracia tantos infortunados, que habiendo descuidado el guardarse de tan impuras llamas han pervertido á la vez su corazon y su pensamiento! Por esta razon da Mattei gracias á Dios por haberle inspirado la composicion de una obra tan docta y útil, como es la traduccion de los salmos en verso, digna de su grande ingenio, y en la cual no se trata mas que de ensalzar al Señor.

§ XVIII.

Nada hay mas necesario que salvarse.

Una sola cosa es necesaria. En este mundo no tenemos necesidad de amontonar riquezas, ni acumular honores, ni de que gozemos de salud, ni de que nos embriaguen los placeres; solo es necesario que nos salvemos; porque no hay medio, sino nos salvamos, seremos condenados. Despues de esta corta vida ó gozaremos eternamente de la bienaventuranza de la gloria, ó para siempre durará nuestra desdicha en los infiernos.

¡O Dios mio! ¿qué será de mí? ¿Me salvaré, ó me condenaré? Una de estas dos cosas me ha de caber

indispensablemente. Yo espero salvarme, ¿pero tengo de ello alguna seguridad? Despues de saber que he merecido el infierno tantas veces, Jesus mio, mi Salvador, en vuestra muerte está cifrada mi esperanza.

¡Cuantos mundanos que se vieron en otro tiempo colmados de riquezas y de honores, elevados á grandes puestos y hasta colocados sobre el trono, se hallan ahora en el infierno, en donde todo su fausto, todas sus grandezas pasadas no les sirven sino para acrecentar sus tormentos y su desesperacion! Ved ahí no obstante lo que les habia dicho el Señor: *No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra.... mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde no los consume*

orin ni patilla. Todos los bienes terrestres los arrebató la muerte, pero los bienes espirituales son tesoros mil veces mas preciosos y son eternos.

Dios nos hace saber que quiere la salvacion de todo el mundo, y á todos nos da los socorros necesarios para que nos salvemos. ¡Desdichados de los que se pierden! Su perdicion nace de ellos mismos: *Tu perdicion, Israel, de ti: solo en mí está tu socorro.* El mas cruel tormento que padecen los condenados es saber que se han perdido por su propia culpa.

El fuego y el gusano roedor, esto es, el remordimiento de la

1. *Math. 6. 19. et 20.*

2. *Vult omnes homines salvos fieri.*

3. *Os. 13. 9.*

conciencia, serán los verdugos de los condenados. Pero el gusano roedor les atormentará sin fin, y mucho mas que el fuego. Cuenta no es nuestra afliccion en la tierra si perdemos algun precioso objeto, un diamante, un reloj, un bolsillo, lleno de oro por nuestro descuido! Este contratiempo nos quita el apetito, y no nos deja conciliar el sueño, continuamente tenemos el pensamiento fijo en aquella pérdida, que tal vez no nos será imposible reparar. Ahora pues, ¿cual será el tormento de un condenado, al considerar, que ha sido por su culpa si ha perdido á Dios y la gloria, sin esperanza de poderlos recobrar?

Erramos, será el grito eterno de

1 Vindicta carnis impii, ignis, et vermis: *Ecol.* 7. 19.

los condenados. Nos hemos engañado, nos hemos perdido sin esperanza de remedio. Mientras estamos en la vida, con el tiempo, con un cambio de conducta, con una entera resignación á la voluntad divina podemos poner remedio á las desgracias que nos acontecen; pero ninguno de estos medios será bastante para aligerar nuestros tormentos si caemos en los abismos del infierno, á donde nos arrastran nuestros pecados.

El apóstol S. Pablo nos exorta á que busquemos nuestra salvación eterna, con un continuo temor de perderla: *Obrad vuestra salud con temor y con temblor.* Este temor nos inspirará la debida circunspección en nuestra conducta:

huiremos las ocasiones que puedan ponernos en peligro de pecar, nos encomendaremos á Dios de continuo, que es como podremos salvarnos. Roguemos, pues, al Señor se digne grabar en nuestros corazones y en nuestra mente, que de nuestro último suspiro depende nuestra felicidad eterna, ó nuestra eterna desdicha.

¡O Dios mio! yo he despreciado á menudo vuestra gracia y no merezco perdon; pero el profeta me asegura que vos sois compasivo con los que os buscan: *Bueno es el Señor para el alma que le busca.*¹ He huido de vos hasta ahora, pero ya ni busco, ni deseo, ni amo ya en el mundo mas que á vos solo. Por piedad no me desecheis: Acor-

¹ *Thren. 3. 25.*

daos de la sangre que por mí deramasteis : y esta sangre y vuestra intercesion, ó María, madre de Dios, son toda mi esperanza.

§ XIX.

Resignacion perfecta á la voluntad de Dios.

Jesucristo hablando de sí mismo dice : *Mi comida es, que haga la voluntad del que me envió.*¹ El alimento en esta vida mortal nos conserva la vida, y por esto dijo Jesus, que hacer la voluntad de su padre era su alimento. Tal debe ser tambien el alimento de nuestra alma. Nuestra vida está en el cumplimiento de la voluntad divina; ²

¹ Jo. 4. 34.—² Et vita in voluntate ejus. Ps. 29.

sino la cumplimos nuestra perdicion es segura.

El sábio ha dicho : *Los fieles en el amor descansarán en él.* Los que son poco fieles en amar á Dios quisieran que Dios *se sometiese á ellos*, se conformase á su capricho, é hiciese todo cuanto les viniese en deseo ; pero los que aman á Dios *se someten á él*, se conforman, se subyugan á todo lo que quiere el Señor, á todo lo que quiere disponer de ellos y de cuanto les pertenece. En todas sus tribulaciones, en sus enfermedades, en sus disgustos, en la pérdida de sus bienes, parientes y amigos, dicen y repiten sin cesar : *Hágase tu voluntad.*

Dios no quiere sino nuestro bien, esto es , nuestra santificacion : *Pues*

1 Sab. 3. 9.

esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación. Procuraremos pues imponer silencio á nuestra voluntad, y estrechémosla en los límites de la del Señor; impongámosle también á nuestro juicio, y persuadámonos que todo lo que ordena el Señor es para mayor provecho nuestro. Los que no obren así no gozarán jamás de paz verdadera. La única perfección que nos sea dado conseguir sobre esta tierra de prueba, y por consiguiente lugar de penas y de afanes, es sufrir con paciencia todo lo que puede contrariar á nuestro amor propio; y para sufrirlo con paciencia, el mejor medio, es querer sufrirlo todo para hacer la voluntad de Dios: *Acomódate pues á él y ten paz.* El que se somete á la divina

1. 1. *Thess* 4, 3.—2. *Job*. 22, 34.

voluntad goza siempre de paz, y nada de cuanto le acontece le aflige.* ¿Porque, pues, el justo no se aflige jamás en sus adversidades? porque sabe que todo cuanto le sucede en este mundo, es por disposicion de Dios.

La resignacion á la voluntad divina embota las penas y dulcifica la hiel de todas las tribulaciones de la vida. Un cántico sagrado, hablando de la divina voluntad, se expresa de este modo:

Tú de cruces haces dichas
 Tú tornas dulce la muerte,
 Quien contigo unirse sabe
 Cruces ni temor no tiene.
 O tú, voluntad divina,
 Cuan digna de mi amor eres!

* Non contristabit justum, quidquid ei acciderit. *Prov.*
 12. 21.

Para encontrar el reposo en medio de las contrariedades de este mundo, ved ahí lo que nos aconseja S. Pedro. Echad sobre él toda vuestra solicitud, porque él tiene cuidado de vosotros. Pero ya que hay un Dios que se encarga del cuidado de nuestra felicidad, ¿porqué nos inquietamos tanto para encontrarla, y no descansamos enteramente en Dios, de quien todo depende? David dice: Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará.* No pensemos mas que en obedecer á todo lo que nos ordena, en todo lo que nos aconseja: dejémosle el cuidado de nuestra salvacion, y nos suministrará por sí mismo los medios necesarios para salvarnos. Los que ponen toda la

1. *Petr.* II 7.—2 *Ps.* 55. 23.

confianza en Dios tienen asegurada la salvacion: *Será tu alma para salud, porque tuviste confianza en mí.*¹

En fin, con tal que uno siga la voluntad de Dios obtendrá de él el paraíso. Despreciándola, caeremos en el infierno. Algunas personas esperan salvarse practicando ciertos ejercicios, ciertas oraciones, y sin embargo se desentienden de hacer la voluntad de Dios. Pero Jesucristo ha dicho: *No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.*²

Así pues, si queremos salvarnos y estrecharnos íntimamente á Dios, dirijámosle á menudo esta oracion de David: *Enséname, Señor, á hacer tu voluntad.*³ Abjure—

¹ Jer. 39. 18.—² Matth. 7. 21.—³ Ps. 142, 9.

mos nuestra propia voluntad y conformémonos sin reserva á la de Dios. Cuando damos á Dios nuestros bienes por medio de la limosna, nuestra comida por medio del ayuno, nuestra sangre por medio de nuestras disciplinas, le damos lo que está en nuestro poder; pero cuando le damos nuestra voluntad, le hacemos entrega de toda nuestra existencia. El que da al Señor toda su voluntad puede decirle : *Señor, despues de haberos entregada mi voluntad, nada me queda que darte.* El sacrificio de nuestra propia voluntad es el mas grato que podemos ofrecer á Dios, y Dios es pródigo en conceder sus gracias á las que le hacen este sacrificio.

Pero para ser perfecto es me-

neceser llenar estas dos condiciones: que el sacrificio sea sin reserva, y que sea constante. Algunos entregan su voluntad al Señor, pero con reserva; semejante don no puede menos de ser poco agradable á Dios. Otros le entregan su voluntad, pero á poco tiempo vuelven á tomarla para gobernarse por ella: estos tales se hallan en peligro de ser abandonados de Dios. Para evitarlo, es necesario que nuestros ofrecimientos, nuestros designios y nuestras oraciones no tengan mas objeto que alcanzar del Señor la gracia de no tener jamás mas voluntad que la suya.

Renovemos al Señor todos los dias la abdicacion completa de nuestra voluntad: guardémonos

de desear ó buscar lo que no pueda estar en la voluntad del Señor. Por este medio ahogaremos nuestros temores, nuestros deseos, nuestras pasiones y todas nuestras inclinaciones viciosas. Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano, religiosa descalza de Santa Clara, cuando quedó ciega, exclamó : *¿Porqué he de desear yo ver , ya que Dios quiere que no vea?*

¡ O Dios de mi alma ! Recibid el sacrificio de mi entera voluntad y de toda mi libertad. Merezco que no me escucheis, y que rehuseis el presente que os hago , ya que os he sido tantas veces infiel ; pero conozco ahora que me ordenais de nuevo que os ame con todo corazon , así que de este modo me cabe la certidumbre de que no reu-

sais mis ofrecimientos. Yo me resigno humildemente á hacer vuestra voluntad : dadme á conocer lo que quereis disponer de mí y yo lo cumpliré todo por agradaros. Haced que yo os ame, y despues disponed á vuestro gusto de cuanto poseo y de mí mismo. Yo me abandono á vos , Señor, disponed lo que juzgareis mas propio para mi salvacion eterna. Declaro que no quiero amar en este mundo mas que á vos solo. Madre de Dios, alcanzadme la santa perseverancia.

**Mi Jesus, amado mio ,
Yo no quiero otro que á tí ;
Todo á tí me doy , Señor ,
Haz lo que quieras de mí.**

§ XX.

Dichosos los que son fieles á Dios en la adversidad.

El que pelea hace pruebas de fidelidad no en el reposo, sino en los combates. La tierra es para nosotros un campo de batalla en donde cada uno está obligado á pelear y á vencer para salvarse. El que no consigue la victoria está perdido para siempre. Job decia : *Todos los dias de mi presente milicia, estoy esperando hasta que llegue mi mudanza.*¹ Job tenia que luchar contra millares de enemigos, pero le consolaba la idea de que saliendo vencedor y resucitando despues

¹ Job. 14. 14.

de la muerte, mudaria de estado. S. Pablo habla tambien de esta mudanza y manifiesta su gozo por ella : *Los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos mudados.* En el cielo cambiamos de condicion. El cielo no es un lugar de trabajo, sino de descanso : no es un recinto de temores, sino de seguridad : no es morada de tristeza y de inquietud, sino de alegría y de gozos eternos. Pueda la esperanza de tales delicias darnos fuerza para pelear hasta la muerte. No nos declaremos jamás vencidos, hasta que venga el término de la batalla, hasta que *llegue nuestra mudanza*, y podamos entrar en la eternidad de la dicha.

Por cierto tiempo sufrirá el que

padece , mas despues volverá la alegría. ¡Feliz aquel que sufre en esta vida por el amor de Dios! Sufre *por algun tiempo* , pero sus gozos serán eternos en la Corte celestial. Allí darán fin las persecuciones, las tentaciones, las enfermedades, las tribulaciones, y todas las miserias de esta vida. Dios nos dará una vida, llena de delicias y que no tendrá fin. Tiempo es ya de podar la viña y de quitar de ~~en~~ medio todos los obstáculos que pudieran entorpecer nuestro camino hácia la tierra prometida del cielo.¹ La operacion de la piedra no se hace sin dolor. Es menester conformarse; *despues se nos dará en placer* lo que habremos sufrido.

¹ *Ecol. 1. 29.*

² *Tempus putationis advenit. Cant. 2, 13.*

en dolor. Dios es fiel á todos los que sufren con paciencia por su amor: les ha prometido que él mismo será su recompensa; ¿y esta recompensa no es superior á todos nuestros padecimientos? ¹

Sin embargo, antes de recibir la corona de la vida eterna, quiere Dios que seamos probados por medio de las tentaciones: *Bienaventurado el varon, que sufre tentacion; porque despues que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman.*² ¡Dichosos los que en la adversidad permanecen fieles á Dios! Creen algunos, que cuando todos sus negocios marchan con feliz éxito, y ningun contratiempo les aflige,

¹ Ego merces tua magna nimis. Gen. 15, 1.

² Jac. 1. 12.

es señal que son amados de Dios, pero se engañan. Dios hace prueba de la paciencia y de la fidelidad de sus siervos, no por medio de la prosperidad, sino de la adversidad, para premiarlos después con aquella corona que no se marchita como las coronas que conceden los mundanos; con aquella corona de gloria y de eternidad de que habla S. Pedro : *Recibíreis corona de gloria que no se puede marchitar.* ' Porque ¿á quien la tiene Dios ofrecida? *A los que le aman* : ¿porque el amor divino nos dará valor para combatir y alcanzar la victoria.

Y no basta amar á Dios, sino que es necesario además ser humilde, porque al modo que el oro y la plata se prueban en el fuego,

así los hombres aceptables á Dios se prueban en la fragua de la humildad.⁴ Las humillaciones pues son las que hacen á los santos, ellas son la piedra de toque en que se ensayan el oro y la plata de nuestras virtudes. Tal sujeto que es tenido por santo se turba, se contrista, se lamenta á la mas leve afrenta recibida : quiere castigar al que se la ha hecho. ¿Qué es este hombre? ¿que señal tiene? Ninguna, porque el Señor ha dicho : *En tu humildad ten paciencia.*⁵ El soberbio mira las humillaciones que recibe como otras tantas injusticias insoportables : el humilde al contrario, juzgándose acreedor al desprecio de todos, lo sufre todo

⁴ Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines Deo receptibiles in camino humiliationis *Ecccl.* 3, 5.
Ecccl. 3, 4.

con paciente resignacion. Los que han cometido pecados mortales echen una ojeada sobre el infierno; y á su aspecto llevarán con paciencia todas las injurias, todos los dolores.

Amemos pues al Señor, seamos humildes en todas nuestras obras; y hagamos éstas, no para cumplir con nuestra voluntad, sino para agradar á Dios. ¡Maldito amor propio, que se mezcla en todo cuanto hacemos en nuestros ejercicios piadosos, en nuestras oraciones, en nuestras penitencias, sacando partido hasta de estas santas obras! Pocas son las almas que no tengan el defecto del amor propio. ¿En donde podrá hallarse una alma de fortaleza bastante, tan despojada de pasiones é intereses que consiga

perseverar amando á Jesucristo , hasta en medio del dolor , del abatimiento , de las penas de espíritu , y de los sinsabores de la vida? Salomon dice , que una alma capaz de tanto , es una preciosidad venida de lejanos confines y muy rara : *Muger fuerte , ¿ quien la hallará? lejos , y de los últimos confines de la tierra su precio.**

¡O Jesus crucificado! yo soy uno de aquellos que hasta en sus oraciones encuentran medio de satisfacer su vanidad y su amor propio , tan poco de acuerdo con vos , que llevasteis una vida llena de dolores , privada de todo consuelo por el amor de los hombres: concededme vuestro auxilio. En adelante no escucharé mas que vues-

* Prov. 31. 10.

tra divina voluntad: quisiera amaros sin interés alguno, pero soy flaco, y preciso será que vos me concedais fuerzas para cumplir con mis promesas. Todo me entrego á vos, disponed de mí á vuestro gusto. Haced que yo os ame: es la única gracia que os pido. ¡O vírgen María! dulce madre! alcanzadme con vuestros ruegos fidelidad y fervor.

§ XXI.

El que ama á Jesucristo debe aborrecer el mundo.

El que ama á Jesucristo con verdadero amor, se considera muy feliz cuando es tratado por los hombres, como lo fué Jesucristo, que fué aborrecido, calumniado,

insultado, perseguido y clavado en una infamante cruz, en donde murió consumido de fatiga y de dolor.

El mundo entero se conjura contra Jesucristo, y aborrece á Jesucristo: Jesucristo, pues, aborrece á los que solo sirven al mundo. El Señor infundia aliento á sus discípulos paraque sufriesen sin quejarse las persecuciones del mundo, diciéndoles que habiendo renunciado al mundo no podian menos de ser aborrecidos del mundo: *Porque no sois del mundo... por eso os aborrece el mundo.**

Pero así como los amantes del Señor son odiados del mundo, así debe el mundo serles odioso. S. Pablo decia: *Nunca Dios permita que yo me glorie sino en la cruz de*

* Jo. 15. 19.

nuestro Señor Jesucristo , por el cual el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo. El Apóstol inspiraba tanto horror al mundo, como puede inspirarle un hombre condenado y ajusticiado, esto es, clavado en una cruz; y en contraposición, el mundo causaba el mismo horror al santo Apóstol : *me es crucificado el mundo á mí.*

Jesucristo quiso morir en la cruz por nosotros pecadores, para librarnos del amor á este mundo perverso.*

Nuestro Salvador, al llamarnos á que le amemos, quiere que despreciemos las promesas del mundo, sin temer tampoco sus amenazas;

* Gal. 6. 13.

† Dedit semetipsum pro peccatis nostris, ut eriperet nos de presenti seculo nequam, Gal. 1. 4.

quiere que pisemos bajo nuestros pies así los elogios como la censura que pueda venirnos de su parte : así, pues, debemos rogar al Señor que nos haga olvidar el mundo enteramente, y que sus mofas é insultos nos causen alegría.

Para ser enteramente de Dios, no basta abandonar el mundo, debemos desear también que el mundo nos abandone y nos olvide á nosotros. Algunos se apartan del mundo, pero buscan todavía sus aplausos, aunque recaigan estos en celebrar la misma resolución de haberlo hecho; y como conservan todavía vivo el deseo de ser considerados por el mundo, la imagen del mundo vive todavía en ellos.

El mundo aborrece á los siervos de Dios, y sus santas máximas, y por consiguiente sus buenos ejemplos; así pues debemos en cambio aborrecer nosotros las máximas y perniciosa conducta del mundo.

*El saber de la carne es enemigo de Dios, puesto que no está sujeto á la ley de Dios, ni tampoco puede.*¹ El Apóstol dice, *ni puede*, porque el mundo no consulta mas que su interés y propio gusto, por donde es imposible establecer armonía entre el mundo y los que solo buscan como agradar á Dios.

Sí, Jesus mio, Jesus crucificado y muerto por mí, quiero agradaros. ¿Que es el mundo? ¿Qué son los honores y las riquezas! Vos sois mi Redentor, vos mi solo tesoro:

¹ Rom. 8. 7.

vuestro amor será mi riqueza. Si es vuestra voluntad que viva pobre, humillado y abatido, consiento en ello: todo lo acepto con reconocimiento como venido de vuestras manos: mi consuelo es cumplir con vuestra voluntad. La sola gracia que os pido es que me concedais el que jamás me aparte del cumplimiento de vuestra santa ley.

§ XXII.

Discursos de un moribundo á su Crucifijo.

Jesus mio, mi Redentor, que vais á ser mi juez dentro de poco, tened misericordia de mí, antes que llegue el terrible momento en que me habeis de juzgar. Con todo, ni la enormidad de mis culpas, ni

la severidad de vuestra sentencia me intimidan ya, viéndoos muerto en esta cruz para salvarme.

Consoladme sin embargo en la agonía en que me encuentro: mis enemigos quieren asustarme, diciéndome que no hay salvación para mí; pero yo no quiero perder un solo instante mi confianza en vuestra infinita bondad, ni cesar de esclamar con el Profeta: *Mas tú, eres mi amparador.*¹ Consoladme, decid á mi alma: *Yo soy tu salud.*²

No se pierdan las ignominias y el dolor que habeis sufrido, ni la preciosa sangre que habeis derramado por mí. Sobre todo yo os ruego, por el dolor que experimenteis cuando vuestra alma se se-

¹ Multi dicunt animæ meæ : Non est salus ipsi in Deo ejus. Ps. 3. 3.—² Ps. 3. 4.—³ Ps. 54. 5.

paró de vuestro cuerpo, tengais piedad de mi alma cuando salga del barro de que se compone el mio.

Verdad es que á menudo os he ofendido con mis pecados, pero en este momento os amo mas que á todas las cosas, mas que á mí mismo: me arrepiento de todo corazon de los disgustos que os he causado con mis pecados, y los detesto y los abomino mas allá de todos los crímenes del mundo. Conozco que he merecido mil veces el infierno por las ofensas que os he hecho, pero la dolorosa muerte que por mí sufristeis, y las gracias sin número que me habeis concedido, me permiten esperar que al entrar en la eternidad, me dareis el beso de paz.

Lleno de confianza en vuestra bondad, ó Dios mio, me entrego á vuestros paternales brazos. Las ofensas que os he hecho me han hecho merecer el infierno, pero yo espero por esa sangre preciosa, que ya me habreis perdonado, y que podré algun dia ir á cantar en el cielo vuestras misericordias: *Misericordias Domini in æternum cantabo.*

Acepto de buena voluntad las penas que me están preparadas en el purgatorio, justo es que el fuego purifique mis pecados. ¡O santa prision! ¿Cuando seré yo tu habitante? yo estaré sufriendo en tu seno, pero con la certidumbre de no haber perdido á mi Dios y Señor. ¡O sagrado fuego del purgatorio! Cuando será que purifiques

mi alma de todas sus manchas y me hagas digno de atravesar el umbral del paraíso !

¡O eterno Padre ! por los merecimientos de la pasión de Jesucristo, hacedme morir en vuestra gracia y en vuestro amor, para que os ame eternamente en el cielo. Os doy gracias por los beneficios que me habeis concedido durante mi vida, y sobre todo por haberme permitido, que en estos días, los últimos de mi vida, haya recibido todos los santos sacramentos.

Ya que disponeis mi muerte, quiero morir por agradaros, que poco es que yo muera por vos, ó Jesus mio, por vos que habeis muerto por mí ! Diré con S. Francisco: *Moriré por tu amor, puesto que tú te dignastes morir por el mio.*

Recibo la muerte con tranquilidad: acepto con gozo todas las penas que tendré que sufrir aun, hasta el momento en que espire. Dadme fuerza para sufrirlas con resignacion y con paciencia jamás desmentidas. Ofrezco estas penas para mayor gloria vuestra, y las uno á las que sufristeis vos en vuestra pasion. Eterno Padre, os consagro el término de mi vida y todo mi sér: os pido que os digneis aceptar este sacrificio, por los méritos de vuestro divino hijo, que se ofreció en espontánea ofrenda para la salvacion del linage humano.

O vírgen María, madre de Dios, que me habeis alcanzado tantas gracias del Señor durante mi vida, os doy gracias de todo corazon: nó,

★

no me abandoneis en mis últimos instantes, en que mas que nunca necesito del apoyo de vuestra intercesion. Rogad á Jesus que me conceda el mas sincero arrepentimiento de mis pecados, y el mas perfecto amor hácia él : mis remordimientos y mi amor son el único medio por el cual me es dado esperar que algun dia conseguiré amarle por una eternidad en el cielo. Virgen María, mi única esperanza, yo confio enteramente en vos.

§ XXIII.

Actos de resignacion en la hora de la muerte.

Un ángel reveló á santa Hiduvina que no conseguiria la corona gloriosa de la bienaventuranza, sino

por los méritos que alcanzaria en los sufrimientos que le estaban reservados para los últimos dias de su existencia. Lo mismo sucede á todas las almas santas que salen de este mundo. Ello es cierto que todos los actos piadosos, y sobre todo los de resignacion á la muerte y á todos sus dolores, son de mucho provecho para los que mueren en gracia de Dios. Vamos, pues, á indicar los que creemos que pueden ser muy agradables á Dios en boca de un moribundo.

Dios mio os ofrezco mi vida : pronto estoy á abandonarla en el instante que dispongais y del modo que haya resuelto vuestra divina voluntad : *Hágase vuestra voluntad.* Dejad que repita sin cesar : *Hágase vuestra voluntad.*

Señor Dios mio, si quereis concederme algun tiempo mas de vida, bendito y alabado seais, pero yo no consiento en vivir sino en cuanto pueda emplear la vida únicamente en amaros y agradaros. Si habeis dispuesto que muera de esta enfermedad, bendito y alabado seais, acepto la muerte y me someto á vuestra divina voluntad. Dejadme repetir: *Hágase vuestra voluntad*. Solo os ruego me seais en ayuda en estos últimos momentos: *‘ Tened piedad de mí, ó Dios, segun vuestra grande misericordia.* Si vos disponeis que salga de este mundo, protesto que quiero morir porque es vuestra voluntad. Quiero morir, Señor, para satisfacer por lo menos un tanto, por

‘ Ps. 103. 1.

medio de mi agonía y dolores de muerte á vuestra divina justicia, á quien he irritado tanto con mis culpas, haciéndome merecedor del infierno.

Quiero morir, para quedar privado para siempre de la posibilidad de ofenderos y desagradaros.

Quiero morir, para probaros mi reconocimiento por todos los beneficios y gracias con que me habeis colmado, aunque tan indigno de alcanzarlas.

Quiero morir, para daros segura prueba de que amo mas hacer vuestra voluntad que conservar la vida.

Quiero morir, si vos no os oponeis á ello, en este momento mismo, en que creo estar en vuestra gracia. De este modo me ase-

guraria la felicidad de amaros y bendeciros por toda una eternidad.

Quiero sobre todo morir, para poder amaros eternamente y con todas mis fuerzas en el cielo, á donde confio llegar por los méritos de vuestra pasion, despues de mi muerte, y gozar de la gloria de veros, y celebrar vuestra misericordia por toda la eternidad.

Jesus mio, vos consentisteis en morir en una cruz por mi amor : yo consiento en la muerte y en todos los sufrimientos que me esperan, por el amor de vos, y entretanto dejad que esclame con san Francisco : *Moriré, Señor, por el amor que me conduce á amaros, á vos que os dignasteis morir por el amor que os incitaba á amarme.*

Os ruego, Salvador mio, amor mio, y mi único bien, me concedais morir en vuestra gracia y en vuestro amor, por vuestras santas llagas y por vuestra dolorosa muerte. Me habeis redimido al precio de vuestra sangre : no permitais que me pierda. *Dulcísimo Jesus, no permitais que sea separado de vos, no lo permitais.*

No me espulseis Señor de vuestra presencia; confieso que mis pecados han merecido el infierno, pero me arrepiento de ellos con amargo pesar, y pronto confío subir á los cielos á celebrar las misericordias infinitas de que habeis usado conmigo : *Las misericordias del Señor cantaré para siempre.*

Yo os adoro, ó Dios mio, que me habeis criado. Creo en vos, ó

eterna verdad; espero en vos, misericordia infinita; os amo, ó bondad suprema, os amo mas que á todas las cosas, os amo mas que á mí mismo, porque sois digno de ser así amado, y porque os amo me arrepiento de todo corazon de haber despreciado vuestra santa gracia. Os prometo sufrir la muerte, y mil muertes mas, antes que volveros á ofender por una sola vez.

O Jesus mio, hijo de Dios, muerto por mí, tened piedad de mi alma : Salvador mio, salvadme, y sea mi salvacion amaros eternamente. Virgen María madre de Dios rogad á Jesus por mí. Este es el momento en que necesito mas de vuestro auxilio : *Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab*

*hoste protege, et mortis hora suscipe.
Sub tuum presidium confugimus,
sancta Dei genitrix. Sancta María,
mater Dei, ora pro nobis peccato-
ribus.*

Señor S. José, padre mio, ayudadme. Glorioso arcángel S. Miguel, libradme del demonio que tiende lazos á mi alma. Santos del paraíso, protectores y abogados míos en el tribunal de Dios, rogad por mí.

Y vos, Jesus mio crucificado, recibid mi alma en vuestros brazos así que yo exhale el postrer aliento: recibidla en vuestros brazos, pues me recomiendo á vos: acordaos que me habeis redimido con vuestra sangre: *Te ergo, quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redimisti.* Jesus mio crucificado, amor mio, y esperanza

mía, viva yo ó muera, protesto que no quiero otra cosa mas que á vos, y nada mas. ¿Y qué pudiera yo desear en lugar de vos? *¿Qué hay en el cielo para mí, ni que puedo yo desear en la tierra, sino á vos, Dios de mi corazon, que sois mi herencia por toda la eternidad?* Vos, amor de mi corazon, vos sois toda mi riqueza.

Recomiendo mi alma á vuestro amor, Señor, que la habeis salvado con vuestra muerte. Confiado en vuestra misericordia, me atrevo á esclamar: *En ti esperé, Señor, no me condenes para siempre.*

O Virgen María, vos sois nuestra esperanza: tambien á vos os dirijo la misma plegaria: *En vos esperé, Señora, no permitais que me condene para siempre.*

§ XXIV.

Morada de la eternidad.

*El hombre irá á la morada de la eternidad.*¹ Es un error llamar nuestra casa al lugar que habitamos: dentro de poco nuestro cuerpo no tendrá mas morada que la tumba en donde permanecerá hasta el dia del juicio. La morada de nuestra alma será el infierno ó el paraíso, segun habrá merecido.

No irán nuestros cadáveres por sí mismos á la tumba, que serán llevados á ella por otros; pero el alma ella misma pasará á la morada que habrá merecido: morada de eterno gozo ó de eterno dolor.

¹ *Eccí. 12, 5.*

Segun el bien ó el mal que hace el hombre, tal será el lugar que se granjeará en la casa del infierno, ó en la casa del paraíso, y no hay que esperar que podamos mudar de casa.

Los que viven en la tierra cambian de habitacion, sea por capricho, sea por necesidad. En la eternidad no hay ocasion para estos cambios. En donde se ha entrado por primera vez, allí se ha de habitar para siempre. El que entre en el cielo será dichoso para siempre, el que entre en el infierno será eternamente desdichado.

El que entre en el cielo estará siempre en compañía de Dios y de los santos, siempre en paz, siempre contento, porque los elegidos están siempre rebosando en un

gozo que no perderán jamás. Si los bienaventurados estuviesen en contingencia de perder el gozo de que están rodeados, dejarían de ser bienaventurados, porque el solo temor de perderlo turbaría la paz de que gozan.

Por otra parte, los que entran en el infierno, estarán eternamente separados de Dios, devorados sin fin por la llama eterna. No penseis que los tormentos del infierno sean semejantes á los que se padecen en este mundo y disminuyen con el hábito su intensidad. Así como las delicias del paraíso no causarán jamás tedio ni disgusto, sino que serán tan nuevas y tan agradables como el primer día, como se deduce del cántico eterno de los bienaventurados:

Y cantaban como un cántico nuevo ; ¹ del mismo modo los tormentos del infierno no perderán jamás su rigor, ni jamás la costumbre disminuirá su dolor: los réprobos se sentirán eternamente devorados por el dolor que les habrá asaltado en el primer instante de su infierno.

S. Angustin dice que los que creen en la eternidad, y no se convierten á Dios, ó han perdido la fé ó el juicio.²

Desdichado del pecador que entra en la eternidad, sin haberla conocido, esclama S. Cesareo, y que ha descuidado de meditar sobre ella.³ Y añade despues : *Dos*

¹ *Apoc. 14. 3.*

² *O æternitas, qui te cogitat, nec pænitet, aut fidem non habet, aut si habet, cor non habet. In soliloq.*

³ *Væ pescatoribus, qui incognitam ingrediuntur æternitatem !*

veces desdichados! en primer lugar porque caen en aquel abismo de fuego, y despues, porque una vez habrán entrado, no volverán á salir de él. Las puertas del infierno se abren para dar entrada á las almas de los condenados, pero no para darles salida.

Nó: los santos no han hecho jamás bastante para su salvacion: sepultándose en los yermos, alimentándose con yerbas del campo, durmiendo sobre duras pidras, nó: no han hecho nada de mas, dice S. Bernardo, porque cuando se trata de la eternidad, jamás se toman bastantes precauciones.¹

Así pues cuando el Señor nos envia alguna cruz con la enfermedad, con la pobreza, ó con otro

¹ Nulla nimia securitas, ubi periclitatur æternitas..

cualquier mal, pensemos en el infierno que tenemos merecido, y todos nuestros sufrimientos nos parecerán suaves y livianos. Digamos entonces con Job : *Pequé y de veras delinquí, y no he sido castigado como merecia.*¹ ¿Como podré yo quejarme cuando me enviéis, Señor, algunas tribulaciones, á mí que he merecido el infierno?

O Jesus mio, no me arrojeis al infierno, porque en el infierno seria arrastrado á no amaros y á aborreceros eternamente.

Privadme Señor de todo, de los bienes, de la salud, de la vida, pero no me priveis de vuestro amor. Disponed que os ame siempre, que prorumpa siempre en

¹ Job, 33, 27.

vuestras alabanzas, y haced de mí lo que cumpla á vuestra voluntad. O vírgen María, madre de Dios, interceded por mí.

§. XXV.

Las almas que mas aman á Dios suspiran por verle en el cielo.

Mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor.¹ Las almas que no aman mas que á Dios sobre la tierra son á manera de esclarecidas doncellas, destinadas por sus eminentes dotes, á ser esposas eternas del rey de los cielos; pero mientras viven lejos del esposo, suspiran por el dia en que les será permitido reunirse á él

¹ 2. Cor. 5, 6.

en la patria feliz que las espera.

Saben que están siempre en presencia de su amado, pero que éste se halla oculto á sus ojos como detras de una cortina. Está como el sol cubierto de nubes, á través de las cuales atraviesan de vez en cuando algunos rayos de su luz. Pero no se manifiesta patente-mente: sus prometidas por otra parte llevan vendados los ojos y no pueden ver el objeto de su amor: con todo, viven felices, porque obedecen gustosas á su Señor, que las mantiene en el destierro. Suspiran de continuo, llevadas del deseo de verle cara á cara, para aumentar todavía el fuego de su amor divino y arder por él con mas vehemencia.

Una por una se quejan dulce—

mente al amado, porque se recata de sus miradas, y una por una le dirigen estas palabras: «Único
 «amor de mi corazón, ya que me
 «amas tanto, ¿porqué evitas así mi
 «presencia? porqué me privas de
 «la gloria de verte? Sé que eres la
 «belleza infinita: yo te amo sobre
 «todo lo criado, y esto que no te
 «he visto aun. Muéstrame tu her-
 «mosa faz: deseo verte sin velo,
 «para no cuidar mas de mí, ni de
 «cuantos seres hay en el universo,
 «para no amar mas que á tí, único
 «bien, por quien late mi pecho.»
 Cuando algun destello de divina
 luz llega á alumbrar á estas fervo-
 rosas almas embriagadas de amor
 por su celestial esposo, quisieran
 derretirse, y deshacerse hasta inun-
 dar aquella luz en copiosos rau-

dales de amor y de gratitud. Su hermoso sol, á pesar de esto, permanece oculto aun por densos celajes, su frente radiante sigue cubierta por la obscuridad del espeso velo, ellas mismas sienten todavía sobre sus ojos el importuno peso de la venda fatal que les impide contemplarle cara á cara. ¡Cual será su alegría cuando se disipen las nubes, cuando caiga el velo, cuando se aparte de sus ojos la venda, cuando la hermosa sien de su esposo se manifieste en todo su esplendor, y puedan contemplar con la celeste luz su belleza, su bondad, su grandeza y su inmenso amor!

¡O muerte, porque te acercas con tanta lentitud! Sino apresuras tu golpe, todavía tendré que

desfallecer por mas tiempo , lejos de la presencia de Dios ! Tú eres la que ha de abrirme la puerta de su alcázar , tú la que debes introducirme hasta los santos tabernáculos de mi patria eterna. O prometido esposo de mi alma , Jesus mio , mi tesoro , mi todo , cuando llegará el feliz momento de abandonar para siempre la tierra y de unirme á vos ! No merezco tanta ventura , pero el amor que por mí habeis tenido y vuestra bondad infinita me hacen confiar en que seré inscrito algun dia bajo las banderas de ese bienaventurado ejército de almas escogidas , que os han sabido amar en la tierra , y que os amarán por una eternidad en el cielo. O Jesus mio , ya veis mi estado : quedar unido á vos para siempre ,

ó ser para siempre separado de vos. Tened piedad de mí, vuestra preciosa sangre es toda mi esperanza. O madre mia, divina vírgen María, mi apoyo consiste en vuestra intercesion.

§ XXVI.

Jesus es el buen Pastor.

El mismo Jesus ha dicho : *Yo soy el buen pastor.*¹ El deber de un buen pastor es conducir sus rebaños á los mejores pastos y guardarlos del lobo. Pero, que pastor, ¡ó dulce Redentor mio! ha pensado en derramar su sangre y en hacer sacrificio de su vida para salvar á sus ovejas! Vos lo habeis hecho,

¹ Jo. 10, 11.

Señor, para librarnos de los castigos que habíamos merecido.

Para curarnos de nuestros males, cargó este buen pastor con todas nuestras deudas, y las satisfizo con su cuerpo, muriendo de dolor en una cruz.¹

Este exceso de amor por nosotros que somos sus ovejas, hacia arder al mártir S. Ignacio en el deseo de dar su vida por Jesucristo. *Mi amor ha sido crucificado*, dice en su carta. *Y qué!* se esclama el santo, *mi Dios ha querido morir en una cruz por mi amor ¿y no desearé yo morir por él?* Realmente, ¿qué han hecho los mártires, prodigando su vida por Jesucristo, si Jesucristo ha muerto por

¹ Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum, ut peccatis mortui, justitiæ vivamus; cujus livore sanati estis. 1. Petr. 2, 24.

su amor? La sola idea de la muerte de Jesucristo dulcificaría sus sufrimientos, embotaría los hierros penetrantes, disminuiría el horror de los ecúleos, apagaría las tenazas candentes, volvería en soportable ilusión los mas agudos martirios.

Pero este buen pastor no se contentó con entregar su vida por sus ovejas : despues de su muerte quiso dejarles su cuerpo , ya inmolado en la cruz, para que les sirviese de alimento, y fuese el manná de sus almas. El ardiente amor que nos profesaba , dice S. Juan Crisóstomo, le condujo á confundirse con nosotros : *se mezcló á sí mismo con nosotros para que seamos uno.... pues esto es propio de los que aman con ardor!*

Cuando este buen pastor ve que se le ha extraviado alguna oveja, ¿qué no hace? Que medios no emplea para encontrarla! no se cansa de buscarla hasta que la encuentra.¹ Si lo consigue al fin, la carga gozoso sobre sus espaldas.² Y llamando á sus amigos y vecinos, es decir, á los ángeles y á los santos, les invita á que le feliciten por el hallazgo de su oveja extraviada.³

¿Quien negara su amor el mas intenso á este buen pastor, que tan indulgente se muestra para con los pecadores que le han vuelto la es-

¹ Et si perdiderit unam ex illis.... vadit ad illam quæ perierat, donec inveniat eam. *Luo.* 15, 4.

² Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens. *Ib.* v. 5.

³ Et veniens domum convocat amicos, et vicinos dicens illis: congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat. *ver.* 6.

palda, y que se han estraviado y perdido voluntariamente? O mi amado Salvador! ved ahí á vuestros pies una de estas ovejas perdidas. Me he apartado de vos, siendo así que vos no me habeis abandonado. Ningun medio habeis omitido, para llamarme á vos. ¿Qué habria sido de mí, Señor, si vos mismo no me hubieseis buscado? ¡Infeliz de mí! ¿Cuanto tiempo he permanecido lejos de vos! Confío por vuestra misericordia que viviré en gracia vuestra; y así como hasta ahora no pensaba mas que en huir de vos, ya no deseo mas que amaros, y vivir y morir á vuestros pies. Mientras permaneceré sobre la tierra, siempre estaré en peligro de perderos. Enlazadme á vos con los lazos de vuestro amor, y has-

ta el día de mi muerte no ceseis de buscarme : ' *Anduve errante como oveja descarriada : busca á tu siervo.* Virgen María, protectora de los pecadores, alcanzadme una santa perseverancia.

§ XXVII.

Sobre la salvacion eterna.

El asunto de nuestra eterna salvacion, no solo es el mas importante, sino el único que debe ocuparnos, porque si lo descuidamos, lo perdemos todo. Un pensamiento sobre la eternidad bien meditado puede bastar para hacer á uno santo. El P. Vicente Caraffa, gran siervo de Dios, decia,

1 Ps. 118, 176.

que si todos los hombres pensasen seriamente en la eternidad de la vida futura, la tierra quedaria hecha un desierto, porque nadie se ocuparia de los negocios de la vida presente.

¡Oh! Si tuviésemos constantemente en la idea la grande máxima de Jesucristo, concebida en estas palabras : *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?* ¡A cuantos hombres no ha llevado esta máxima á renunciar al mundo, á cuantas ilustres vírgenes, muchas de ellas de regia estirpe, no ha encerrado en los claustros! á cuantos anacoretas á vivir en los yermos! y á cuantos mártires á sacrificar sus vidas por la fé! Todos pensarón

1 Matth. 16, 26.

que si perdian sus almas, las cosas del mundo no les servirian de la menor ayuda en la eternidad.

El Apóstol escribia á sus discípulos diciéndoles : *Mas os rogamus, hermanos... que atendais á vuestra hacienda.*¹ ¿Pero de que negocio hablaba S. Pablo? Hablaba de aquel que es de tanta importancia, que si no lo acertamos, perdemos las delicias sin fin del paraíso, y caemos para siempre en un abismo de eternos sufrimientos. *Se trata de la pérdida del reino celestial, y de los suplicios que han de durar tanto como nosotros*, dice S. Juan Crisóstomo.

S. Felipe Neri tenia razon de llamar insensatos á los que no pensaban en esta vida mas que en ate-

¹ *Thess. 4, 10. et. 11.*

sorar riquezas y amontonar honores, sin dedicarse á la salvacion de sus almas. El venerable Juan de Avila decia, que tales hombres merecerian vivir encerrados en una jaula de locos. Pues como? ¿Creeis que hay una eternidad de gozos para el que ama á Dios, y una eternidad de penas para los que le ofenden; y le ofendeis?

La pérdida de los efectos, de la salud, de los parientes y hasta de la vida, puede repararse en este mundo con una buena muerte y con la adquisicion de la vida eterna, como han hecho los mártires; ¿pero con que bienes, con que tesoros, por inmensos que sean, se puede redimir el alma? ¹

¹ Quam dabit homo commutationem pro anima sua?
Math. 16, 26.

El que muere sin gracia de Dios y pierde su alma, pierde con ella toda esperanza de poner remedio á su daño. ¡Oh Jesus mio! Aun cuando el dogma de la vida eterna no fuese mas que una hipótesis de los teólogos, deberíamos con todo poner todo nuestro afan en conseguir la eterna felicidad, y en evitar la eterna desdicha: pero nó, no es una hipótesis, es una verdad positiva, incontestable, una verdad de fé, y una ú otra de las dos eternidades nos ha de caber.

Pero, ó increíble fenómeno, la mayor parte de los que viven en la fé y meditan esta grande verdad dicen: *Es cierto: debemos pensar en*

4 Mortuo homine impio, nulla erit ultra spes. Prov. 11. 7.

salvarnos; pero apenas hay uno que se ocupe seriamente de este negocio. Para ganar un litigio, para obtener un destino, se emplean mil medios, y no se perdonan penas ni dispendios: y no se hace el menor caso para adelantar el negocio de la salvacion eterna. *El mayor de los errores*, dice S. Euquerio, *es descuidar el negocio de la eterna salud*. En efecto, error mas grande que ningun otro error, porque si perdemos el alma, cometemos un error que no tiene reparacion.

¡O si tuvieran sabiduría é inteligencia y previesen las postrimerias!
Infelices de aquellos sabios versados en todas las ciencias, pero que no saben facilitar á su alma los medios de obtener una sentencia favo-

¹ Deut. 32, 29.

nable en el momento del juicio!

¡O Redentor mio, vos habeis deramado vuestra sangre para redimir mi alma, y yo la he perdido tantas veces por mis pecados! Os doy gracias por haberme concedido tiempo para recobrarla, recobrando al propio tiempo vuestra gracia. O Dios mio, ¡porque no he muerto antes de llegar á ofenderos! Me consuela la idea de que vos no rechazareis los corazones que se humillan y se arrepienten de sus pecados. O Virgen María, refugio de pecadores, salvad á un pecador que se recomienda á vos y en vos confía.

★

§ XXVIII.

Qual será el gozo de los elegidos.

Entra en el gozo de tu Señor. ¹

Cuando el alma entrará en su patria celeste, verá al descubierto y sin velo, la belleza infinita de su Dios, y ésta será la felicidad del alma bienaventurada.

Todo cuanto verá en Dios la colmará de gozo : tal será la justicia de sus juicios, la armonía de sus disposiciones para con cada uno de los bienaventurados, y el todo ordenado para mayor gloria del Señor y bien de la criatura.

Entonces comprenderá íntimamente el inmenso amor que Dios

¹ *Matth. 22, 22.*

le ha profesado, haciéndose hombre y sacrificando su vida por su amor; sentirá cual fué el esceso de amor que levantó en el Calvario el madero de la cruz, sobre el cual todo un Dios, hecho siervo, subió á morir, saciado de insultos y de hiel; comprenderá el gran misterio de la Eucaristía, por el cual, todo un Dios se entrega en alimento espiritual de sus criaturas, bajo la especie del pan ázimo.

Contemplará de una en una todas las gracias y beneficios que el Señor ha derramado sobre ella, y de los cuales no había tenido el menor conocimiento hasta entonces; verá cuan misericordioso ha sido Dios esperando su arrepentimiento y perdonando sus culpas; penetrará las frecuentes invitacio-

nes que el Señor le ha hecho, las luces y los socorros que le ha prodigado; hallará que sus tribulaciones, enfermedades, y pérdida de bienes y parientes, que miraba como castigos, no eran mas que pruebas, por las cuales queria Dios que pasase, para hacerla digna de los gozos del paraíso.

Todos estos objetos le harán conocer la bondad infinita de Dios, y el amor infinito con que por consiguiente merece ser amado: de modo, que apenas habrá entrado en el cielo, cuando no tendrá otro deseo que contemplar al Señor feliz y satisfecho; y comprendiendo entonces que la felicidad de Dios es infinita y eterna, experimentará un gozo infinito, tan lleno y perfecto como lo experimentarán los

demás bienaventurados. De este modo es como se cumplirá el sentido de aquellas palabras: *Entra en el gozo de tu Señor*. Los elegidos no son tan felices por la bienaventuranza que les cabe, cuanto por la que goza el Señor, porque aman á Dios mil veces más que á sí mismos, y el gozo de Dios les es más sensible que el suyo propio. El amor que le profesan les hará olvidarse de sí mismos, y su único deseo será agradar á su amado.

Aquellos éxtasis, aquellos eternos y celestiales transportes son á manera de una santa embriaguez que borra de la memoria de los elegidos la idea de su propia existencia, para no pensar más que en alabar y amar al único objeto de su amor, esto es: á su Dios y Señor.

Dichosos desde el primer instante en que entran en el cielo, se encuentran desde entonces como sofocados de amor en el océano inmenso de la bondad divina. Los elegidos perderán la sensación de todo deseo, excepto la de ser amados de Dios sin fin, y la de amarle para siempre. La certeza de amarle siempre y de ser amados siempre de Dios hará su verdadera beatitud, la cual será tan pura é inmensa, que jamás se sentirán escitados por el aguijón del deseo: gozar de la alegría de Dios, ésta será la bienaventuranza de los elegidos: por esto aquel que en esta vida, sabe complacerse en la eterna beatitud de Dios, éste, se puede decir, que participando ya de la felicidad de Dios, empieza á gozar del paraíso.

¡O mi dulce Salvador, amor de mi alma! Mi existencia se arrastra todavía penosamente en este valle de miserias, rodeado de enemigos, que intentan separarme de vos. ¡Amado dueño mio! haced que no llegue á perderos, que los ame siempre así en esta como en la otra vida, y concedido esto, disponed de mí á vuestro grado. ¡O Reina del paraíso! vírgen María! si intercedeis por mí, estoy cierto de ir algun día á acompañaros y alabaros en el cielo.

§ XXIX.

El sentimiento de haber perdido á Dios constituye el infierno.

El rigor de la sentencia debe ser proporcionado á la enormidad

del crimen. Los teólogos definen el pecado por estas dos palabras : *Aversio á Deo : aversion, apartamiento de Dios.* Una traicion hecha á Dios es un pecado mortal. Consiste este en despreciar la divina gracia, y perder á Dios, que es el supremo bien, por culpa propia. Esta, pues, es la pena mas cruel y justa que sufren los condenados.

Las demas penas del infierno no son por esto menos terribles; el fuego devorador, las lúgubres tinieblas, los alaridos penetrantes, el hedor insoportable y capaz de ocasionar la muerte, si pudiese morir en el infierno, la compresion en que se hallarán los condenados en sus horribles encierros, hasta el punto de perder en ellos la respiracion, serán de un pade-

cimiento incomprensible; con todo, nada serán con respecto á la pérdida de Dios.

Los lamentos de los condenados son eternos, y el objeto mas amargo de su llanto es la idea desoladora de haber perdido al Señor. ¡Ah! en esta vida, las pasiones, los negocios temporales, el placer de los sentidos, los reveses, las vicisitudes de la fortuna nos impiden considerar la bondad infinita de Dios, la suprema belleza del Señor. Así que el alma sale de su prision corporal, no ve desde luego á Dios, tal cual es, porque si lo viese, seria por lo mismo de repente bienaventurada. Sabe solamente que Dios es un bien infinito, que es infinitamente bello, y que es digno de un amor infinito. El alma

que no ha sido creada sino para verle y amarle, quisiera volar sin retardo á unirse á su esposo, pero si está en estado de pecado mortal, encuentra una naturaleza impene-
trable, levantada entre Dios y ella, la cual destruye para siempre toda posibilidad de llegar hasta Dios. Señor, yo os doy gracias de que el camino que conduce á vuestro descanso no me ha sido todavía cerrado; todavía puedo confiar en que me será concedido unirme á vos para siempre. No me arrojéis de vuestra presencia.

El alma que ha sido creada para amar á su Criador se siente invenciblemente impulsada, por su propia naturaleza, á amar su último fin que es Dios; en esta vida las

No projiéis me á facie sua.

tinieblas del pecado y las pasiones sensuales suspenden esta fuerza desconocida de atracción hacia Dios: esto hace que el alma se sienta poco afligida por hallarse apartada de Dios; pero cuando ha salido de este mundo y se mira libre de las ataduras que la tenían aprisionada en el cuerpo, entonces es cuando conoce que Dios solamente puede hacerla feliz. De modo que así que se ve libre de su carrera mortal, se lanza rápida hacia los cielos á abrazar á su Señor: entonces empero también, si va manchada por el pecado, es apartada de Dios como enemiga. Pero repulsada como será, no por esto cesará de sentirse arrastrada hacia Dios, y su infierno será sostener por una eternidad una lucha vio-

lenta de ser siempre atraída hácia Dios, y de ser rechazada de su presencia. Por lo menos, si esta alma desdichada, que ha perdido á Dios y no puede ya gozar de su presencia, pudiese consolarse amándole! pero nó: porque abandonada de la gracia, y hecha esclava del pecado, ha pervertido su voluntad, de modo, que por un lado se verá inclinada á amar á Dios, y por otro á aborrecerle, y en el mismo instante en que conoce que Dios es digno de un amor infinito, le aborrece y le maldice

Si por lo menos pudiese en aquel lugar de tormento resignarse á la divina voluntad, como hacen las almas del purgatorio, y bendecir la mano del Dios que la castiga justamente! Pero nó: no

puede resignarse, porque falta de gracia, no puede unir su voluntad maldita á la santa voluntad de Dios.

Esto hace que vuelva toda su rabia contra ella misma, y despedazada sin cesar por opuestos sentimientos, quisiera vivir, y quisiera morir: quisiera vivir para detestar á Dios para siempre, porque Dios es el objeto de su ódio; y quisiera morir para poner fin al hondo pesar que experimenta, mal de su grado, por haberle perdido; pero ella se ve obligada á vivir! ha de vivir para siempre en una continua agonia y en continua tortura. Roguemos al Señor, por los méritos de Jesucristo, nos preserve del infierno: roguémosle sobre todo, si sentimos nuestra conciencia agra-

vada con el peso de algun pecado mortal.

Digámosle: salvadme, Señor, atadme cada vez mas estrechamente con los vínculos de vuestro santo amor: redoblad al rededor de mi alma estas santas y dulces cadenas de salud, paraque no vuelva á separarme de vos. ¡Desdichado de mí! he despreciado vuestra gracia, he merecido ser apartado de vos, ó supremo bien mio, para siempre, á peligro de aborreceros sin fin! Os doy gracias por haberme sufrido mientras he vivido en desgracia vuestra. ¿Qué habria sido de mí, si hubiese muerto entonces? Pero ya que habeis prolongado mis dias, disponed que no abuse de ellos para desagradaros, y que yo no emplee mi vida toda

entera en otra cosa sino en amaros y llorar los pesares que os he causado. ¡Jesus mio! en adelante vos solo sereis el único objeto de mi amor, y no tendré otro temor que el de ofenderos y el de separarme de vos. Pero nada puedo yo sin vuestro auxilio: confío, por vuestra sangre, en que me concedereis fuerza para unirme eternamente á vos, ó Redentor mio, mi todo, *Deus meus, et omnia*. Virgen María, refugio de pecadoras, socorred á un desgraciado que se recomienda á vos y confía en vos.

Entreguémonos enteramente á Dios, para asegurarnos de que jamás lo perderemos. Los que no se entregan enteramente á Dios, están siempre en peligro de alejarse de él y de perderle, pero una alma que

renuncia definitivamente al mundo,
y se entrega toda á Dios, no le
vuelve á perder, porque el mismo
Dios no permitirá que el alma que
se le ha entregado toda entera le
pierda ni se separe de él. Un gran
siervo de Dios decia tambien, que
cuando llega á nuestra noticia la
caida de alguno de aquellos de
quienes teníamos conocimiento de
que se habian resuelto á hacer una
vida ejemplar, debemos deducir
que los tales no supieron resol-
verse desde un principio á entre-
garse enteramente á Dios.

§ XXX.

Desprecio de las cosas del mundo.

El desprecio de los bienes pa-
sageros y de los vanos placeres del

mundo ha conducido á muchas almas á consagrarse enteramente al servicio de Dios. Porque ¿de qué nos servirá haber ganado el mundo entero, si perdemos despues el alma? Esta grande sentencia del Evangelio ha obligado á muchos jóvenes á abandonar á su patria, á sus padres, á sus riquezas, á sus destinos y hasta las diademas para correr á encerrarse en la obscuridad de un claustro, ó en el yermo de un desierto, para no pensar mas que en Dios. El dia de la muerte es llamado dia de perdicion. * Es un dia de perdicion porque abandonamos todos los bienes que habíamos adquirido sobre la tierra cuando salimos de este mundo.

11 Quid enim prodest homini mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat? *Mat. 16, 26.*

2 Juxta est dies perditionis. *Deut. 32, 35.*

S. Ambrosio dice con razón, que no podemos titular *propiedad* á todos estos bienes, porque no podemos llevárnoslos al otro mundo, que es en donde deberemos habitar eternamente. No es nuestro, escribe el Santo, lo que no podemos llevar con nosotros; la sola virtud es la que nos acompaña. Esto será lo único que nos consolará en la eternidad.

Las fortunas de este mundo, las dignidades, los tesoros, las alajas, los títulos, los honores vistos desde el lecho de la muerte, pierden todo su oropel: la hedionda sombra de la muerte obscurece hasta los mismos cetros y coronas, y nos pone de manifiesto, que todo lo que tenemos en grande estima en este mundo, no es mas que barro,

vanidad, humo, y miseria. ¿De qué le sirven á un moribundo todas las dignidades de que se ha visto revestido, los tesoros que ha amontonado, si despues del último suspiro, no ha de tener por habitacion mas que una estrecha caja de madera, en donde se convertirá en podredumbre! De qué le servirá la belleza de su rostro y la gallardía de su cuerpo, si dentro de poco no quedará de él más que un puñado de polvo y cuatro huesos descarnados?

¿Qué es la vida del hombre sobre la tierra? Escuchemos la definicion que de ella hace Santiago: *Es un vapor, aparece por un poco, y luego desaparecerá.* Este personaje que es hoy poderoso, respetado,

1 Jac. 4, 5.

temido, y lisonjeado, es mañana mismo despreciado, calumniado, maldecido. Buscadlo en su deliciosa quinta, en su mármóreo palacio; ya no está. *Ví al impio sumamente, ensalzado... pasó y he aquí que no existía.* ¿Donde está pues? Donde? en el fondo de un sepulcro convertido en polvo.

El Espíritu santo nos amonesta que no nos dejemos engañar por el mundo, porque el mundo pesa los bienes con una falsa balanza.¹ Pero nó: nosotros debemos pesar las cosas con la balanza infalible de la fé, que nos da á conocer los verdaderos bienes, porque los que tienen fin no son verdaderos bienes. Santa Teresa decía: *No debe-*

¹ Ps. 20, 22 et 29.

² *Statera dolosa in manu ejus. Os. 12, 7.*

mos poner nuestra atencion en las cosas que acaban con nuestra vida. O Dios! ¿donde están tantos ministros de estado, tantos generales de ejército, tantos príncipes, tantos emperadores romanos, ahora que la escena se ha concluido para ellos, y que ya han pasado á la eternidad? Pereció su memoria á manera de un sonido. Han hecho un importante papel en la escena del mundo, sus nombres han resonado por todo el universo, pero despues de muertos, su importancia se ha desvanecido, su nombre se hundió en el olvido. Hemos tenido ocasion de leer la siguiente inscripcion grabada sobre la puerta de un cementerio, en donde descansaban los restos de varios caballeros y damas de distincion :

Ved aquí donde acaba toda pompa,
Toda beldad de tierra y señorío ;
Gusanos, luto, fango, podredumbre
Cierran del hombre el rápido camino.

Pasa la figura de este mundo.
Nuestra vida, en fin, no es mas
que una escena que pronto acaba.
Así termina para los ricos como
para los pobres, así para los
reyes como para los vasallos. Dichoso
aquel que ha representado bien su papel.
Felipe III, rey de España, murió jóven á la edad
de 42 años, y antes de espirar, dijo á los que le rodeaban. « Cuando
habré muerto, contad el espectáculo que teneis ante vuestros
ojos : decid que haber reinado durante la vida, no sirve en la hora
de la muerte, sino para aumentar

1. 1. Cor. 7, 31.

los remordimientos de haber reinado.» Y añadió con un suspiro: *¡Oh! porque no he pasado mis días en un desierto para santificarme! ¡Con cuanta mayor confianza no me presentaría hoy delante del tribunal de Jesucristo!*

Todo el mundo sabe que san Francisco de Borja renunció al mundo, por haber visto el cadáver de la emperatriz Isabel, que había sido muy hermosa, y que muerta causaba horror. El santo exclamó entonces: *Así acaban los bienes de este mundo!* y se consagró al servicio de Dios. *¡Oh! ¡porque no le imitamos todos antes de morir! Apresurémonos, porque la muerte corre á rienda suelta y no sabemos el día que nos alcanzará. No obremos de modo que de la luz que el*

Señor nos concede ahora, no nos queden mas que los remordimientos, y la cuenta que habremos de dar al Señor, cuando tengamos en la mano la vela de los moribundos. Decidámonos á hacer desde este momento, lo que deseáramos haber hecho, cuando llegará la muerte, lo cual no tendremos entonces lugar de hacer.

Me habeis sufrido hasta ahora, Señor, no quiero ya haceros esperar mas para darme á vos. Me habeis llamado varias veces á que renunciase al mundo y me consagrarse enteramente á vos: me llamais de nuevo, aquí me teneis, Señor, recibidme en vuestros brazos, pues me abandono á vuestra misericordia. Oordero sin mancha, sacrificado por mí en el Calvario,

lavad mis pecados con vuestra sangre: perdonad las injurias que os he hecho, abrasad mi pecho de vuestro santo amor: os amo mas que á todas las cosas. Os amo de todo corazon, ¡y que otro objeto del mundo podria hallar mas digno que Vos de mi amor! Virgen María, madre de Dios, rogadle por mí y obtenedme la gracia de poder mudar de conducta: he puesto toda mi confianza en vos.

§ XXXI.

Amor á la soledad.

Dios no se deja encontrar en el tumulto del mundo: así es que los santos se refugiaban en los desiertos mas horrorosos, en las

grutas mas sombrías para huir de los hombres y poder conversar á solas con Dios. S. Hilario anduvo errante por mucho tiempo de desierto en desierto, hasta que encontró uno en donde no habia penetrado jamás humano pié, muriendo al fin en la isla de Chipre, en donde habia vivido los últimos cinco años de su vida, sepultado en una soledad espantosa. Cuando S. Bruno fué invitado por el Señor á retirarse del mundo, fué con sus compañeros á encontrar á S. Hugo, obispo de Grenoble, para que le señalase algun desierto de su diócesis. El santo obispo le indicó la Cartuja, lugar silvestre, mas propio para servir de asilo á las fieras que de habitacion á los hombres. S. Bruno y sus compañeros, visita-

ron el lugar, y se establecieron en pequeñas cabañas, levantadas á cierta distancia unas de otras.

El Señor le dijo un día á santa Teresa : *Yo hablaria de muy buen grado á muchas almas; pero de tal modo el ruido del mundo les llama la atencion, que no oirian mi voz.*

Dios no nos habla en medio de los ruidos y negocios del mundo, porque teme que no le hemos de oir. Las palabras de Dios, son: las inspiraciones santas, las luces, las invitaciones, por las cuales ilumina á los santos, abrasándolos de divino amor; pero los que no aman la soledad se verán privados de las palabras de Dios para siempre.

Él se expresa así: *La llevaré al desierto, y la hablaré al corazon.*

1. Os. 2, 14.

Quando Dios quiere elevar una alma á un alto grado de perfeccion, le inspira el deseo de retirarse á un lugar solitario, lejos del comercio de los hombres: allí es donde le habla, no á los oídos corporales, sino á los del alma. Así es como la ilumina y la inflama en su divino amor.

S. Bernardo decia, que habria aprendido á amar á Dios mejor en los bosques, á la sombra de las encinas y de las hayas, que en los libros y en las escuelas. S. Gerónimo dejó las delicias de Roma para encerrarse en la gruta de Belen. Allí exclamaba: *Soledad, en donde habla Dios familiarmente con los suyos!* En la soledad habla el Señor con franqueza con las almas á quienes ama. Les deja oir sus palabras

que hacen derritir sus corazones de amor, como dice la santa Esposa: *Mi alma se dermitió luego que habló.*¹

Sabemos por experiencia que frecuentar el mundo, y ocuparse en adquirir bienes temporales es lo que nos hace olvidar á Dios; pero en el instante de la muerte, de todas las penas y de todo el tiempo que nos habrán costado los bienes de la tierra no nos quedará otra cosa mas que remordimientos y pesares. No nos quedará entonces de provechoso mas que lo que habremos hecho y sufrido por el Señor. ¿Porqué, pues, no nos desprendemos del mundo, antes que venga á desprendernos de él la muerte?

¹ Cant 5, v. 6,

Se sentará solitario y callará,
dice el Profeta, *porque lo llevó so-*
bre sí. El solitario no se siente ya
agitado por los cuidados de la vi-
da: se sienta en reposo, y guarda
el silencio; no pide placeres sen-
suales, porque elevado sobre sí
mismo y sobre todas las cosas
creadas, encontrará en el Señor
todo su gozo y todo su contento.
¿Quién me dará alas, como de
paloma, volaré y descansaré? Da-
vid deseaba tener las alas de la
paloma para abandonar la tierra,
para ni siquiera tocarla con los
pies, y dar así descanso á su alma.
Pero mientras estamos en esta vi-
da, no nos es permitido abando-
nar la tierra. Procuraremos pues

1 Jer. Thr. 3, 18.

2 Ps. 54, 7.

amar el retiro, y vamos alla á conversar con Dios, á fin de alcanzar las fuerzas necesarias para desechár todos nuestros defectos. Así lo hacia David en medio de los cuidados de su reinado: *He aquí que me alejé huyendo, é hice mansion en la soledad.*¹

Porque no he pensado siempre en vos, ó Dios de mi alma! porque no he despreciado todos los bienes terrenos! Yo maldigo el dia en que, solícito por las satisfacciones mundanas, he ofendido á vuestra divina bondad. ¡Porque no os he amado siempre! ¡oh! ¡porque no he muerto, antes que haberos ofendido! ¡Desdichado! la hora de mi muerte no está lejos y pronto tendré que desprenderme del mun-

1 Ps. 138, 8.

de ! Propongo pues no amar mas que á vos, y entregarme enteramente á vos. Vos sois todopoderoso, prestadme fuerzas para seros fiel. Madre de Dios, rogad por mí.

§ XXXII.

Soledad de corazon.

S. Gregorio dice : *Que aprovecha la soledad del cuerpo , si falta la soledad del corazon?* En el párrafo anterior hemos visto cuanto ayuda la soledad al recogimiento del alma; pero S. Gregorio dice, que de nada sirve que el cuerpo esté en la soledad, si el corazon queda lleno de pensamientos y deseos mundanos. Para que una alma sea enteramente de Dios son neces-

rios dos cosas: una perfecta indiferencia por las cosas creadas, y un amor exclusivamente dedicado á Dios. Esta es la verdadera soledad del corazon.

Es necesario pues ante todo, desprender nuestro corazon de todos los objetos terrenos. S. Francisco de Sales decia : *Si supiera que habia en mi corazon una sola fibra que no fuese de Dios , quisiera arrancármela al momento.* Si el corazon no se depura de todo recuerdo mundano , el amor divino no puede entrar en él y poseerle enteramente. Dios quiere reinar en nuestros corazones, por su amor, y quiere reinar solo : no consiente competidor que le usurpe la mas ligera porcion de aquel amor que ha comprado á tan caro precio.

★

Algunos se quejan de que en sus ejercicios espirituales, en sus oraciones, en sus comuniones, en sus lecturas piadosas, en sus visitas al Sacramento, no encuentran á Dios, y no saben como hacer para hallarlo; pero Santa Teresa les indica el medio mas eficaz: *Apartad, les dice la Santa, vuestros corazones de todas las cosas criadas, buscad despues á Dios, y le encontrareis.*

Otros para separarse de los hombres y ponerse en comunicacion con Dios, no pueden ir á vivir en los desiertos como quisieran, pero estos dehen saber, que para gozar de la soledad del corazon, no son necesarios desiertos ni grutas: los que por su estado se ven precisados á vivir en relacion con los hombres,

con tal que tengan libre el corazón, pueden conservar la soledad del alma y su unión con Dios, hasta en medio del tumulto de las populosas ciudades. Cualesquiera que sean las atenciones que exija la posición en que Dios nos ha colocado, estas no interrumpirán la soledad del corazón. Santa Catalina de Sena encontraba á Dios hasta en los cuidados de sus quehaceres domésticos, de que la habían encargado sus padres, para desviarla de sus ejercicios de piedad; porque en todos aquellos trabajos se retiraba en su corazón, al cual llamaba su celda, y no cesaba de conversar en él á solas con el Señor.

Dejadlo todo, y ved que yo soy el Dios. Para conseguir la celestia

1.º *Pr. 18, 11.* *Dejadlo todo, y ved que yo soy el Dios.*

luz que necesitamos para comprender cuanta sea la bondad de Dios, que no podemos comprender sin amarle, preciso es dejarlo todo, esto es: desprenderse de los lazos del amor terreno que no nos permite elevarnos hasta Dios. A la manera que un vaso de cristal, lleno de arena, no puede recibir la claridad del sol, del mismo modo un corazón henchido de amor á las riquezas, á los honores y á los placeres de los sentidos, no puede recibir la luz del cielo; y como no conoce á Dios, por esto no le ama. En cualquier clase en que Dios nos haya colocado, para que las criaturas no nos distraigan de amarle, es menester, que mientras llenamos los deberes que nos impone nuestro estado, vivamos

como sino hubiese en el mundo mas que Dios y nosotros.

Debemos, pues, desprendernos de todo y principalmente de nosotros mismos, reprimiendo sin cesar los movimientos de nuestro amor propio. Nos agrada por ejemplo un objeto cualquiera; pues debemos despreciarle por esto mismo que nos agrada. ¿Alguno nos ha ofendido? pues debemos servirle y agradecerle, por lo mismo que nos ha hecho un daño. En fin, en nuestros deseos debemos arreglarnos á lo que puede Dios desear de nosotros, y no tener preferencia, sino por las cosas que conocemos que Dios ha de preferir.

Dios sale al encuentro de aquellos que se desprenden de todas las criaturas por buscarlo : *Bueno es el*

Señor para los que esperan en él. ¹
 S. Francisco de Sales decía: *El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios, para convertirlo todo en sí mismo.* Nuestra alma pues debe ser un jardín cercado, siguiendo la espresion de la divina Esposa: *Huerto cerrado eres, hermana mia.*² Le llama huerto cerrado á toda alma que cierra la entrada á todas las afecciones mundanas. Dios, que nos ha dado todo lo que poseemos, tiene razon de exigir de nosotros todo nuestro amor. Cuando pues una criatura quiere apoderarse de una parte de nuestro amor, debemos cerrarle la entrada de nuestra alma, y volviéndonos hácia Dios, decirle con todo nuestro afecto: *Que cosa puedo*

¹ Jer. Thr. 2, 25.—² Cant. 4, 12.

yo apetecer en el cielo, ó que es lo que puedo amar sobre la tierra?..... Dios de mi corazon, y mi porcion, Dios para siempre. O Dios mio, que cosa que no fueseis vos bastaria á llenar los deseos de mi alma? Nó, ni en el cielo, ni en la tierra yo no puedo pedir mas que á vos, vos solo bastais á mi corazon: Dios de mi corazon, y mi porcion para siempre.

Dichoso aquel que puede decir: *Desprecié el reino del mundo y toda la pompa del siglo, por el amor de mi Señor Jesucristo.* La gran sierva de Dios, Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano II, podia decir tan edificantes palabras, cuando el dia en que profesó, se despojó de sus ricos adornos,

y de sus joyas, para vestir el hábito grosero de lana de las religiosas de santa Clara. El autor de su vida dice, que los lanzaba de sí con tal desprecio, que hizo derramar lágrimas de piedad cristiana á todos los que se hallaron presentes á la ceremonia.

Jesus mio, no quiero que las criaturas tengan parte en mi amor, vos sois de él el verdadero dueño, y el que debe poseerlo enteramente: vaya el que quiera en busca de los placeres y de los honores de la tierra, vos sereis mi sola felicidad, mi sola riqueza, mi solo amor, así en éste, como en el otro mundo. Y puesto que me amais como prueban los beneficios que me habeis hecho, ayudadme á renunciar á todo lo que no seais vos.

Haced que mi alma no tenga mas solicitud que la de agradaros , como al único objeto de su ternura. Tomad entera posesion de mi corazón : no quiero ser mas dueño de mí mismo : reinad en mí , Señor , y hacedme obediente á todo cuanto disponga vuestra divina voluntad. O madre de Dios , vírgen María , confío en vos : vuestros ruegos me harán todo de Dios.

§ XXXIII.

Ver y amar á Dios en la otra vida es el paraíso de los elegidos.

¿Qué es lo que constituye toda la bienaventuranza de los elegidos en el cielo? El alma viendo á Dios cara á cara , contemplando su belleza infinita , percibiendo todas

sus perfecciones, dignas de un inmenso amor, no puede dejar de amarle. Ama á Dios mas que á sí misma, se olvida de sí propia, para no desear mas que la felicidad de su muy amado, de su Dios; y viendo que Dios, único objeto de su ternura, goza de una beatitud infinita, esta beatitud es su paraíso. Si ella fuese capaz de lo infinito, viendo á su muy amado gozar de una felicidad infinita, su felicidad propia vendria á ser tambien infinita; pero como la criatura no es capaz de infinita felicidad, queda de tal modo saciada de gozo, que nada mas desea. Esta es la beatitud que ambicionaba David quando esclamaba: *Seré saciado quando apareciere tu gloria.*

Ps. 17. 15.

Así es como se verifica lo que Dios dice al alma, cuando la admite en el paraíso: *Entra en el gozo de tu Señor.* No manda á la alegría que entre dentro del alma, porque siendo esta alegría infinita, el alma no podría contenerla; lo que ordena es, que el alma entre en la alegría eterna, para tomar parte en ella, para alimentarse de ella hasta la saciedad.

Yo pues soy de parecer, que no hay acto de amor mas perfecto en la oracion, que gozarse en la alegría infinita del Señor. Esta es la continua ocupacion de los bienaventurados en el cielo, de modo, que el que á menudo se goza en el contento del Señor, empieze ya desde ahora, á experimentar parte

Mat. 25, 21.

de las delicias de que se verá col-
mado en el paraíso.

El amor que los santos profesan al Señor es tan vivo y profundo, que si jamás llegaba el caso de experimentar la crueldad de no poder amarle tan ardientemente, este temor les serviría de un infierno de tormentos. Pero nó: porque, tanto como están seguros de la existencia de Dios, otro tanto están seguros de amarle siempre, y de ser siempre amados por él, y de que este inmutable amor durará por toda la eternidad. Dios mio, hacedme digno de amaros, por los méritos de Jesucristo.

Este contento que es el que constituye el paraíso, será aumentado por el esplendor de aquella ciudad de Dios, por la hermosura de sus

habitantes, y sobre todo por la presencia de la reina de los cielos, mas bella que el paraíso entero, y por la de Jesucristo, cuya belleza sobrepujará infinitamente á la belleza de María.

El júbilo de los elegidos se aumentará todavía con el recuerdo de los peligros que cada uno habrá corrido de perder tan inmensa bienaventuranza. ¡Cuales serán las gracias que dirigirán al Señor aquellos que habiendo merecido el infierno por sus pecados, se encontrarán en aquel lugar de delicias, desde donde contemplarán á sus plantas tantos otros, que por pecados menos enormes que los suyos, arderán en el fuego de los infiernos! Se encontrarán salvados, seguros de que jamás perderán á

Dios, llamados á gozar eternamente de aquellas supremas delicias, de aquellos placeres que no cansarán jamás. Por vehementes y grandes que sean los placeres de la tierra vienen á cansarnos; pero los gozos del paraíso, cuanto mas se gustarán, mas serán apetecidos, de modo, que los elegidos se verán saciados de tantos placeres, sin dejar de anhelarlos siempre; y cuantos mas recibirán, mas les quedarán que recibir, deseando siempre y quedando siempre satisfechos.

Los cánticos melodiosos que entonan los santos en el cielo para dar gracias á Dios por su felicidad se llaman *cánticos nuevos*, porque las delicias del cielo pareoerán tan nuevas siempre, como la primera

1. Cantate Domino canticum novum. Ps. 97, 1.

vez. Se gozarán siempre, se pedirán sin cesar, y se obtendrán sin interrupcion. Así como los condenados son llamados *vasos de ira*, así los elegidos son llamados *vasos de amor*.

Con razon decia S. Agustin que para conseguir tan eterna beatitud, seria necesario que trabajásemos eternamente. ¿Qué son, pues, las penitencias y las oraciones de los anacoretas? ¿Qué han hecho los Santos con abandonar las riquezas, las posesiones, y hasta las coronas y los cetros; y los mártires en arrostrar los ecúleos, los hierros ardientes, y la muerte cruel para obtener el paraíso? Poco, ó cuasi nada. Pero este poco ha bastado.

Procuremos llevar sin queja la cruz que nos envia el Señor, por-

que todos nuestros padecimientos, se trocarán un dia en eternos gozos. Cuando las enfermedades, las penas, los reveses nos agobien, levantemos los ojos al cielo y digamos : *Todas estas penas acabarán algun dia, y despues de este dia, gozaré de la presencia de Dios para siempre.* No desfallezcamos : suframos con paciencia : despreciemos el mundo y cuanto puede darnos. Dichoso el que en la hora de la muerte podrá decir con Sta. Agata : *Recibid mi alma, Señor, que me la habeis apartado del amor á las cosas del mundo, y me habeis otorgado el vuestro.* Sufrámoslo todo, despreciemos todas las criaturas; Jesus nos aguarda con la corona en las manos para consagrarnos reyes del cielo si le somos fieles.

215
¿Pero como podré yo, Jesus mio, aspirar á tan grande felicidad, yo que he renunciado tantas veces el paraíso por las cosas terrenas, y que he pisado con soberbia planta hasta vuestra santa gracia? Pero vuestra preciosa sangre me infunde valor para esperar el paraíso, despues de haber merecido tantas veces el infierno, porque quisisteis morir en una cruz para dar el paraíso, á los que sin esto jamás hubieran sido dignos de él. Redentor mio, mi Dios, no quiero volveros á perder. Dadme fuerza para seros fiel : *Venga á nos el tu reino*. Por los méritos de vuestra sangre, permitid que algun dia pueda tambien yo introducirme en vuestro reino : mientras llega la hora de mi muerte, haced que

★

cumpla en todo con vuestra santa voluntad. *Hágase tu voluntad.* Este es el mayor bien, el verdadero paraíso de los que os aman en este mundo. ¡O almas afortunadas que sabeis amar á Dios! mientras vivamos en este valle de lágrimas, suspiremos siempre por el paraíso! Digamos:

Patria bella, donde en paga
Del amor, amor se dá,
Te suspiro á todas horas,
Cuando, ó Dios, cuando será?

§ XXXIV.

De la oracion que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar.

En cualquier lugar en que se haga la oracion es siempre agradable

á Dios; pero parece que Jesucristo prefiere la que se le hace ante el Santísimo Sacramento del altar, porque derrama mas abundantemente el tesoro de sus gracias y de su luz á los que se llegan á visitarle. Reside en este sacramento no solo para alimento de las almas que lo reciben en su santa comunión, sino tambien para que los que le buscan puedan gozar de su presencia en todo tiempo y en todo lugar. Los piadosos peregrinos se dirigen á Loreto en donde Jesus vivió, y á Jerusalem en donde fué crucificado; pero, ¡cuanto mas ardiente y fervorosa no ha de ser nuestra oración, al tener delante de nuestros ojos el tabernáculo, en cuyo misterioso seno, este mismo Dios que habitó con nosotros y

murió por nosotros en el Calvario, reside noche y dia corporalmente! No es permitido á toda clase de personas hablar privadamente á los reyes de la tierra; mas todos sin escepcion ricos y pobres, nobles y plebeyos, pueden dirigir su palabra al rey del cielo, Jesucristo, en el santo Sacramento del altar, en donde está pronto á recibir nuestros corazones, á escuchar nuestros ruegos, y á colmarnos de sus gracias. A todos admite en audiencia, y atiende y consuela á todo el mundo.

La gente del mundo, clase que no conoce mas que los placeres terrenos, no concibe que placer pueda gozarse al pié del altar, en donde descansa la hostia consagrada; pero para las almas que son

amantes de Dios, las horas y los dias enteros pasados delante del Santísimo Sacramento, no son mas que minutos, tan dulces son los goces que el Señor allí les concede.

¿Pero como podrian los mundanos gozar de estos placeres, ellos, cuyo corazon y cabeza no están llenos sino de tierra? S. Francisco de Borja decia que para que reinase en nuestros corazones el amor divino, era menester depurarlos de toda tierra, sin lo cual no entraria en ellos el divino amor. *Cesad*, dice David, *y ved qué yo soy el Dios.* Para percibir cuan amable es Dios es necesario *cesar de toda ocupacion*, es decir, despojarse de toda afeccion terrena. *Quereis encontrar*

1. Ps. 45, 11.

á Dios? Desprendeos de las criaturas y lo encontrareis, decia Santa Teresa.

¿Qué debe hacer una alma delante del Santísimo Sacramento? Amar y rogar. No debe permanecer allí para percibir dulzuras y consuelos, sino solamente para agradar á Dios con actos de amor, para entregarse enteramente á Dios, despojándose de toda voluntad propia, y ofreciéndose á su divina Magestad, con estas ó semejantes palabras : *Dios mio, yo os amo, y solo á vos quiero amar. Haced que os ame siempre : disponed despues de mi y de mis bienes como sea de vuestro agrado.* De todos los actos de amor, el mas agradable á Dios, es el que hacen continuamente los elegidos en el cielo, el cual consiste en re-

gocijarse por la beatitud infinita de Dios, como hemos dicho en el párrafo 28. Los elegidos aman á Dios mas que á sí mismos : mas desean la felicidad de aquel á quien aman que la suya propia ; y viendo que Dios goza de una felicidad infinita, quedan llenas del gozo del Señor, y este gozo es su paraíso. Estos actos de amor, ejercidos acá en la tierra sin satisfaccion ó dulzura sensible, son muy agradables á Dios. No siempre concede sus consuelos en esta vida á las almas que mas quiere : no se las concede sino muy rara vez, y entonces, no tanto es para recompensar sus buenas obras, como para darles mas fuerzas y mas paciencia para soportar sus penas y contratiempos, especialmente en las dis-

tracciones y sequedades á que están sujetas las almas piadosas en medio de la oracion misma. En cuanto á las distracciones, no deben asustarnos : basta que las alejemos cuando nos apercibimos de ellas : los mismos santos las experimentan algunas veces ; mas no por esto cesan de orar, y nosotros debemos imitarlos. S. Francisco de Sales dice, que aun cuando en nuestras oraciones nos viésemos obligados á alejar de nosotros estas distracciones, no por esto serian menos útiles y provechosas aquéllas. En cuanto á las sequedades, la mayor pena que sienten las almas piadosas, es el hallarse alguna vez sin ningun sentimiento de devocion , y sin ningun deseo sensible de amar al Señor. Añádase á

• esto el temor continuo en que se encuentran de estar en desgracia de Dios por sus culpas, y de ser de él abandonadas. En tan profundas tinieblas no saben hallar la salida y les parece que tienen cerradas todas las puertas: continúe entonces el alma su oración: resista al demonio que trabaja en hacer cesar la oración: una entonces su desolación á la que Jesucristo experimentó en la cruz, y si no puede decir otra cosa, diga á lo menos: *Dios mio, quiero amaros, quiero ser enteramente de vos: tened piedad de mí! no me abandoneis. Diga tambien: os amo, por mas que parezca que me aborreceis: huid lejos de mí y donde querais, que os seguiré á todas partes para amaros.*

§ XXXV.

La verdadera paz no existe mas que en Dios.

El que busca la paz en las criaturas no la encontrará, porque todas las criaturas no son propias para contentar á un corazon. Dios ha creado al hombre para él solo, y Dios es un bien infinito: él solo pues puede contentarlo. Por esto muchos hombres, aunque colmados de honores, de riquezas y de placeres, no están nunca contentos: meditan sin cesar nuevos honores, nuevos tesoros, nuevos placeres, y cuantos mas consiguen, mas inquietos se hallan, siempre están en medio de la tor-

menta. Ni un solo dia pueden gozar de verdadera paz. *T'en tu deleite en el Señor, y te otorgará las peticiones de tu corazon:* ' Cuando el hombre pone todo su gozo en el Señor y no se desvela mas que por él, el Señor tiene cuidado de llenar todas las exigencias de su corazon, y le unirá á sus amigos bienaventurados, que no tienen mas deseo que agradarle.

En el mundo somos tan insensatos que tenemos por felices á los que pueden satisfacer todos sus caprichos, mandar á sus semejantes y procurarse todos los placeres. ¡Que error! No hay verdadera felicidad sino para los que aman á Dios y para quienes solo Dios basta. La esperiencia acredita,

que tantos grandes personajes, considerados por felices por las gentes del mundo, en medio de toda la pompa que les rodea, llevan una vida miserable y llena de tormento.

¿Pero cual será la razon por la cual tantos poderosos, tantos príncipes y potentados no pueden hallar la paz en el seno de la abundancia? ¿Y como al contrario, tantos religiosos encerrados en una celda, pobres, oscuros, gozan de tranquilidad perfecta? ¿De donde nace que tantos anacoretas, solos en un desierto ó en una gruta, atormentados por el frio y por el hambre rebosaban en alegría? Nace de que los tales no tenian mas pensamiento que en Dios, y de que Dios les consolaba: *La paz de Dios*

que sobrepuya todo entendimiento. ¹

¡Ah! la paz que prodiga el Señor á los que le aman es mucho mas sabrosa que todas las delicias que puede ofrecer el mundo : *Gustad y ved que el Señor es suave.* ²

¡O mundanos! esclama el Profeta, ¿porque despreciais la vida de los Santos, vosotros que no habeis gustado jamás de aquella vida? Probadla, insensatos, abandonad el mundo, entregaos á Dios, y vereis entonces si los consuelos de que os colmará, no vale mas que todas las grandezas y que todos los tesoros de este mundo.

Verdad es que los mismos santos sufren grandes tribulaciones en esta vida, pero se resignan á la voluntad divina y no pierden jamás

¹ *Phil.* 4, 7.—² *Ps.* 33, 9.

la paz. Los amigos del mundo ahora están alegres, ahora tristes, mas por lo comun viven inquietos, agitados, solícitos; pero los amigos de Dios dominan sobre sus adversidades, y sobre las mudanzas de su fortuna, y de este modo pasan sus dias consolados en la mas uniforme tranquilidad. El cardenal Petrucci, prelado tan piadoso, como admirable poeta, describe asi la tranquilidad del justo :
 « Esta alma contempla las crea-
 « turas á su alrededor afanadas en
 « dejar y volver á tomar diferentes
 « formas, pero ella, inmóvil en su
 « centro, unida enteramente á Dios,
 « ella sola es la que no cambia. »

Cuando uno quiere entregarse á Dios y gozar de paz continua, es menester desterrar del corazon

todo lo que sea ageno de Dios, es necesario morir para las cosas del mundo. Dios mio, dadme fuerza para romper todos los vínculos que me atan á la tierra; haced que solamente os ame á vos.

¡Dichoso aquel á quien Dios basta! Señor, concededme la gracia de que yo no busque otra cosa mas que á vos, que no piense mas que en agradaros. Renuncio á todos los placeres de la tierra por vuestro amor, hasta á las consolaciones espirituales: no quiero hacer mas que vuestra voluntad. O vírgen María, madre de Dios, recomendadme á vuestro hijo que os ha de otorgar cuanto le pidais.

§. XXXVI.

El único fin de nuestras acciones debe ser Dios.

En todas nuestras acciones no debemos llevar otro fin, que el de agradar á Dios, sin pensar en nuestros padres ó parientes, ni en nuestros amigos, ni en los grandes del siglo, ni en nosotros mismos, porque todo lo que hacemos no llevando á Dios por objeto es cosa perdida. Muchas cosas se hacen para agradar únicamente á los hombres. S. Pablo ha dicho : *Si agradase aun á los hombres, no seria siervo de Dios.* ¹ En todas nuestras obras no debemos ver mas que á

¹ Gal. 1, 10.

Dios, para poder decir con Jesucristo: *Yo hago siempre lo que á él agrada.* ¹ Dios nos ha dado todo lo que poseemos, pero nosotros no tenemos verdaderamente nuestro mas que nuestra nada y nuestros pecados. Solo Dios nos ha amado con toda verdad y nos ha amado eternamente: nos ha amado hasta el extremo de morir por nosotros en una cruz, hasta entregarse á nosotros en el santo Sacramento del altar. Dios solo merece nuestro amor.

¡Desdichadas de aquellas almas que miran con amor algun objeto terreno que puede desagradar á Dios! En esta vida no gozarán paz y están muy espuestas á no gozarla jamás en la otra. Dichoso al con-

¹ Job. 1. 21.

trario, ó Dios mio, el que no busca mas que poseeros, y hace espontánea renuncia de todo lo que no sois vos por vuestro amor. Este encontrará la jôya de vuestro puro amor: joya mucho mas preciosa que todos los tesoros, y que todos los reinos de la tierra. Los que así lo hacen adquieren la verdadera libertad de los hijos de Dios, porque se encuentran desembarazados de todas las ataduras que los encadenaban al mundo, y que les impedían unirse á Dios.

Dios mio, mi todo, prefiero vuestro amor á todas las riquezas, honores, ciencias, glorias, esperanzas, y hasta á todos los dones que pudierais hacerme. Vos sois mi único bien: no quiero mas que á vos solo: vos sois el bello infi-

nito, el bien infinito, lo amable infinito, el bien supremo. Todos los dones que no fuesen vos mismo, no podrian bastarme. Repito y repetiré siempre: *no quiero mas que á vos; lo que es menos que vos no puede bastarme.*

¿Cuando me será dado no ocuparme mas que en amaros, en alabaros y en no pensar en las criaturas, ni en mí mismo? ¡O Dios mio, y mi amor! cuando me veais entibiado en vuestro amor, ó en peligro de adherirme á las criaturas y á las cosas del mundo, socorredme: sacadme del peligro de alejarme de vos: *Envia tu mano desde lo alto, sácame y librame de las muchas aguas.* ¹

Busquen los demas lo que ape-

¹ Ps. 143, 7.

tezcan : yo no amo , ni busco , ni quiero mas que á vos , ó Dios mio , amor mio , mi única esperanza. *¿ Qué hay para mí en el cielo ? ¿ Y fuera de ti que puedo querer en la tierra ?.... Dios de mi corazon , y mi porcion , Dios para siempre .¹*

Mortales , abrid los ojos : toda la felicidad que puede venirnos de las criaturas , no es mas que mentira y humo . Dios solo puede hacernos felices , pero en esta vida , el Señor no se deja ver enteramente : no nos dá mas que una idea de los bienes que nos prepara en el cielo : allí es en donde nos embriagará de gozo cuando nos dirá : *Entra á participar del gozo de tu Señor .* Los celestiales consuelos que concede Dios á sus siervos , no son

¹ Ps. 72 , 28 et 20 .

mas que un atractivo para llamarlos al paraíso.

¡O Dios omnipotente, ó Dios amable ! haced que en adelante no apetezcamos mas que agradaros : haced que vos seais nuestro todo, nuestro solo amor, porque vos solo mereceis ser amado, así por lo que pide la justicia, como por lo que aconseja el reconocimiento. La pena mas cruel que experimento es pensar que os he amado tan poco hasta ahora ; pero ya deseo, ya quiero amaros con todo corazon, con vuestro divino auxilio, y morir sin amar mas que á vos, mi bien supremo. Virgen María, madre de Dios, rogad por mí : vuestros ruegos son siempre atendidos : rogad á Jesus que viva y muera siempre suyo.

§ XXXVII.

Se ha de sufrir todo para agradar á Dios.

La única y mas escogida ocupacion de los santos ha sido desear con ardor poder sufrir toda suerte de fatigas, ultrages, y dolores para agradar á Dios, que tanto ha merecido ser amado, y que tanto nos ha amado.

Toda la perfeccion y todo el amor de una alma por Dios, consiste en no buscar mas que agradarle y en no hacer mas que lo que puede ser de su agrado. Dichoso aquel que puede decir á Jesucristo: *Yo hago siempre lo que á él agrada.* ¿Y que mayor felicidad, que mayor con-

¹ Jo. 8, 19.

suelo puede alcanzar el alma que soportar alguna fatiga ó sufrir algun dolor para agradar á Dios? Justo es que contentemos á este Dios que nos ha amado tanto, que nos ha dado todo lo que poseemos, y que no contento con concedernos tantos bienes, ha querido hasta entregarse á nosotros, primero en el Calvario, en donde murió por salvarnos, y despues en el santísimo Sacramento del altar, en que se nos entrega todo entero por medio de la santa Comunión. Nó: nada mas puede ya darnos.

Para corresponder á tantos beneficios, los santos no sabian ya que hacer. ¡Cuántos jóvenes ilustres y ricos han abandonado el mundo para consagrarse al Señor! ¡Cuántas vírgenes, hasta de sangre

real han renunciado á las mas brillantes nupcias para encerrarse en un claustro! ¡Cuantos anacoretas han ido á ocultarse en los desiertos y en las grutas para no pensar mas que en Dios! ¡Cuantos mártires han aceptado con alegría los látigos, los hierros ardientes, los tormentos de los mas crueles tiranos únicamente para agradar á Dios! Para agradar á Dios, en fin, los santos se han desprendido de todos sus bienes, han renunciado á las mas altas dignidades del mundo, y han recibido, á manera de tesoros, las enfermedades, las persecuciones, el despojo de sus bienes, y la muerte mas dolorosa.

El deseo de agradar á Dios debe, pues, ser mayor en nosotros que

el de adquirir riquezas , honores , glorias , delicias del mundo , y hasta las del paraíso. Si los bienaventurados creyesen que sería más agradable á Dios verlos arder en el infierno , que continuar en su beatitud , todos , hasta su divina madre , se precipitarían en aquel abismo de fuego , para procurar en él el contento del Señor.

Dios no nos ha puesto en el mundo sino para que nos esforcemos en agradarle y en acrecentar su gloria. El deseo de Dios , pues , debe ser el único móvil de todas nuestras acciones , el solo término de todos nuestros deseos , y el seguro blanco de todos nuestros pensamientos. Bien merece el Señor que nos ha amado tanto y que tan solícito se muestra por nues-

tro bien, que le contentemos en todo.

Pero ¿cual es la causa, Señor, de que en lugar de conciliarme vuestro agrado, os he ofendido tanto, y he pagado con ingratitudes vuestros beneficios? Mas el aborrecimiento que me haceis sentir por mis ofensas, me hace esperar que no me negareis el perdón. Perdonadme, pues, y haced que no vuelva á ofenderos. Disponed que renuncie á todas las cosas por agradaros. *En tí esperaré, Señor, no sea yo confundido para siempre.* Virgen Maria, madre mia, y reina del cielo, hacedme todo de Dios.

§ XXXVIII.

Dichoso el que no quiere mas que á Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. ¹ Los pobres de espíritu son aquellos, que pobres de deseos terrenos, no desean mas que á Dios. Son pobres de afección, pero no lo son realmente, porque viven felices, hasta en esta vida. No dice el Señor, *que será suyo el reino de los cielos*, sino que *lo es*, porque hasta en la tierra son ricos en bienes espirituales, que reciben de Dios, de modo que, aunque pobres de bienes temporales, viven contentos en su estado. Los

¹ Mat, 5, 3.

ricos en deseos terrenos, y que por mas tesoros que posean, se hallan siempre ajitados, como que los bienes del mundo lejos de apagar su sed, no hacen mas que irritarla; estos ricos jamás están contentos, porque jamás pueden conseguir lo que apetecen.

Jesucristo, para hacernos ricos en verdaderos tesoros, quiso ser pobre, como dice el Apóstol : *Siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, á fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza.*¹ Sí, quiso ser pobre para enseñarnos con su ejemplo á despreciar los bienes terrenos, para enriquecernos de bienes celestiales, que son inmensamente mas preciosos y mas duraderos. Declara pues que los que

¹ 2 Cor. 8, 9.

no renuncian á lo que poseen en la tierra, jamás serán sus verdaderos discípulos.

Dichoso el que no quiere mas que á Dios, y dice con S. Paulino : *Gocen los ricos del mundo de su oro, de sus posesiones, de sus reinos; Jesus es toda mi riqueza y mi reino.* Persuadámonos que solo Dios puede satisfacernos, pero no satisface completamente mas que á las almas que le aman de todo su corazon. ¿Que lugar encontrará el amor divino en un corazon lleno de tierra? Por mas que este frecuente la comunión, aunque visite á menudo el Santísimo Sacramento, ni puede alojar á Dios todo entero, ni ser por él enriquecido segun su voluntad.

Muchos se quejan de que ni en

sus comuniones, ni en sus meditaciones, ni en los demas ejercicios espirituales que practican encuentran á Dios. Santa Teresa les dice á estos : *Desprended vuestro corazon de las criaturas, y encontrareis á Dios.* Despojémonos de toda afeccion terrena, y sobre todo de nuestra propia voluntad. Entreguémosla toda entera á Dios, y digámosle : *Señor, disponed de mí y de todo cuanto poseo á vuestro grado : no quiero mas que lo que vos quereis, pues estoy seguro que lo que vos quereis será para mí lo mejor. Haced pues que os ame siempre, y que nada mas desee.*

El solo medio de desprendernos de las criaturas es un grande amor á Dios. Si el amor divino no se apodera enteramente de nues-

tra alma, nunca seremos santos. El medio de adquirir este amor sin límites es la santa oracion. Roguemos pues al Señor, para que nos conceda su amor, y entonces nos sentiremos desprendidos de todas las cosas creadas. El amor divino es un ladrón, que santamente nos roba todas las afecciones terrenas, y entonces debemos decir: *¿Y podría yo desear otra cosa que no fueseis vos, Dios de mi corazón?*

El amor es fuerte como la muerte. Esto es : así como no hay fuerza capaz de resistir á la muerte, así tampoco nada hay que pueda resistirse al amor divino. El amor triunfa de todo. Los santos mártires fortalecidos con el amor de su

1. Cant. 8, 6.

divino Señor, han arrostrado los mas crueles tormentos, la muerte mas dolorosa.

Dichoso en fin el que puede decir con David : *¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de ti, que pueda querer en la tierra?... Dios de mi esperanza, y mi porcion, Dios para siempre. Qué pudiera yo desear mas en esta vida y en la otra, que á vos solo, ó Dios mio, qué, mas que á vos solo ! Obtengan los demas lo que deseen, vos, ó Dios mio, sois mi único bien, mi solo consuelo.*

Si una alma no se entrega enteramente á Dios, siempre estará en peligro de perderle, y de perderse. Pero los que se entregan á Dios enteramente y con sincera resolucion, están seguros de no

desprenderse mas de él, porque el Señor es reconocido y fiel á todos los que se le entregan sin reserva. ¡Porque, pues, ciertas personas que en un principio hicieron santa vida, han venido despues á desviarse de tal modo del camino del Señor, que hay motivo para dudar de su salvacion? ¿Porqué? Porque no se habian entregado enteramente á Dios, y la prueba está en su misma caída.

Dios mio, mi verdadero amigo, no permitais que mi alma, creada únicamente para amaros, pueda tener amor á otra cosa que no seais vos, y pueda dejar de ser enteramente vuestra, Señor, que la habeis redimido á precio de vuestra sangre. O Jesus mio, ¿de donde procede, que conociendo el amor

★

que me habéis profesado, ¿he podido amar otra cosa mas que á vos? ¡Ah! llamadme á vos cada vez mas, dentro de vuestro corazon, haced que olvide el mundo, para que no piense mas que en vos. En vos confío, mi Dios y Señor. Virgen María, madre de Dios, todas mis esperanzas penden de vos: desprended mi corazon de todo lo que no sea Dios, para que Dios sea el objeto de mi único amor y de mis deseos.

§ XXXIX.

Aridéz del espíritu.

San Francisco de Sales ha dicho, que la verdadera devocion y el verdadero amor al Señor no consiste

en experimentar consuelos espirituales en la oración y en los demás ejercicios de piedad, sino en tener una firme voluntad de no hacer ni querer mas que lo que quiere el Señor. Este es el único objeto que debemos proponernos en nuestras súplicas, en nuestras comuniones, y en nuestras penitencias, y en lo demás que agrada á Dios, aunque todo lo hiciésemos sin fervor, y en medio de mil tentaciones é inquietudes. Santa Teresa dice, que *Dios prueba á sus siervos por medio de las tentaciones y sequedades. Aunque la aridez durase toda la vida, el alma no debe cesar de orar, vendrá un tiempo en que todo le será recompensado con usura.*

Principalmente en los momentos de desamparo, como observan

los maestros espirituales, es cuando debemos ejercitarnos en actos de humildad y resignacion. No nos persuadimos bastante de nuestra impotencia y miseria sino cuando nos sentimos áridos, inquietos, distraídos, disgustados, y hasta sin deseos sensibles de adelantar en el divino amor. Pero digamos entonces : *Señor, tened piedad de mí : ved cuanta es mi insuficiencia, hasta para hacer un acto de virtud. Además es necesario resignarse y continuar así : O Dios mio, vos quereis mantenerme en la afliccion y en la aridez, hágase vuestra voluntad. No pido consuelos, me basta poderos agradar.* Despues de esto, es necesario continuar la oracion por un tiempo determinado.

La pena mayor que sufren las

almas devotas, no tanto consiste en la aridez, como en la obscuridad, que las desnuda de toda voluntad encaminada al bien, las rodea de tentaciones contra la fé y contra la esperanza: algunas veces se añaden tambien tentaciones y un asomo de desconfianza tan cruel, que teme el alma haber perdido la divina gracia, y haber sido rechazada y abandonada de Dios, por causa de sus pecados. Créese aborrecida del Señor: la soledad se le hace insoportable, y la oracion le viene á ser un tormento. Es necesario tomar entonces aliento, y convencerse de que el temor de haber cedido á una tentacion ó á cualquier sentimiento de desconfianza es un tormento del alma, pero no un acto voluntario: en tal instante

el alma está lejos de haber caído en pecado : el alma resiste en verdad á la tentación con entera voluntad , pero las tinieblas que la ofuscan la privan de enterarse por sí misma de los contrastes que la ajitan. La misma experiencia viene al momento en apoyo de esta observacion, cuando por ejemplo, el alma se encuentra en ocasion próxima á pecar, aunque solo sea venialmente en cosa determinada, y que tiene firmeza para arrostrar mil muertes, antes que cometer tal ofensa á Dios.

No nos atormentemos pues en tales ocasiones, para conocer si estamos en gracia de Dios ó en estado de culpa. Deseais saber si os ama Dios, y Dios no quiere entonces dároslo á conocer : quiere que

os humilleis, que fieis en su bondad, que os resigneis á su santa voluntad. Quereis ver, y Dios quiere que no veais. Por lo demas, S. Francisco de Sales dice, que la resolucion que habeis tomado de amar á Dios, y de no causarle voluntariamente el menor desagrado, es prueba constante de que vivis en su gracia. Arrojaos entonces en brazos de la divina misericordia : protestad que no quereis mas que á Dios solo y á su santa voluntad, y desterrad en seguida todo temor. ¡Oh! cuan aceptos son al señor tales actos de confianza y de resignacion, hechos en medio de aquellas espantosas tinieblas !

Santa Juana de Chantal sufrió estas penas interiores, por espacio de cuarenta y un años, acompaña-

das de terribles tentaciones, y del temor de estar en pecado mortal y de hallarse abandonada del Señor. Era tan intenso su dolor, que decia que solo con el pensamiento de la muerte hallaba algun consuelo. *Alguna vez me parece*, decia la Santa, *que me falta la paciencia, me siento entonces tentada á dejarlo todo, y abandonarme al camino de la perdicion.* Durante los ocho ó nueve últimos años de su vida, sus tentaciones, en lugar de disminuir, eran mas fuertes, ya orase, ya trabajase sin interrupcion. Su dolor secreto era tan vivo, que daba lástima á todos los que la conocian. Algunas veces creia que Dios la repelia lejos de sí: para calmar un tanto su horror, desviaba sus miradas de Dios, pero no pudiendo

hallar la tranquilidad que apetecía, volvía al momento á contemplar á Dios, por mas que le pareciese airado contra ella. En la oracion, en la comunión, y en los demas ejercicios espirituales no sentia mas que tedio y angustia : vivia á semejanza de aquel enfermo que entorpecido por la calentura, ni puede mudar de posicion en la cama, ni encuentra el uso de la voz para quejarse, ni ve salida para poner fin á sus congojas. Creia haber perdido la fé, la esperanza, y la caridad : y con todo su atencion permanecia siempre fija en Dios, descansando en los brazos de la divina voluntad. S. Francisco de Sales, hablando de ella, decia, que su alma bienaventurada se parecía á un músico sordo, que canta divi-

namente, sin gozar de la melodía de sus cantos, porque no oye. El alma que ha sido puesta á la prueba de la aridez no debe desmayar: por mas que se encuentre sumergida en las tinieblas, debe confiar en la sangre de Jesucristo, resignarse á su divina voluntad y decir: *Jesus mio, esperanza mia y mi único amor, no merezco ser consolada: consolad á los que os han amado siempre: yo he merecido ser arrojada á los infiernos, abandonada de vos, y privada de la felicidad de amaros.*

O Salvador mio, acepto todas las penas: castigadme cuanto queráis, pero no me priveis de amaros: despojadme de todo menos de vos. A pesar de mi miseria, os amo mas que á mí mismo: me entrego

enteramente á vos. Dadme fuerza para seros fiel. O Virgen Santa, refugio de pecadores, confío en vuestra intercesion: haced que ame al Señor que me ha criado, y que me ha salvado de la muerte eterna.

§ LX.

Vida retirada.

Las almas que aman á Dios encuentran el paraíso en su vida retirada, la cual las separa del comercio con los hombres, y constituye su paraíso. Nó, no es enfadoso conversar con Dios en la soledad, separándose de las criaturas, antes bien es un contento: Porque ni su conversacion tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.

Los mundanos tienen razon de aborrecer la soledad, porque desde el momento en que se ven privados de sus diversiones, y de sus ocupaciones terrenas, el remordimiento se hace sentir mas vivamente en sus corazones. Buscan la sociedad para ahogar ó distraer sus conciencias, pero cuantos mas alivios buscan en las concurrencias y en las ocupaciones, mas espinas y amarguras encuentran.

Lo contrario acontece á los que aman á Dios, porque en su retiro encuentran un amigo fiel que les consuela mas que la compañía de sus amigos y parientes, aunque sean estos los primeros personajes del mundo. S. Bernardo decia : *Jamás estoy menos solo, que cuando*

estoy solo y separado de los hombres, porque entonces encuentro á Dios que me habla: mas atento estoy entonces á escucharle y más dispuesto á unirme á él.

Nuestro Salvador queria que sus discípulos, aunque destinados á propagar la fé por el mundo entero, suspendiesen de vez en cuando sus fatigas, y se retirasen á la soledad, para conversar con él. Habiéndoles enviado en cierta ocasion á recorrer la Judea y Galilea para convertir á los pecadores, cuando volvieron, les dijo: *Venid aparte á un lugar solitario, y descansad un poco, pues eran muchos los que iban y venian, y ni aun tiempo para comer tenían.*

Ya que el Señor impuso el re-

Luc. 9, 18.

posó hasta á sus mismos discípulos, diciéndoles : *descansad un poco*, es necesario que los que cooperan á su santa obra se retiren de vez en cuando á la soledad, para recogerse dentro de sí mismos, y renovar sus fuerzas, para trabajar despues con nuevo ardor á la conversion de las almas.

Los que trabajan para el prójimo, pero con poco celo y amor de Dios, y mas con el fin de adquirir honores y riquezas, son de poco provecho para las almas : Si pues el Señor dijo á sus discípulos *descansad un poco*, quería significar con esto, no que se entregasen al sueño, sino que tomasen descanso, conversando con Dios, y pidiéndole gracia para vivir bien y para salvar sus almas. Sin este descanso

con Dios en la oracion, menguarán nuestras fuerzas para trabajar por nuestra salvacion y por la de los demas.

S. Lorenzo Justiniano observa con razon que la soledad se ha de *desear siempre, pero que no siempre se ha de estar en ella*; esto es : que los que son llamados por el Señor á convertir á los pecadores, no siempre han de permanecer encerrados en su retiro, porque esto seria faltar á la divina vocacion, por la cual todo debe abandonarse, cuando Dios lo ordena; pero deben amar y suspirar por la soledad, porque el Señor se deja encontrar allí mas que en otra parte.

O Jesus mio, he amado poco el retiro, porque os he amado poco; continuamente he ido en busca de

los placeres, y de los contentos del mundo, que han hecho que os perdiese á vos, bien infinito!

¡Desdichado de mí! Durante tantos años he tenido mi corazón en las distracciones, sin pensar mas que en los bienes de la tierra, y poniéndoos á vos en olvido. ¡O Dios mio! tomad este corazón al cual habeis redimido al precio de vuestra sangre : abrasadle en vuestro santo amor : poseedle todo entero. O Virgen María, reina del cielo : vos podeis alcanzarme esta gracia : la espero de vos.

§ XLI.

Desprendimiento de las criaturas.

Para llegar á amar á Dios con todo el corazón es necesario des-

prenderse de todo lo que no es Dios, y de todo lo que no conduce á Dios. El Señor quiere ser solo en la posesion de nuestro corazon, no admite compañeros en ella, y tiene razon, porque él solo es nuestro único dueño, que le debemos todo cuanto tenemos. Dios es nuestro solo amigo, solo él nos ama sin interés y por nosotros mismos, y como nos ama muchísimo, quiere que le amemos de todo nuestro corazon: *Ama al Señor tu Dios con todo tu corazon.*

Para amar á Dios de todo corazon, son necesarias dos cosas: sofocar desde luego toda inclinacion que no se dirija á Dios, ó que no es conforme á Dios. Si en mi corazon hubiese una sola fibra que no fuese de Dios, decia S. Francis-

★

co de Sales, *quisiera arrancármela al momento.* Despues es necesaria la oracion, por la cual se introduce en el alma el santo amor. Pero si el corazon no está depurado enteramente de la tierra, el amor de Dios no puede entrar en él, porque no encuentra allí lugar. Al contrario, un corazon desprendido de todas las criaturas, se inflama velozmente, y siempre mas, al menor soplo de la divina gracia.

El amor puro, decia el santo obispo de Ginebra, consume todo lo que no es Dios para convertirle todo en amor, porque todo lo que hacemos por Dios, es amor de Dios. ¡Oh! Que bueno y liberal es Dios con las almas que no buscan mas que su amor y su voluntad! *Bueno es el Señor..... para el alma que le*

breca. Dichosos los que en medio del siglo pueden decir: *mi Dios es mi todo*, y despreciar todas las vanidades del mundo: *Desprecie el reino del mundo y todas las pompas del siglo por amor de mi Señor Jesucristo*. Cuando las criaturas quieren apoderarse de una parte de este amor, que debemos conceder solo á Dios, al instante debemos espulsarlas y cerrarles las puertas de nuestro corazon, diciéndoles: *Marchad, id en busca de los que os solicitan: mi corazon se ha consagrado enteramente á Jesucristo, no puede daros cabida*. Y con esta resolucion de no querer mas que á Jesus, hemos de aborrecer todavía lo que es del gusto del mundo, y desear lo que el mundo aborrece.

Thren. Jerl 1.^a, 27.

Para alcanzar este perfecto amor es necesario sobre todo, contrariarnos á nosotros mismos, abrazando todo lo que hiere nuestro amor propio, y si un objeto nos gusta, privarnos de él, precisamente porque nos gusta. Una medicina desagrada porque es amarga, debemos pues tomarla por lo mismo que es amarga. Nos repugna hacer bien á un ingrato, debemos pues hacérselo porque lo es. S. Francisco de Sales dice además, que la virtud se ha de amar con desprendimiento, por ejemplo: amamos la oracion y el retiro, pero si la obediencia ó la caridad nos priva de cumplir nuestro deseo debemos dejarlo para otra ocasion sin inquietud. Del mismo modo debemos abrazar con alegría

todo lo que acontece segun la divina voluntad. Dichoso el que quiere ó no quiere lo que le acontece, segun quiere ó no quiere Dios, sin inclinarse á una ni á otra parte. Debemos pues rogar á menudo al Señor, nos haga encontrar la paz en todo cuanto dispone la providencia.

Es muy cierto que no hay nadie tan feliz en el mundo, como el que desprecia las cosas terrenas, y se somete siempre á la divina voluntad. Es, pues, preciso renovar á menudo al pié de un crucifijo, tanto en la oracion, como en la comunión, la abnegacion total de nosotros mismos y de todas las cosas que nos pertenecen, diciendo : Jesus mio, no quiero cuidar mas de mí, me entrego enteramente á vos,

haced de mí lo que sea de vuestro gusto : creo que todo lo que me puede dar el mundo no es mas que mentira y vanidad. En adelante no quiero buscar mas que vuestro amor, y lo que pueda ser de vuestro agrado. Ayudadme á seros fiel. Virgen María, rogad á Jesus por mí.

Escuchemos al cardenal Petrucci que describe en verso la locura de los esclavos del mundo y la felicidad de los amigos de Dios.

Este mundo versátil y caduco
Es escena de afan y de ruina
Sus mas caros regalos , sus contentos
Aparecen placer y son tormentos :
Pero en Jesus , si tú seguirle quieres,
Las que aparecen penas son placeres.

§ XLII.

La muerte de los santos es preciosa.

Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de los santos. ¿Porqué, pues, la muerte de los santos es llamada preciosa? S. Bernardo responde que es así llamada porque es tan rica de bienes espirituales, que merece ser comprada á todo precio.

Los que viven apegados al mundo quisieran que no hubiese muerte; pero S. Agustín ha dicho : *¿Qué es vivir largo tiempo sobre la tierra, sino sufrir por largo tiempo?*

Las miserias y angustias que nos atermentan en esta vida son

1. Ps. 112, 18.—2. Serm. 47 de Verb. Dom.

en tanto número, dice S. Ambrosio, que *la muerte, mas puede considerarse como un remedio, que como una pena*. No se nos ha dado la muerte en castigo, sino en alivio, á modo de una gracia que nos liberta de nuestras penas y de nuestros trabajos.

La muerte horroriza á los pecadores, porque saben ellos que desde esta primera muerte, que habrán hecho en estado de culpa, les cogerá la segunda que es eterna. Pero la muerte no horroriza á las almas virtuosas, que fiando en los méritos de Jesucristo, sienten señales suficientes de seguridad moral, de morir en gracia de Dios. Aquellas palabras: *Sal alma cristiana de este mundo*, que tanto afligen á los que se resisten

á morir, regocija á los santos, que han mantenido el corazón libre de las afecciones mundanas, y han repetido en todos instantes: *Mi Dios es mi todo.*

Para estos la muerte no es un tormento, es un descanso, tras de las fatigas que han soportado, combatiendo las tentaciones, los escrúpulos y los temores de ofender á Dios. Les acontecerá pues, lo que les anuncia S. Juan: *Bienaventurados los que mueren en el Señor, desde hoy mas, dice el Espíritu Santo, que descansen de sus trabajos.* El que muere en gracia de Dios no se siente turbado al aspecto de la muerte, no gime porque son agudos sus dolores: los sufre con gozo, y los ofrece al Señor como

los últimos restos de su existencia... ¡Ah! cuan tranquilos estarán, y cuenta será la felicidad de los que mueran entre los brazos de Jesucristo, el cual eligió una muerte cruel y amarga, para alcanzarnos una muerte dulce y resignada? O Jesus, vos sois mi juez, pero también sois mi Redentor, muerto para salvarnos. Yo merecía haber sido condenado al infierno desde el momento en que caí en el primer pecado mortal; pero me habeis inspirado, por vuestra misericordia, el arrepentimiento de mis culpas. Espero, pues, que ya me habeis perdonado. No merecía yo la gracia de amaros, pero me habeis obligado á amaros con vuestros beneficios. Si quereis que en esta enfermedad me coja la muerte, yo

la acepto de todo corazón. Conozco que no soy digno de entrar desde luego en el paraíso: iré gozoso al purgatorio, para sufrir, sin quejarme, tanto tiempo como será de vuestro agrado. Mi mayor pena será de estar privado de vos, suspirando sin cesar por el momento en que me será concedido volar á vuestra presencia, para contemplaros cara á cara. Mi muy amado Salvador, tened piedad de mí.

Y que otra cosa es la vida presente que un continuo peligro de perder al Señor? *Caminamos por entre redes*, decía S. Ambrosio. Caminamos siempre por entre las emboscadas que nos tienden nuestros enemigos para hacernos perder la gracia de Dios. Cada vez que el reloj daba horas, daba gracias á

Dios santa Teresa, por haberla librado de caer en pecado en el espacio de una hora de combates y de peligros. Así es que cuando llegó la hora de su muerte, su gozo fué extraordinario, porque la muerte puso fin de un golpe á las tentaciones y á las luchas interiores, y la condujo á la morada de su Dios.

En esta vida presente, nadie se puede contar exento de faltas. Por esta razón los amigos de Dios esperan la muerte con tanta impaciencia. Esta idea era la que llenaba de gozo al P. Vicente Caraffa á la hora de la muerte. *Dejando de vivir*, decia, *dejo de pecar*. Un virtuoso personaje encargó á los religiosos que le asistían en la última hora, que le repitiesen á menudo estas palabras: *Consuélate*:

cerca está el momento en que no ofenderás mas al Señor.

¿Y este cuerpo es otra cosa mas para nosotros, que una cárcel en donde gime el alma aprisionada por no poder ir á unirse con su Dios? El fervoroso S. Francisco esclamaba con el Profeta, al exalar el postrimer suspiro: *Sacad, Señor, mi alma de la prision que me impide el veros.*¹ O muerte, digna de ser apetecida, ¿quien te temerá? quien no te deseará, ya que eres el término de los cuidados, y la aurora de la vida eterna? S. Pionio mártir estaba tan gozoso al ir al suplicio, que maravillados los espectadores, le preguntaron, como podia estar tan contento, caminando á la muerte: *Os equivocais,*

¹ Ps. 141, 8.

les contestó, no es á la muerte sino á la vida á-donde me dirijo.*

Mi buen Jesus, os doy gracias, porque no me habeis hecho morir cuando me hallaba en vuestra desgracia, y por haber vos cautivado mi corazon con los beneficios que me habeis dispensado. Cuando me acuerdo de las ofensas que os he hecho, quisiera morir de dolor. En vuestras manos encomiendo esta alma que se habia ya perdido. Acordaos, Señor, que la habeis redimido á precio de vuestra sangre. Os amo, ó bondad infinita, y deseo abandonar pronto este mundo, para volar al cielo en donde os amaré con amor mas perfecto. Mientras viva en este mundo, hacedme conocer cada vez mas, que

* *Apud Euseb. l. 4, c. 14.*

mi deber es amaros. Dios mio, acogedme, me entrego enteramente á vos. Confio en vos, por los méritos de Jesucristo. O vírgen María, ó esperanza mia! confio salvarme por vuestra intercesion.

§ XLIII.

Sobre la tibieza.

Hay dos especies de tibieza, una de inevitable, otra que puede evitarse. La primera es la que sufren en el estado presente aun almas espirituales, que por su fragilidad natural no pueden evitar el caer alguna vez en ligera culpa, aunque sin pleno consentimiento: ninguna hay exenta de este defecto, el cual es una consecuencia de la

naturaleza corrompida y del pecado original, sin una gracia especial del Señor, concedida únicamente á la madre de Dios. Permite el Señor estas máculas en las almas de sus santos, para conservarles en la humildad. A menudo, pues, se sienten disgustados, sin fervor, fatigados de sus ejercicios espirituales, y en estos momentos de aridez, les es muy fácil caer en algunas faltas, á lo menos indeliberadamente. Por lo demas, los que se encuentran en este estado, no por esto deben descuidar sus devociones de costumbre, ni desmayar : no crean por esto tampoco, haber caído en la tibieza, porque esto no lo es : sigan sus ejercicios y oraciones : aborrezcan sus faltas, y renueven á menudo la firme reso-

lucion de ser enteramente de Dios :
 tengan confianza en Dios , que
 Dios les consolará. La verdadera
 tibieza, la tibieza verdaderamente
 deplorable, es la que siente el
 alma que voluntariamente cae en
 pecado venial, que se arrepiente
 débilmente de estas faltas, ó no
 pone todo su esmero en evitarlas,
 diciendo que tales faltas son pe-
 queñeces, ó que no son nada. ¡Y
 qué! ¿No es nada desagradar á
 Dios? Santa Teresa decia á sus re-
 liosas: *Hijas mias, guárdeos Dios*
de todo pecado voluntario, por leve
que sea.

Suele decirse : *pero estos pecados*
no nos privan de la gracia de Dios.
 Los que así hablan se hallan en
 grave peligro de perder efectiva-
 mente la divina gracia, cayendo

★

en pecado mortal. S. Gregorio dice, que el que voluntariamente cae en pecado venial, y esto por hábito, sin pensar en corregir este defecto, no se detiene en donde cae, sino que va rodando cada vez mas hacia el abismo.⁴ Las enfermedades mortales no proceden generalmente de un desórden grave, sino de muchos desórdenes ligeros repetidos con frecuencia : así pues muchas almas son impelidas á pecar mortalmente por la frecuencia con que cometen los pecados veniales. Dejan el alma tan débil estos pecados, que cuando se ve asaltada por alguna tentacion violenta, no tiene fuerza para resistir y cae en ella sin remedio.

⁴ Numquam illic anima, quo cadit, jacet. S. Greg. Mor. l. 21.

El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá.¹ El que no atiende á las pequeñas caídas vendrá sin apercibirse de ello, á caer en un precipicio. El Señor ha dicho : *Porque eres tibio... te comenzaré á vomitarte de mi boca.*² Y ser vomitado de Dios, significa ser de él abandonado, ó á lo menos de sus divinos auxilios, que tan indispensables son para mantenerse en su gracia. Meditemos bien este asunto. El concilio de Trento condena á los que dicen, que podemos perseverar en el camino de la salvacion sin socorro especial del Señor.³ No podemos pues perseverar en la gracia, sin un socorro espe-

¹ Eccl. 10, 1.—² Apoc. 3, 16.

³ Si quis dixerit, justificatum, vel sine speciali auxilio Dei in accepta iustitia perseverare posse; anathema sit. Sess. 6. Can. 29.

cial y estrordinario del Señor, pero Dios lo rehusa con justicia á los que no tienen escrúpulo en cometer voluntariamente pecados veniales. ¿Como habia de conceder Dios un socorro especial á los que no temen disgustarle á cada instante voluntariamente? *Quien escasamente siembra, escasamente tambien segará,*¹ dice el Apóstol. Si somos avaros con Dios, ¿como podemos esperar que sea Dios liberal con nosotros?

... Infeliz aquella alma que hace paces con el pecado aunque sea venial. Caminará siempre de mal en peor, porque las pasiones van tomando cada dia mayor imperio sobre ella, viniendo á menudo al fin á cegarla; y el ciego fácilmente

¹ 2 Cor. 9, 6.

puede caer en el precipicio cuando menos lo piensa. Temamos pues caer en la tibieza voluntaria: la tibieza voluntaria es semejante á la tisis, que no asusta al enfermo, pero que cuando llega á su término de gravedad, no tiene remedio.

Por lo demas, aunque es difícil corregir una alma tibia por su culpa, no por esto es imposible, si quiere hacerlo. En primer lugar debe resolverse á salir de aquel miserable estado á toda costa. Debe en seguida huir de toda ocasion de caida, porque sin esto, no habria ni siquiera esperanza de enmienda; y encomendarse á menudo á Dios, rogándole con fervor le conceda fuerza para salir de tan lamentable estado, sin dejar de rogar hasta verse libre de él.

Señor, tened piedad de mí. Conozco que merecería que me vomitaseis, tan tibio he sido en amaros. Me encuentro sin amor, sin confianza, y sin fervor; Jesus mio, no me abandoneis. Tendedme vuestro brazo omnipotente y sacadme de este lodazal de tibieza en que me miro sumergido. Hacedlo por los méritos de vuestra pasion, que son toda mi esperanza. Virgen Santa, vuestros ruegos pueden socorrerme. Rogad á Dios por mí.

§ XLIV.

Pureza de intencion.

Consiste la pureza de intencion en hacer todo lo que hacemos con intento de agradar á Dios. Jesu-

eristo dice, que segun sea buena ó mala la intencion, la obra que se hace es mala ó buena ante Dios. *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo sera luminoso... mas si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso.*¹ El ojo sencillo es la intencion pura de agradar á Dios, y el ojo malo es la mala intencion, cuando se obra por vanidad, ó para satisfacerse á sí mismo.

¿Hay cosa mas bella que prodigar su vida por la fé? Sin embargo, dice S. Pablo, que á los que mueren con otro objeto que el de agradar á Dios, les es inútil el martirio. Ahora pues, si de nada sirve el mismo martirio cuando no se sufre por Dios, ¿de qué servirán los sermones, los libros, los trabajos

¹ *Matt. 6, 22 et 23.*

ó comentarios evangélicos, las mace-
raciones de las penitencias, si to-
do esto se ha hecho para merecer
las alabanzas de los hombres, ó
para seguir nuestras naturales in-
clinaciones, dirigidas á objetos
mundanos? El profeta Aggeo dice,
que las mismas obras santas, sino
se han hecho en obsequio de Dios,
han caído en saco roto; ¹ esto es :
que se han vaciado y no ha queda-
do nada de ellas. Al contrario, to-
do lo que se hace para agradar á
Dios, por poco que valga, vale mas
que lo mucho hecho con menos
para intencion. S. Marcos habla
de una pobre viuda que no echó
mas que dos blancas en el arca de
las ofrendas, pero que el Señor
esclamó : *Mas ha echado esta pobre*

¹ Agg. 1, 6.

vienda que todos los demas. ' S. Cipriano observa que puso mas que los demas, porque puso sus dos pequeñas monedas con intencion de agradar al Señor. Una de las mejores señales con que se puede conocer si hemos obrado con pureza de intencion, es el no turbarse cuando no se consigue el resultado que se esperaba de aquella accion. Otra señal es, el quedar contento y tranquilo despues de haber obrado, por mas que nuestra accion sea criticada y mal agnadecida; pero si acontece que la accion es alabada, no debemos tampoco concebir temor de entrar en vanidad por ella, sino que despreciándola, así que se nos presente á la imaginacion, podemos

decir con S. Bernardo : *Ni la empecé por tí, ni la dejaré por tí.*

Buena es la intencion de adquirir la gloria del paraíso, pero la mas perfecta y pura es la de agradar á Dios. Persuadámonos de que cuanto mas nos olvidamos de nuestros propios intereses por el Señor, mas acrecentará el Señor nuestra felicidad en el paraíso. Dichoso el que no lleva mas objeto en sus obras que agradar á Dios y cumplir con su santa voluntad. Imitemos el amor de los bienaventurados que aman á Dios sin otro objeto que complacerle. El Crisóstomo dice : *Si conseguimos agradar á Dios, que otra recompensa podemos apetecer?* ¹

¹ Si dignus fueris agere aliquid, quod Deo placet, aliam præter id mercedem requiris? *Lab. de compans. Cord.*

Este es aquel ojo de que habla la esposa de los Cantares que inflama el corazón de amor de Dios, cuando dice: *Llagaste mi corazón, hermana mía y esposa, llagaste mi corazón con el uno de tus ojos, y con la una trenza de tu cuello.*¹ Este ojo designa el fin que se proponen las almas justas en todas sus acciones, esto es: agradar á Dios, y esto es también justamente lo que aconsejaba el Apóstol á sus discípulos, diciéndoles: *ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.*² La venerable Beatriz de la Encarnación, primera hija en Jesucristo de santa Teresa, decía: *No hay precio para pagar una cosa que se ha hecho por Dios, por pe-*

¹ Cant. 4, 9.—² 1 Cor. 10, 31.

queña que sea. Tenia razon, porque todas las obras hechas en servicio y gloria de Dios son otros tantos actos de amor divino.

La pureza de intencion hace preciosas las acciones mas insignificantes, como el comer, el trabajar, el descanso mismo, siempre y cuando se hace esto por obediencia ó por agradar á Dios. Es pues necesario, desde la mañana, dirigir á Dios todas las obras del dia, renovando esta intencion al principiar cualquiera de ellas, principalmente las mas importantes, como la oracion, la comunion, la lectura espiritual, deteniéndose un poco antes de empezarlas, como hacia aquel santo hermitaño, que antes de empezar alguna obra, levantaba los ojos al cielo y se pa-

raba, y habiéndosele preguntado en cierta ocasion, porque hacia aquello, respondió: *Procuro asegurar el golpe.*

Jesus mio, ¡cuando empezaré yo á amaros verdaderamente! Desdichado! Si busco una sola entre mis obras, que haya sido dirigida únicamente á agradaros, no la encuentro. Tened piedad de mí: no permitais que tan malamente me emplee en vuestro servicio, sin reformar mi conducta antes de morir. Prestadme en fin vuestro auxilio, paraque no emplee mi existencia, en lo poco que me queda de vida, sino en servirlos y amaros. Haced que lo venza todo para agradaros, sin que mis obras se dirijan á otro fin. Os lo suplico por los méritos de vuestra pasion.

Virgen María, mi protectora, obténme esta gracia con mis ruegos.

§ LXV.

Suspiros por la patria celestial.

Dichoso el que se salva, y que abandonando este lugar de desierto entra en la celestial Jerusalén, para gozar de aquel día sin noche, de aquel día siempre puro, siempre sereno, sin temor de que acabe nunca su inmensa felicidad.

Jacob decia : *Los días de mi peregrinacion son ciento y treinta años, cortos y malos.*¹ Lo mismo podemos decir nosotros, desgraciados peregrinos, condenados á sufrir sobre la tierra todas las penas del

¹ Gen. 37, 9.

destierro, afligidos por las tentaciones, angustiados por las pasiones, atormentados por las miserias, y mas aun por la incertidumbre de nuestra salvacion. Todo esto debe conducirnos á creer que este mundo no es nuestra patria, sino una tierra de destierro, en donde nos ha confinado Dios, para que compremos con nuestros sufrimientos la felicidad de entrar en un dia en la patria bienaventurada.

Mientras vivimos acá bajo, debemos suspirar por el cielo y decir: ¿Cuando, Señor, me veré libre de tantas agonías? cuando me será concedido no pensar mas que en alabaros y amaros? ¿Cuando cifraré en vos solo la posesion de todas las cosas, segun escribe el

Apóstol: *Para que Dios sea todo en todos?* ¿Cuando gozaré de aquella paz sólida, exenta de aflicciones y de todo peligro de perderme? ¿Cuando me veré enteramente absorbido en vos solo, contemplando vuestra infinita belleza cara á cara y sin velo? ¿Cuando os poseeré tan positivamente que pueda decir: Dios mio, ya no puedo perderos jamás?

Mientras voy errante por un pais extraño, en donde estoy en continua guerra con mis enemigos interiores, prestadme, Señor, el socorro de vuestra gracia: sostenedme en esta penosa peregrinacion: creo firmemente que nada de lo que me ofrece el mundo puede darme la paz y la felicidad; pero si me faltase vuestro apoyo,

temeria que los culpables placeres y depravadas inclinaciones me condujesen á algun precipicio.

Si por lo ménos pudiese en mi destierro, ó Dios mio, pensar siempre en vos y gozar de la alegría infinita de que gozais; mas el tropel de desordenados deseos que asalta mi corazon lo trastorna. Quisiera que todas las facultades de mi alma no se ocupasen mas que en vos: quisiera no pensar mas que en amaros y daros gracias; pero la carne me arrastra á los placeres sensuales y me veo precisado á esclamar con S. Pablo : *¡ Miserable hombre de mí ! ¡ Quien me librará del cuerpo de esta muerte ?* *¡ Desdichado !* Lucho sin cesar, no solo con mis enemigos interiores,

1 Rom. 7, 24.

sino conmigo mismo, de modo que me hallo gravoso y molesto á mi propia existencia.

¿Quien pues me libertará de *este cuerpo de muerte*, esto es: del peligro de caer en pecado, que es una muerte continua, y cuyos dolores no acabarán con la vida? No os alejéis de mí, Dios mio, porque si lo haceis temo disgustaros: al contrario acercaos, prestadme vuestro poderoso apoyo para resistir á las fuerzas de mis adversarios: *Dios, no te alejes de mí: Dios mio, vuelve tus ojos en mi auxilio.* El real profeta me hace saber que vos estais cerca de mí, esto es, que suministráis la santa paciencia á todos cuantos se sienten atribulados en el corazon y afligidos inte-

‘ Ps. 70, 11.

riormente: Cerca está el Señor de aquellos que tienen el corazón atribulado. Permaneced junto á mí, Señor, y concededme la paciencia necesaria para disipar las inquietudes que me atormentan.

¿Cuántas veces, al ponerme en oración, me asaltan pensamientos importunos y me distraen de vos? Dadme fuerza para ahuyentarlos, cuando con vos me hallo: haced que consiga tener á raya y en tortura las malas inclinaciones que me impiden unirme á vos. Libértadme de la repugnancia invencible que experimento al ir á dedicarme con paciencia á todo lo que es contrario á mi propio amor ó voluntad.

¡O morada del Señor, preparada

1 Ps. 22, 10.

para todos los que le aman! solo á tí te ambiciono, desde el abismo de este valle de lágrimas y miserias! *Anduve errante como oveja descarriada, busca á tu siervo.*¹ O mi amado Pastor, que habeis descendido del cielo en busca de las pobres ovejas descarriadas, yo soy una de tantas: Señor, os he abandonado, me he perdido, Señor, *busca á tu siervo*: no me abandonéis conforme merezco; tomadme, cargadme sobre vuestros hombros, para que no vuelva á separarme de vos.

En el instante mismo en que me entrego al deseo de alcanzar el paraíso, el enemigo busca como asustarme con el recuerdo de mis pecados; pero vuestra sola vista,

¹ Ps. 118, 176.

ó Jesus mio, crucificado, me consuela y alienta, haciéndome esperar que algun dia os amaré sin contrariedades en vuestro bienaventurado reino.

Reina del paraíso, proseguid en servirme de abogada : por la sangre de Jesucristo y con vuestra intercesion, tengo firme esperanza de salvarme.

Bella Patria! Deseada patria, en donde el amor es la recompensa del amor, en donde el amable Señor y Dios, se muestra á sus elegidos sin nubes, ¿cuándo me será concedido el dia de penetrar en tus murallas y de poder contemplar á mi Dios? ¿Cuando lucirá tan suspirado dia? Mi alma quiere ya volar hacia tí.

Hermosa patria del cielo
Dó amor por amor se da ,
Cuyo amable Rey , sin velo
Visto de todos será !
Venir á verte algun día
Y gozar tu compañía
Cuando dado me será ?
Ó cuando , Dios mio , cuando ?
Ay ! mira que suspirando
Por tí gime el alma mia
Y derriéndose va.



Indice.

	Pág.
<i>Advertencia.</i>	5
§ I. <i>Pensamiento en la eternidad.</i>	9
§ II. <i>Somos viajeros en la tierra.</i>	17
§ III. <i>Dios merece ser amado sobre todas las cosas.</i> . . .	25
§ IV. <i>Una alma que aspira á la santidad debe entregarse á Dios sin reserva.</i>	33
§ V. <i>Dos grandes medios para llegar á ser santo : el deseo y la resolucion de serlo.</i> . .	41

§ VI. <i>De la ciencia de los santos.</i>	50
§ VII. <i>Nuestra salud eterna está en la oracion.</i>	62
§ VIII. <i>Llegará el dia de mi muerte.</i>	73
§ IX. <i>Preparacion para la muerte.</i>	81
§ X. <i>El que ama á Dios debe amar la muerte.</i>	87
§ XI. <i>Nuestra salvacion está en la cruz.</i>	95
§ XII. <i>Jesucristo quiere que suframos por su amor. . . .</i>	105
§ XIII. <i>El amor divino triunfa de todo.</i>	114
§ XIV. <i>Necesidad de la oracion mental.</i>	122
§ XV. <i>Objeto de la oracion mental.</i>	129
§ XVI. <i>De la misericordia de Dios.</i>	138

§ XVII.	<i>Confianza en Jesucristo.</i>	148
§ XVIII.	<i>Nada hay mas necesario que salvarse.</i>	161
§ XIX.	<i>Resignacion perfecta á la voluntad de Dios.</i>	167
§ XX.	<i>Dichosos los que son fieles á Dios en la adversidad. . .</i>	177
§ XXI.	<i>El que ama á Jesucristo debe aborrecer el mundo. .</i>	185
§ XXII.	<i>Discursos de un moribundo á su Crucifijo. . .</i>	190
§ XXIII.	<i>Actos de resignacion en la hora de la muerte. . .</i>	196
§ XXIV.	<i>Morada de la eternidad.</i>	205
§ XXV.	<i>Las almas que mas aman á Dios suspiran por verle en el cielo.</i>	211
§ XXVI.	<i>Jesus es el buen Pastor.</i>	216
§ XXVII.	<i>Sobre la salvacion eterna.</i>	221

- § XXVIII. *Cual será el gozo de los elegidos.* 228
- § XXIX. *El sentimiento de haber perdido á Dios constituye el infierno.* 233
- § XXX. *Desprecio de las cosas del mundo.* 242
- § XXXI. *Amor á la soledad.* 251
- § XXVII. *Soledad de corazón.* 258
- § XXXIII. *Ver y amar á Dios en la otra vida es el paraíso de los elegidos.* 267
- § XXXIV. *De la oración que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar.* 276
- § XXXV. *La verdadera paz no existe mas que en Dios.* 284
- § XXXVI. *El único fin de nuestras acciones debe ser Dios.* 290
- § XXXVII. *Se ha de sufrir todo para agradar á Dios.* 296

§ XXXVIII. <i>Dichoso el que no quiere mas que á Dios. . . .</i>	301
§ XXXIX. <i>Aridez del espíritu. .</i>	308
§ LX. <i>Vida retirada.</i>	317
§ XLI. <i>Desprendimiento de las criaturas.</i>	322
§ XLII. <i>La muerte de los santos es preciosa.</i>	329
§ XLIII. <i>Sobre la tibieza. . . .</i>	337
§ XLIV. <i>Pureza de intencion. .</i>	344
§ XLV. <i>Suspiros por la patria celestial.</i>	352

BIBLIOTECA RELIGIOSA ESCOGIDA.

OBRAS COMPLETAS

De San Alfonso Liguori.

—

OBRAS PUBLICADAS.

De la Importancia de la Oracion, 2.^a edicion. — A que sigue: *Método para asistir con fruto al santo sacrificio de la Misa*, 1 tom. 16.^o

Instruccion al pueblo sobre los Diez Mandamientos y los Sacramentos, 1 tom. 8.^o mayor.

Práctica del amor á Jesucristo, 1 tom. grueso en 16.^o

Visitas al Santísimo Sacramento y Maria Santísima para todos los dias del mes. Actos de preparacion y de accion de gracias para la sagrada Comunión, 1 tom. 16.^o

Preparacion para la muerte ó sean Consideraciones sobre las máximas eternas, 1 tom. 16.^o

Avisos de la Providencia en las calamidades públicas, 2.^a edicion, 1 tom. 16.^o

Conformidad con la voluntad de Dios.

Modo de hablar familiarmente con Dios. — Estos dos opúsculos forman 1 tomo en 16.º

El amor del alma ó Reflexiones ; afectos y prácticas devotas sobre la Pasion de Jesucristo , formando 2.ª parte de la Práctica del amor á Jesucristo , 1 tom. grueso 16.º

EN PRENSA.

Triunfos de los Mártires , 2 tom. en uno grueso , 8.º mayor.

Manual de meditaciones y ejercicios sobre la Pasion de Jesucristo , formando 3.ª parte de la Práctica del amor á Jesucristo.

Verdad de la fé.

Camino del cielo.

Arreglo de vida para un cristiano.

Selva de materias predicables.

Discursos sagrados para todas las dominicas del año.

Biblioteca Episcopal de Barcelona



13030000001170

BIBLIOTECA EPISCOPAL
DEL
SEMINARIO DE BARCELONA

Arm. 217

Est. 8

N.º



